$ 50 Abril de 1965

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Más de 25 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 14 idiomas.

¿Almorzando de prisa? Sólo toma segundos abrir una botella de Coca-Cola bien helada! Da brillo y sabor a los platos más sencillos. Y es tan refrescante! Coca-Cola realza las comidas... alegra... y deleita a todos. A la hora de comer... a cualquier hora... **todo va mejor con Coca-Cola!**

¡Coca-Cola refresca mejor!



ETERNA·MATIC 3000



Eterna · Matic 3000 «Dato» el reloj-calendario automático, con segundero central, más plano del mundo (modelo ilustrado ref. 746T-1466 pulsera 210, impermeable).

... todavía más plano

1949: un acontecimiento en la historia de la relojeria, la creación del reloj Eterna·Matic con rodamiento a bolillas. 1956: un éxito sensacional, el lanzamiento del «Centenaire», el primer reloj automático verdaderamente plano. Hoy, los progresos prodigiosos de la ciencia y tecnologia han permitido crear un reloj completamente nuevo, con una precisión y robustez asombrosas: Eterna·Matic 3000 «Dato», el reloj-calendario automático con segundero central más plano del mundo.

ETERNA·MATIC

Las maravillas del Oriente son parte de su vuelta al mundo en Pan Am.



Usted seguramente no se imagina cuán a su alcance está "el viaje de su vida"... ¡la vuelta al mundo por Pan American!

En California usted se despide de Occidente. De allí el salto a Tokio y al resto del fabuloso Oriente. No deje de ver un lugar típico de ese mundo extraño . . .

Hong Kong es el más próspero emporio comercial de Oriente. Allí, la compraventa es una habilidad que parece aprendida en la Escuela de Bellas Artes. Productos occidentales más baratos que en Occidente...Viene el sastre, mide un traje, lo corta y lo cose en un par de horas ...El *taipán* da una palmada y llueven sedas, jades y perlas a precios invitantes.

Más allá del mostrador, Hong Kong corretea por empinadas colinas vestidas de verdura salvaje y mansiones con aire acondicionado.

Las casitas flotantes de Aberdeen se sobresaltan al paso de un vapor mercante con la bandera argentina.

Kowloon, el barrio de los nueve dragones, se divierte ostentosamente en sus hote-

les tipo Miami Beach, mientras luz y sonido van a morir entre arrozales, búfalos de agua y pagodas centenarias.

¿Pensar en un viaje a Hong Kong es pura fantasía? Pan American le dará facilidades de pago: 30% de contado y el resto en cómodos plazos. Ida y vuelta (Jet Clase Económica) desde Buenos Aires, $1.718 dólares. De paso usted verá California, Hawai y Japón.

Pero no se vuelva por el mismo camino.

Ya en Hong Kong usted ha visto la mitad del mundo. Siga de largo y vea también la India, Tierra Santa, Europa, Nueva York . . .

La Vuelta al Mundo sólo le cuesta $94 dólares adicionales al pasaje redondo a Hong Kong. Consulte en una Agencia de Viajes, o en Compañía de Aviación Pan American Argentina, S.A.

Buenos Aires: Roque Sáenz Peña 788, Tel. 45-0111; Plaza Hotel, Tel. 32-2355
Córdoba: 25 de Mayo #18, T.E. 39638
Mendoza: Espejo 167, T.E. 12208
Rosario: Córdoba 1060, T.E. 23283
Mar del Plata: Rivadavia 2671

PRIMERA EN AMÉRICA LATINA
PRIMERA SOBRE EL ATLÁNTICO
PRIMERA SOBRE EL PACÍFICO
PRIMERA ALREDEDOR DEL MUNDO



La Línea Aérea de Mayor Experiencia en el Mundo



SELECCIONES
del Reader's Digest

TOMO XLIX Nº 293 ABRIL DE 1965

Revista mensual publicada por READER'S DIGEST ARGENTINA, S. A.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Editorial

Director: Pablo Morales

Consejero de redacción: Eduardo Cárdenas
Redactores: Marco Aurelio Galindo
Lilian Davies Roth
Alfonso Castaño
Biblioteca de Selecciones: Luz Cantuárias

Gerente: Douglas MacLean
Vicepresidente: Paul W. Thompson
Tesorero: Marcos Kremzar

Departamentos

Publicidad: Carlos Aldao Quesada
Ventas: Salvador Passarello
Biblioteca de Selecciones: Miguel Weil
Director de Arte: Emilio Gómez

EDICIONES INTERNACIONALES DEL READER'S DIGEST
Gerente general: Paul W. Thompson
Gerentes generales regionales:
Roberto C. Sánchez (América Latina)
Terence G. M. Harman (Europa)
Jefe de redacción: Adrian Berwick

THE READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, australiana, británica, canadiense, del Extremo Oriente, neozelandesa, nigeriana y sudafricana); ESPAÑOL (ediciones argentina, del Caribe, centroamericana, chilena, ibérica, mexicana y venezolana); FRANCÉS (ediciones belga, canadiense, francesa y suiza); ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); PORTUGUÉS (edición brasileña); ÁRABE, DANÉS, FINLANDÉS, HOLANDÉS, ITALIANO, JAPONÉS, NORUEGO y SUECO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

THE READER'S DIGEST, Pleasantville, N. Y., EE. UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores.

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 50,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia ($b. 3,00*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($2,50*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 No. 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,75*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Apartado 1294, San José.
Chile (Eº 0,70*) — Reader's Digest Chile Limitada, Estado 359, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5,00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.
Guatemala (Ø0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,50*) — Selecciones Distribuidora, Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.
Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($6,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,50*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

(**Precio por número suelto*)

Portada:
Capullos sobre el lago
(Pintada especialmente para Selecciones por *Alex Ross*)

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLIX, Nº 293, April 1965, Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. *Impreso en Argentina*



Impreso por Guillermo Kraft Ltda.
Martín García 701 - Buenos Aires



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144

Realmente!

TRAITAL 3

ELIMINA LA CASPA

La acción conjugada de "Apelium" y tensioactivos catiónicos confiere a TRAITAL 3 total eficacia en el tratamiento de la caspa.





TRAITAL 3 • ANTICASPA
es de
L'OREAL DE PARIS

Ahora tome sus mejores fotos...

Fáciles de cargar. Las Cámaras KODAK INSTAMATIC se cargan al instante, automáticamente . . . sin errores. Usted ni siquiera toca la película. Coloque el Cargador KODAPAK y empiece a tomar sus mejores fotos, en color o en blanco y negro.



¡con más facilidad que nunca! Nuevas Cámar
KODAK INSTAMATIC se cargan instantáneamen



Fáciles de usa

¡Tan fácil que sólo hay que ap
tar y disparar! Algunas Cáma
KODAK INSTAMATIC ajusta
lente automáticamente segú
luz . . . otras también avanza
película automáticamente.



Fáciles con el flas

¿No hay luz suficiente? N
preocupe. Saque el portafl
coloque la lámpara, ¡y comi
a tomar sus fotos! Eso es
lo que tiene que hacer. Sen
simo, ¿verdad?



Fáciles de llev

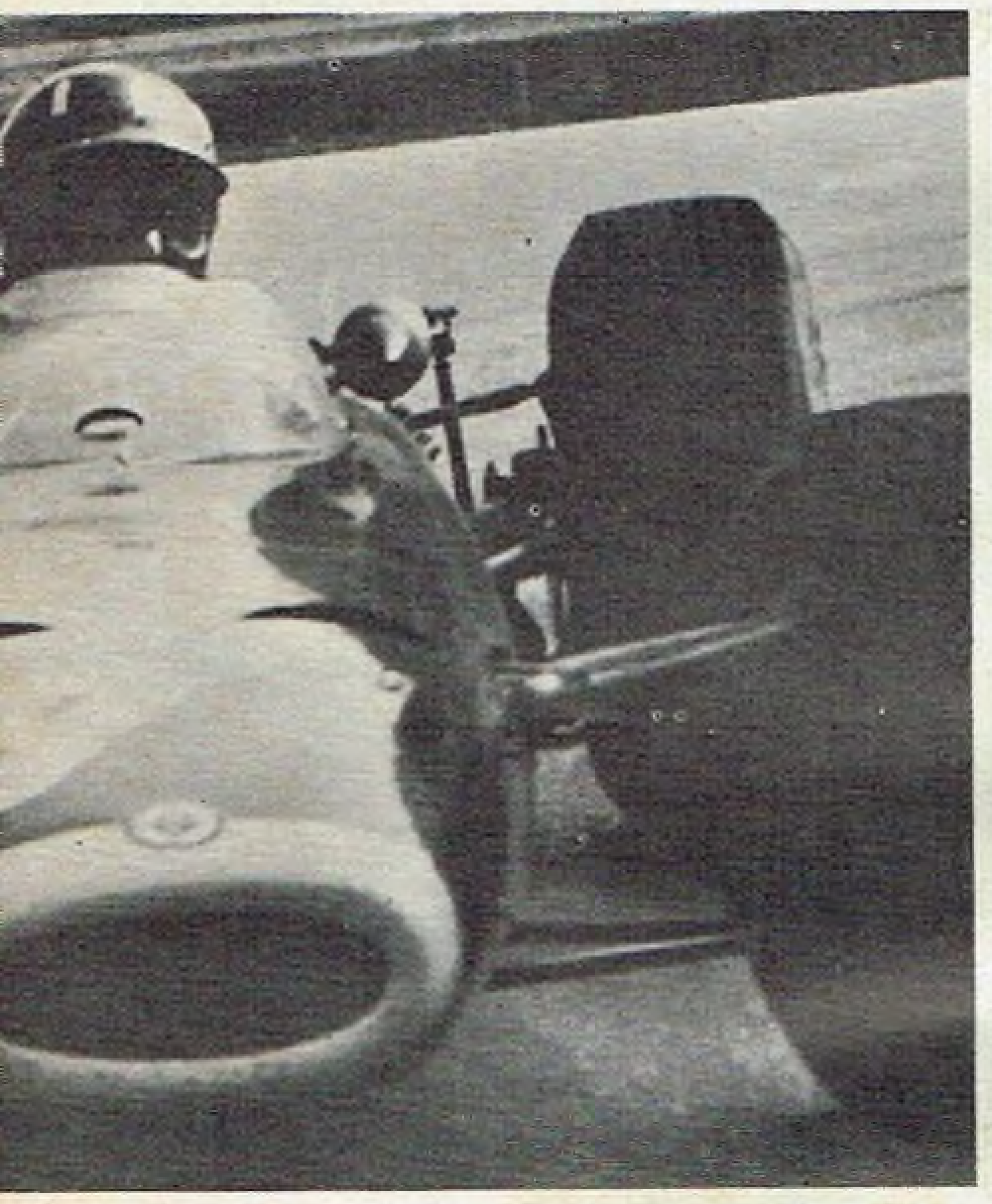
¿Ha visto alguna vez una cá
más compacta? Usted p
llevar su Cámara Ko
INSTAMATIC donde quiera
encantará su diseño eleg
estilizado, moderno. Cabe e
bolsillo o en la cartera.

También fáciles de comprar . . .
vea hoy mismo a su proveedor K

Kodak



Ron Musson cruza el río Detroit en su poderoso 'Miss Bardahl', equipado con bujías Champion, ganador de la famosa carrera Copa de Oro 1964



Graham Hill, en un 'BRM' equipado con bujías Champion, conquista el Gran Premio de Mónaco de 1964



La Sra. Jerrie Mock, en su 'Espíritu de Colón' equipado con bujías Champion, fue la primera mujer en volar sola alrededor del mundo

En aire, mar y tierra—en todas partes del mundo —los que buscan funcionamiento y confiabilidad insuperable prefieren bujías Champion. ¿Por qué conformarse con algo inferior para su motor? ¡Exija siempre Champion!



Acertijos de cuatro minutos

Tarde o temprano alguien nos desafiará a resolver uno de estos rompecabezas de sobremesa. ¿Por qué no ejercitarse un poco antes de la comida? Fíjese el lector un máximo de cuatro minutos por problema. Compare luego sus respuestas con las que aparecen en la página 68

POR JULES LEOPOLD

Condensado de "This Week Magazine"

1. **Pulso.** Extienda sobre la mesa un billete de banco. En el centro del billete coloque una botella de refresco boca abajo. Sin tirar la botella y sin permitir que nada la toque, salvo el billete o la mesa, retire el billete.

2. **Revés.** Con diez monedas se forma un triángulo, de manera que la base quede frente a nosotros. Moviendo sólo tres de aquéllas hágase que el vértice del triángulo apunte hacia nosotros.

1
2 3
4 5 6
7 8 9 10

3. **Ecuación.** Arregle diez fósforos de manera que formen, en números romanos, la ecuación: XI + I = X.

XI+I=X

Ésta, naturalmente, es falsa. Sin tocar nada, haga que la ecuación se lea correctamente.

4. **Cuadratura.** Coloque cuatro naipes o tarjetas rectangulares idénticas en la posición indicada. Forme luego un cuadrado moviendo sólo una de ellas.

5. **Trastrueque.** Ponga una moneda pequeña entre dos grandes del mismo valor, de manera que los cantos de la primera toquen a éstas. El problema consiste en colocar la del extremo derecho en la posición central sin mover la del centro ni tocar la de la izquierda.

25¢ 5¢ 25¢

6. **Dos por cuatro.** Se colocan sobre la mesa doce fósforos formando cuatro cuadrados. Quite usted dos para que queden sólo dos cuadrados.

una barrera invisible de protección...

NUEVA
CREMA DENTAL COLGATE con GARDOL

La nueva fórmula de COLGATE contiene GARDOL, ingrediente que actúa como una BARRERA INVISIBLE que ayuda a proteger la salud y la belleza de los dientes. Compare COLGATE CON GARDOL con la crema que Ud. tiene en uso y vea cuánto más blanca, cuánto más brillante, cuánto más "crema" es COLGATE CON GARDOL. Lave sus dientes con COLGATE CON GARDOL... COLGATE CON GARDOL protege sus dientes, deja su boca limpia... fresca... y elimina el mal aliento bucal durante todo el dia!

Y qué rico el sabor de COLGATE CON GARDOL..!



COLGATE CON GARDOL... PROTECCION SEGURA DURANTE TODO EL DIA

POR LAURIE LEE

Maravilla del primer retoño



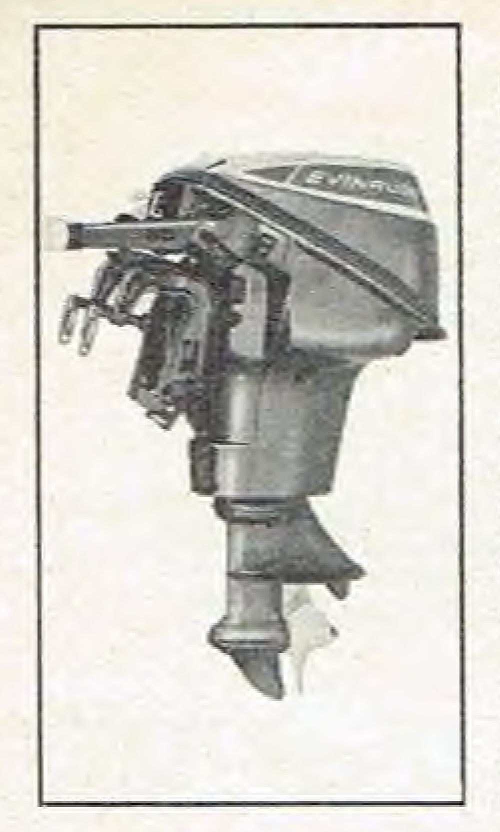
Jesse y Catherine Lee

Condensado de "The London Evening Standard"

"Desde que me entregaron aquel viviente envoltorio de ilusiones, no puedo menos de sentirme sobrecogido"

DESDE luego, no es más que un milagro ordinario, pero al mismo tiempo es también la tardía maravilla particular de mi vida. Esta niña, mi retoño, un caliente manojo de nervios, nació el otoño pasado. La vi por primera vez acostada al lado de su madre, morada y arrugada como una ciruela pasa. Cuando la levantó la enfermera, se convirtió de pronto en un ser viviente que pataleaba con las dobladas piernecitas igual que un cangrejo. Su primer gesto de vida fue un leve retorcimiento de las manos acompañado de un estridente plañido.

Aquel momento de nuestro pri-



Con la fuerza y experiencia de Evinrude..

SOLO SE NECESITA AGUA

para vivir mejor y más saludablemente. ¿Así de sencillo? Tiene que serlo. Hemos trabajado 58 años adquiriendo la pericia técnica y experiencia necesarias para hacer que los motores Evinrude sean cada día más fáciles de manejar. Por eso, lo que más le agrade de la vida al aire libre: paisajes marinos, cielos encantadores, las fortificantes brisas del mar, le gustará aún más teniendo un Evinrude. ■ Todos los 21 modelos de motores de fuerza equilibrada Evinrude para 1965 (de fuera de borda, desde 3 hasta 90 C.F.; de impulsión en popa, desde 90 hasta 150 C.F.) están amparados por una garantía de dos años completos para la mano de obra y las piezas originales. Fabricados mundialmente por Evinrude Motors, una división de Outboard Marine. Distribuidos en la Argentina por Nautica, S.A., Buenos Aires. Busque al detallista de motores Evinrude en su ciudad, quien le ofrece ventas y servicio autorizados por la fábrica.



NAUTICA S. A. - URUGUAY 776 - T. E. 42-7526 - BUENOS AIRES

mer encuentro pareció un nacimiento para los dos: para ella la primera vida, para mí la segunda. Comprendí entonces que ya nada volvería a ser igual, y creo recordar que, justificadamente, me conmoví. Después la depositaron en mis brazos, rígida y gimoteante. Cuando la besé se quedó quieta y callada, y yo me sentí instantáneamente subyugado por aquella muestra de adulación a mi influencia.

Sólo han pasado desde entonces unas pocas semanas, pero ya he experimentado todos los asombros naturales. De recién nacida parecía, por supuesto, una centenaria exhausta, arrugada, calva, que se tambaleaba al borde de la tumba de una vieja decrépita. Pero cada día de supervivencia la ha rejuvenecido y engordado, le ha redondeado la cara y la ha nutrido de vida, y cada bocanada de aire fresco ha ido disipando el tinte lívido propio del nacimiento o la palidez peculiar de la muerte. Las rítmicas alternativas de su sueño y su alimentación marcan ahora mesuradamente los días y las noches. Su fragilidad le da una presencia impresionante y su impotencia la hace fuerte como una roca, con lo que me encuentro siempre pendiente hasta de sus silencios, como si en la alcoba estuviera zumbando alguna gran máquina.

Cuando está despierta y no está comiendo, resopla y hace ruidos guturales como si rumiara, o se estira y gruñe y agita las manos como tendiendo unas redes invisibles. La veo absorbiendo vida, extendiendo furiosamente todas sus extremidades y todos sus músculos, haciendo a ciegas una tarea de exploración que nadie puede propiamente compartir, en una oscuridad donde está todavía sola.

Todas las noches la llevo a la cama como quien lleva un libro, me acuesto a su lado y la estudio. Sus ojos azul-oscuros miran directamente a los míos, pero desenfocados, sin verme. Supongo que ya debería temer yo por su futuro, pero estoy más preocupado por el mío. Acaso tengo miedo a la primera vez que me reconozca con precisión, a sus primeras preguntas, al primer hombre que vea en mí. Pero por el momento no hace más que mirar sin ver, más allá de mí, a la almohada, a la luz de la pared.

Entre tanto, mientras la estudio, voy descubriendo que aquel semblante extraño del principio va adquiriendo subrepticiamente un aire de familia. Ahí está, flamante, esta hija mía que tengo que proteger. Hace un año este espacio estaba desocupado; ni siquiera había esperanza de ella. Ahora está ahí, rotulada con nuestro nombre, y nadie vendrá a reclamarla por la noche. Crecerá, aprenderá a corretear por el jardín y a volver a la casa, que llamará su hogar. Al menos, así lo espero.

Laurie Lee, poeta y novelista inglés, está próximo a los 50 años. Llevaba casado 13 años cuando, en setiembre de 1963, su esposa Catherine dio a luz su primera criatura, una niña.

Todos esos traviesos zarcillos que la sujetan parecen tan vulnerables ante su inconsciente temeridad... que tiemblo pensando que acaso vaya a caer entre el fuego de la chimenea, o a rodar por algún barranco, o a precipitarse por la ventana. Miro sus juguetonas manos y sus complicadas orejas, la tirante piel que ciñe el delicado cuerpo, y advierto que estoy sucumbiendo bajo la tensión de la nueva paternidad. Mi hija todavía es tan nueva para mí que aún no puedo dejarla sola; constantemente interrumpo su sueño para asegurarme de que está realmente viva.

Su rostro es una colección de máscaras que baraja al albur. Veo fantásticos ensayos de las emociones que va a necesitar algún día; son casuales, sin ilación, pero ya exactas; automáticas y, no obstante, extrañamente conscientes: una efímera ráfaga de furia, un gesto de tedio, una gloriosa sonrisa después de comer, perplejidad, disimulo, un repentino frunce de pesar, interés, amor. Desde que me entregaron aquel viviente envoltorio de ilusiones no puedo menos de sentirme simplemente sobrecogido.

¿Qué es exactamente esto que me han dado? ¿Qué voy a hacer con ella? Y puesto a pensar así, ¿qué hará ella conmigo?

Tengo una hija, cuya vida ya es distinta de la mía, cuya voluntad ya sigue sus propios impulsos, y que sólo con asumir su personalidad propia ha corregido prontamente las vagas ideas que sobre ella había

preconcebido. No soy más que el protector de su temporal indefensión. Con suerte, puede cambiarme; es más, ya lo está haciendo. Me dará más de lo que reciba, e incluso llegará más tarde a convertirse quizá en mi protectora.

Si yo pudiera enseñarle algo... traspasarle un poco de la mal sedimentada sabiduría que logré acumular a través de mis años, me gustaría inculcarle aceptación y el bendito goce de vivir. Aceptación placentera del hecho de ser mujer... pues se encontrará con que toda la naturaleza está de su parte. Si es hermosa, que dé gracias a Dios y disfrute de su buena fortuna, que esté dispuesta a complacer sin sentirse empequeñecida, a preferir el uso de su encanto sobre la vanidad de tomar la iniciativa, y a no ceder su ascendiente y sus misterios al campo enemigo pretendiendo competir con los hombres.

Creo que de este modo, aunque algunas de sus hermanas de sexo disientan, podría llegar a conocer alguna felicidad y también a esparcirla en su derredor.

Y, como fugaz habitante de este precioso e insustituible mundo, yo le pediría que preservase la vida tanto en sí misma como en el prójimo. Que prefiriese siempre las sociedades para la propagación y el fomento de alguna cosa, en lugar de las sociedades para la abolición o la prevención.

Le pediría asimismo que no persiguiese a otros por pecados que lleve dentro de ella misma, ni bus-

Dice Julia Sandoval: Klear jamás oscurece los pisos

klear

NUEVA SUPERCERA TRANSPARENTE DE BRILLO PERMANENTE



Las ceras comunes amarillean y oscurecen los pisos. Esto jamás ocurre con SUPERCERA KLEAR, transparente como un límpido cristal. Ahora, KLEAR se presenta también LIQUIDA, de aplicación instantánea.
Excelente para madera, mosaicos, linóleum y todo tipo de pisos.



Solicite Folleto GRATIS S
"COMO CUIDAR Y EMBELLECER SUS PISOS Y MUEBLES"

Nombre ....
Dirección ....
Localidad ....

Envíe este cupón a S. C. Johnson & Son de Arg. S.A.I.C.
CASILLA DE CORREO CENTRAL Nº 4747 - CAPITAL FEDERAL

Garantizada por la experiencia mundial de
CERAS Johnson

case la justicia yendo en pos de la venganza; que evitase como una plaga las protestas multitudinarias de justicia, y que aceptase sus contrariedades y defectos como su propia carga personal, sin achacarlos, si puede evitarlo, a jóvenes o viejos, blancos o negros, Oriente u Occidente, judíos, cristianos, la televisión o la lotería, como se hace con demasiada frecuencia.

Por lo demás, ojalá que ella sea mi salvación, ya que la criatura de cualquier hombre es la segunda oportunidad que la vida le ofrece. La veo en ese papel haciéndome retroceder a mis comienzos, abriendo puertas que yo había cerrado y olvidado, y revolviendo las telarañas de mi mente con su repetición de las grandes preguntas . . . como puede hacer cualquier niño. Con mi tardía, pero perspicaz guía, regresaré a aquel bosque del que huí hace mucho tiempo, pero que ahora podemos recorrer y conocer juntos.

Espíritu deportivo

En cierto cementerio hay una lápida que hizo erigir un señor que aún vive y quiere asegurarse que al morir no falten en su tumba datos de importancia. Por ahora la lápida lleva su nombre, la fecha de su nacimiento, un espacio en blanco para la de su muerte . . . y, abajo, la siguiente leyenda: "En 1962 hizo 300 puntos en el juego de bolos".

— C. H. C.

A buen hambre . . .

Pierre Salinger cuenta que George Reedy, su sucesor como secretario de prensa del presidente Johnson, tuvo que internarse en un hospital para rebajar un poco su excesivo peso. Mientras permaneció allí lo tuvieron a dieta rigurosa, y algunos empleados de la Casa Blanca le enviaron flores para consolarlo. Reedy respondió con una esquela en que decía: "Gracias por las flores; estaban deliciosas".

—J. W. D.

En cierto hospital, durante la segunda guerra mundial, a quienes donaban sangre les servían una taza de café y un gran emparedado de jamón a modo de estimulante. Sintiéndome un poco débil comencé a comerme el mío lentamente. No así el fornido marino que se hallaba a mi lado en la "sala de recuperación". Tras de dar fin al suyo en un santiamén, se volvió a la enfermera de la Cruz Roja y le dijo: "Me quedé con hambre; ¿puedo donar otro medio litro?"

— D. M. T.



ESTUCHE	PARA CABELLO
Amarillo	Grasoso
Rojo	Seco
Azul	Canoso

Mediante una breve fricción diaria

LOCION CAPILAR **PANTEN**

asegura cabellos sanos, abundantes, vigorosos.

R. DE LUCA - PUBL. TAN

Se presenta dueño y señor de la suntuosidad

CHEVROLET 65

Para que Ud. pasee por calles y caminos esa suntuosidad como un testimonio de su propio señorío... Para que Ud. se maraville del refinado confort de su interior —asientos moldeados al cuerpo, lujosos tapizados, finas alfombras...—. Para que Ud. sienta el empuje de ese poderoso motor de 125 HP... Para que Ud. disfrute de esa sorprendente suspensión sustentada por resortes de acción progresiva y hojas "Uniflex" extra fuertes... Para que Ud. sea dueño de esa distinción y ese poderío, ha sido creado el nuevo Chevrolet Super modelo 1965.



Como siempre... *¡en Chevrolet es la más distinguida manera de llegar!*

Su Concesionario GM gustosamente espera su visita.

Es un producto GENERAL MOTORS ARGENTINA, S. A. miembro de ADEFA.



Gran solución para una gran necesidad

Por André Maurois
De la Academia Francesa

No conozco ejercicio alguno de la inteligencia que proporcione tanto placer y tantos valores como la lectura. La lectura cuidadosa puede ayudarnos a desenmascarar no sólo las verdades aparentes que un autor expone, sino también a descubrir la naturaleza secreta de la verdad. Esta última nunca se entrega ya lista al buscador, sino que él tiene que construirla con paciencia, perseverancia e imaginación.

Escuchar a un maestro, aunque sea un maestro excelente, no habitúa a nuestra mente a trabajar por sí misma. El arte de pensar con independencia se nutre mejor que todo de la lectura, cuando estamos a solas con la intención del autor y nuestra propia interpretación.

La educación escolar es muy importante, desde luego, pero es principalmente un método de abrir el camino hacia la verdadera educación que adquirimos cuando estamos solos con un libro o una revista.

Esto se ve con más claridad todavía cuando terminan nuestros años escolares. En la época en que vivimos, cuando la ciencia hace a diario nuevos descubrimientos, cuando las comunicaciones tienen la capacidad potencial de ponernos en instantáneo contacto con todas las naciones de la Tierra, cuando los sucesos más distantes afectan a menudo nuestro destino inmediato, nadie puede considerarse una persona realmente cultivada a menos que su aprendizaje continúe mucho más allá de las puertas del aula. Una de las grandes necesidades de nuestro tiempo es conservar la flexibilidad mental.

Selecciones del Reader's Digest ofrece una gran solución para esta gran necesidad. En artículos llenos de informaciones importantes, atinadas observaciones e ideas estimulantes, nos anima a revaluar nuestros conceptos y a fortalecer nuestra imaginación. Las ciencias físicas, la naturaleza, la religión, la aventura, el arte de vivir... todos estos son campos en los cuales Selecciones nos ayuda a mantenernos al día, flexibles y atentos.



TAL PARA UD... Y ESTA BIEN QUE ASI SEA

Fresca, digna,
responde a lo que usted aspira
porque posee elocuencia y la expresa con sobriedad.
Comunicativa y dinámica, Vieja Lavanda Fulton.

Vieja Lavanda Fulton

Jabones, talcos, taza de afeitar, espuma en aerosol. Estuches de regalo.

Selecciones
del Reader's Digest

TOMO XLIX
No. 293

ABRIL
de 1965

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

RÍO DE JANEIRO, ciudad de las mil delicias

POR ALLEN RANKIN

¿QUÉ otra ciudad existe en cuyo corazón mismo rompan suavemente grandes olas verdes para morir en bahías, ensenadas y ancones? ¿En qué otro paraje se alzan tan a pico de la tierra y el mar montes inverosímiles de formas tan extrañas como inolvidables? ¿Y dónde más luces de barcos anclados y de hoteles que bordean playas de arena blanca parpadean en la noche produciendo el mágico efecto de miríadas de luciérnagas?

"Por eso nosotros decimos que Dios debe ser brasileño", me confió un camarero el primer día que pasé en Río. "Ha dado a nuestro país más belleza que a ningún otro del mundo".

A fin de gozar de la mejor vista de pájaro de la *Cidade Maravilhosa* (los entusiastas agregan "de las mil delicias") tomé la mañana siguiente el ferrocarril rojo de cremallera que sube a la cumbre del Corcovado. Bamboleándonos, ascendimos casi verticalmente entre luces y sombras, y amapolas rojas de la húmeda selva tropical, hasta una altura de 704 m. Sentíamos la altitud en los oídos, pero cuando alcanzamos la cima admiramos uno de los panoramas más espectaculares de la Tierra.

Abajo se extendía toda la ciudad salpicada de sol, que hacía brillar sus torres, sus playas festoneadas de espuma, sus puertos colmados de

trasatlánticos y buques trasbordadores. Docenas de fantásticas colinas, entre ellas el famoso peñón cónico de 510 metros llamado Pan de Azúcar, semejaban ballenas encalladas que hundían cabezas y colas en las nubes. En la orilla opuesta de la azul bahía de Guanabara, poco profunda pero lo suficientemente grande para albergar todas las armadas del mundo, se veía la blanca ciudad de Niteroi. Al sur se extendía la inmensidad azul del Atlántico.

Detrás y encima de nosotros se alzaba la gigantesca estatua del Cristo Redentor. Alto como un edificio de doce pisos, el gran Cristo del Corcovado extiende desde 1931 sus brazos para bendecir a Río. La majestuosa imagen, visible desde casi cualquier punto de la ciudad, pertenece a todos los brasileños, pues muchos miles de ellos contribuyeron para pagar los 133.000 dólares que costó.

Siempre hay alguna solución. No es sólo el encanto del panorama lo que cautiva al visitante de Río; también lo cautiva su población. La ciudad fue fundada por portugueses (que le dieron su lengua) y franceses, pero se ha convertido en un crisol donde se amalgaman sin dificultad italianos, alemanes, ingleses, negros africanos, indios nativos y gente de muchas otras naciones.

Los habitantes de Río se dan a sí mismos el nombre de cariocas, palabra que procede de otra india que significaba "hogar del hombre blanco". Casi todos parecen haber adoptado una amable filosofía libre de preocupaciones. Con asombrosa frecuencia afirman: *Dar-se-um jeito* (siempre hay alguna solución). Con esto quieren decir que generalmente hallan una manera fácil y agradable de esquivar la mayoría de los obstáculos y problemas que ensombrecen la vida de quienes los toman más en serio. Es fácil descubrir cuál es la primera de las cosas que los cariocas suponen importantes: en las playas, en los cafés, en los balcones de los hoteles y hasta en algunas azoteas, vi *namorando* parejas de todas edades. Se toman de las manos, se besan o se miran a los ojos. Sin duda existe una buena proporción de elemento sexual en ello, pero también se advierte el afecto y el aprecio que la mayoría de los cariocas parecen sentir por aquellos que los rodean.

Según un dicho popular, para los cariocas el trabajo es juego y el juego, trabajo. Me incliné a creerlo así la primera mañana a la hora del desayuno, al mirar hacia abajo desde la terraza del hotel. Era un lunes, día de trabajo, y sin embargo miles de muchachas en edad escolar, vestidas con *bikinis* o trajes de baño todavía más sucintos, marchaban despreocupadamente rumbo a la playa entre la multitud que en esos momentos se dirigía a las oficinas.

Una vez en ella, descubrí que las adoradoras del sol despliegan allí una actividad frenética. En un

período de 15 minutos fui blanco de cuatro proyectiles diferentes: una cometa de colores brillantes y forma de pájaro (suele haber docenas de ellas en el aire); una gran pelota con la que jugaban varias bañistas, un volante de *badminton* y, naturalmente, un balón de fútbol. Este último juego, practicado tanto por aficionados como por profesionales, hace furor en el Brasil, y a él se dedican con incansable entusiasmo hombres y niños en todas las playas de la ciudad.

Desde luego, los cariocas en su mayor parte trabajan continua y arduamente. Sin considerable actividad comercial, Río, mayor que Roma, no podría mantener su población de 3.800.000 habitantes, ni ser la segunda ciudad del país, después de São Paulo, ni tener el segundo puerto de mar, después de Santos. Sin embargo, es casi milagroso que tantos cariocas lleguen a sus empleos a pesar de los riesgos del tráfico, pues cuando un hombre o una mujer carioca se sientan frente al volante de un automóvil, salen disparados como un jefe de bomberos que se hubiera vuelto loco. Para lograr sobrevivir, aunque sea durante poco tiempo, el turista debe aprender que los semáforos de tránsito se consideran sólo como señales que aconsejan prudencia, y que los carteles indicadores de que en ciertas calles se debe circular en determinada dirección casi nunca se tienen en cuenta.

Una tarde un taxi me llevaba vertiginosamente por la populosa avenida Atlántica, y yo pregunté al conductor con voz temblorosa:

—¿No hay límites de velocidad aquí?

—Sí los hay, señor, pero nadie les hace caso —repuso, oprimiendo a fondo el acelerador—. Hay tantos reglamentos en el mundo que, si

La bahía de Guanabara y el Pan de Azúcar



obedeciéramos sólo una décima parte de ellos, nunca llegaríamos a ningún lado.

Y un momento después, juntamente con cientos de otros conductores, entró a contramano en una calle donde un cartel muy visible decía "Dirección única".

Error inspirado. Sólo un pasado turbulento, pintoresco y casi absurdo pudo haber originado la *Cidade Maravilhosa.* Su nombre mismo es un inspirado error. En la Nochebuena de 1501, diez años después de haber sido descubierto el Brasil por un almirante portugués, otro navegante llamado Gonçalo Coelho exploraba las costas de la nueva colonia de su patria cuando llegó a un lugar "tan hermoso que hacía asomar las lágrimas a los ojos". El deslumbrado Coelho tomó la boca de la hoy famosa bahía de Guanabara por un río, y en honor del año nuevo lo bautizó Río de Janeiro (Río de Enero).

Sin embargo, Río considera que la fecha de su fundación fue el 1º de marzo de 1565. Ese día Estácio de Sá, primo del gobernador del Brasil, levantó un rústico fuerte casi al pie del Pan de Azúcar. El joven de Sá tenía la misión de desalojar a los franceses intrusos que habían construido una aldea en una isla vecina. Logró su objeto dos años más tarde, pero pagó la hazaña con su vida, pues recibió un flechazo en el rostro. Se dio a la nueva población permanente establecida entonces el pomposo nombre de São Sebastião do Rio de Janeiro, en honor de don Sebastián, rey de Portugal, y de San Sebastián, en cuyo día se supuso tuvo efecto la decisiva batalla.

Es curioso que fuera Napoleón Bonaparte quien había de dar sin querer el primer gran impulso a esa remota villa situada al borde de la selva virgen. En 1808, ante el arrollador avance de los ejércitos que invadieron a Portugal, Dom João, príncipe regente que pronto se convertiría en rey con el nombre de Juan VI, llegó al Brasil con su corte en 40 navíos. Allí se establecieron los miembros de su familia, incluso su madre loca, y 15.000 nobles con su servidumbre. El rey llevó también las joyas de la Corona, y tanta magnificencia asombró a la humilde Río, convertida de pronto en metrópoli de todo el imperio portugués.

Nuevos acontecimientos políticos aumentaron pronto la importancia de la ciudad. Una vez que Juan VI llevó de nuevo su trono a Portugal, su hijo don Pedro I cortó los lazos que unían al Brasil con la madre patria y, en 1822, se convirtió en el primer emperador de una nación independiente. Río fue el centro de un imperio que duró 67 años y ejerció su dominio sobre otras colonias.

Cuando, en 1889, el Brasil se organizó en república, Río fue designada capital federal de los 20 Estados brasileños. Conservó ese título hasta 1960, año en que la futurista Brasilia (a 1235 kilómetros

de la costa) sustituyó a la "ciudad de las mil delicias" en la dirección política. Actualmente Río es sólo capital del pequeño Estado de Guanabara (1875 kilómetros cuadrados), formado por la ciudad misma y algunos de sus suburbios, pero todos los buenos cariocas piensan que Brasilia, situada tierra adentro y a mil kilómetros de distancia, es solamente la "Novacap", mientras que Río es todavía la "Belacap", o sea la capital hermosa.

Magia blanca. De ese pintoresco pasado han surgido muchas costumbres extrañas. Una de ellas es el cultivo de la magia pagana, y aun en los barrios más elegantes de Río perdura alguna forma de brujería local, como la llamada *macumba*, hoy curiosamente mezclada con el catolicismo.

Mi primer encuentro con la *macumba* ocurrió un anochecer. Observé una línea de luces vacilantes a lo largo de las playas de Leme y Copacabana. Me acerqué a una de estas luminarias y advertí que era una vela hundida en la arena, cuyo fulgor tembloroso destacaba una servilleta de papel. Ésta contenía una ración de arroz y judías, algunas plumas de pollo y un cigarro sin fumar. Se trataba, según me dijeron, de una ofrenda propiciatoria a Iemanjá, diosa de las aguas, que vendría a recogerla cuando subiese la marea.

Los habitantes de Río rara vez ponen en tela de juicio el derecho del prójimo a pensar y hacer lo que le agrade, aunque sean brujerías. Los practicantes de la *macumba* aprecian esa actitud y, agradecidos, se dedican sobre todo a la magia blanca, que trae fortuna y amor y aumenta la potencia sexual. Tienen la consideración de recurrir sólo en contados casos a la magia negra, que ocasiona desgracias a sus víctimas.



Turistas de todo el mundo comparten la emoción y el entusiasmo del Carnaval

El gran acontecimiento. El Carnaval es una fiesta en la cual todos los cariocas toman parte. Una jubilosa locura colectiva sacude a Río durante los cuatro días y noches que preceden a la cuaresma. Aparte del esfuerzo requerido para poner a un país en pie de guerra, este es sin duda el mayor despliegue de energía humana organizada.

Precisamente a mediodía del sábado anterior al Miércoles de Ceniza se cierran todos los comercios, se interrumpen todas las actividades habituales y una desenfadada jarana inunda a Río como una ola

producida por un maremoto. Casi tres millones de personas, algunas con máscaras y disfraces complicados, otras semidesnudas, comienzan a bailar, o simplemente a saltar, al ritmo de tambores, cantos destemplados o tañidos de cuernos. Muchas de ellas prosiguen saltando sin cesar noche y día durante 96 horas. No necesitan alcohol para animarse, pero se arrojan mutuamente chorros de éter helado con pulverizadores o jeringas, y algunas se achispan un poco aspirándolo de los pañuelos.

En enormes desfiles, algunos de los cuales duran toda la noche, unas cien sociedades festivas oficiales tratan de ver cuál puede superar a las otras. El espectáculo principal lo constituye generalmente el paso de las 52 *Escolas de Samba*, comparsas formadas por asociaciones vecinales de 1500 a 3000 asociados cada una, en su mayor parte negros o mulatos que habitan las *favelas*, barrios de chozas diseminados por las laderas de muchas colinas de Río.

Prestad atención cuando pasen las *Escolas de Samba*, relucientes en sus disfraces de seda y raso, meneando las caderas al estruendo ensordecedor de tambores y campanas, porque para ese único instante de gloria sus alumnos se han estado preparando con gran esfuerzo durante más de seis meses. Los dirigentes de cada comparsa han elegido un tema, generalmente amoroso o de crítica social, desarrollado dentro del marco de una evocación histórica; sus *sambistas* (compositores) han escrito música especial para él, y los participantes, cuya edad oscila entre los cinco y los 90 años, han ensayado sus papeles cientos de veces.

Para ganar la competición de comparsas de 1964 con su espectáculo denominado Acuarela Brasileña, los socios no muy prósperos de la comparsa *O Imperio Serrano* gastaron 35.000 dólares. Los grandes premios en dinero efectivo recibidos por las pocas comparsas ganadoras no alcanzan en modo alguno a compensar sus gastos. Pero eso no aflige a los participantes. El Carnaval —dicen— es para divertirse, para llamar la atención, para sentirse como un rey o una reina durante un día.

La gran embriaguez termina el Miércoles de Ceniza a eso de mediodía, cuando la multitud se reúne para presenciar la liberación de los alborotadores encarcelados durante la fiesta. Impertérritos, y ansiosos de aprovechar los últimos momentos de jolgorio, esos infelices que se apodan a sí mismos "¿Qué diré cuando llegue a casa?" marchan alegremente en grupos, con las cabezas altas.

Feliz cumpleaños. Este año el Carnaval fue todavía más alegre que de costumbre, pues Río celebraba el cuarto centenario de su fundación. Preparándose para el aniversario, el dinámico gobernador Carlos Lacerda y cientos de obreros se apresuraron a terminar varias obras destinadas a subsanar algunas de las mayores deficien-

cias del Estado de Guanabara.

Ante todo, se perforaron túneles a través de las colinas que oprimen la ciudad, excavándose en total más de 5600 metros, con el propósito de aliviar la congestión del tráfico y proporcionar atajos que evitarán horas de viaje. El mayor de esos túneles es el del río Comprido Lagoa, de cerca de tres kilómetros de longitud, que será el túnel municipal más largo del mundo.

Además se están horadando 43 kilómetros de sólida roca para construir un colosal acueducto que irá desde el río Guandu hasta Río. Este gigantesco sistema aportará a la ciudad 2270 millones de litros de agua pura por día, y se espera que resuelva hasta el año 2000 el problema de la perenne escasez que la aflige; en esa fecha su población llegará, según se calcula, a ocho millones de habitantes.

Durante el último lustro, para albergar más fácilmente a los 300.000 visitantes que esperaba recibir en su cuarto centenario, Río de Janeiro ha duplicado casi el número de habitaciones de hoteles.

Período culminante del año fue, desde luego, el Carnaval, que se inició el 27 de febrero. Yo hubiera querido estar allí para celebrarlo, pero ya que eso no fue posible, sólo me queda desear un feliz aniversario a la maravillosa ciudad de las mil delicias.



Salidas

UN PRONOSTICADOR del tiempo hacía la siguiente petición en un diario: "A menudo, durante un fuerte chubasco, o en seguida que escampa, me llama alguna persona que padece de reumatismo o artritis para decirme que el dolor que experimentó, o la ausencia de él, le había advertido que la tormenta se avecinaba. Suplico a esas personas que me llamen antes que ocurra el fenómeno meteorológico indicado: es decir, que me llamen al sentir que se avecina tiempo borrascoso o despejado". — Time

HACE algunos años murió el médico que redactaba un artículo diario sobre la salud para un periódico neoyorquino, pero a pesar de su muerte la mencionada sección siguió saliendo con su firma. Un día apareció, entre las muchas cartas, siempre corteses, en que a diario se solicitaba consejo clínico, la de una señora que airadamente decía: "Sé que el doctor falleció hace ya algún tiempo; sin embargo, ustedes siguen recibiendo y contestando cartas en su nombre. ¿Cómo pueden hacer tal cosa?"

El periódico publicó la siguiente respuesta: "Un golpe en la mesa significa SÍ; dos golpes significan NO". — J. M. R.

Dramas de la vida real

"MI SARGENTO"

POR MARY MOORE

CUANDO volví en mí, no tenía idea de dónde me hallaba. Horrible coro de gritos y llantos de criaturas llenaba la habitación y, creyendo encontrarme en una sala de maternidad, pedí que me llevaran a otra parte. Entonces, a medida que empezó a pasar el efecto de los sedantes, un agudo dolor en todo el cuerpo me volvió los sentidos: estaba en la sección de quemaduras del hospital militar Brooks en San Antonio (Tejas). Mi cuerpo, cubierto de exudados, era un triste resto de quemaduras casi fatales.

El accidente había ocurrido ocho días antes, cuando abrí la llave de la ducha para enjuagarme después de haber tomado un baño. El agua salió hirviendo y al querer esquivarla para no escaldarme, resbalé y caí dentro de la bañera bajo el chorro implacable. Por más esfuerzos que hice, no pude encontrar ningún punto de apoyo para incorporarme y pasaron minutos de intenso dolor antes de que mi marido, capitán de la marina retirado, oyera mis gritos e irrumpiera en el cuarto de baño para sacarme de la bañera donde literalmente me estaba cociendo viva.

Me llevaron inmediatamente al hospital de Milledgeville, en Georgia, donde vivíamos, y tres días después me trasladaron a un hospital de la fuerza aérea, no muy distante. Allí me dieron tibios baños medicinales, que duraban 20 minutos y fueron los únicos momentos en que pude dormir desde que ocurrió el accidente. Después los médicos me anestesiaron con un poderoso narcótico, me colocaron en una camilla y me trasportaron en un avión de la fuerza aérea a Tejas, para internarme en un hospital que se especializa en el tratamiento de quemaduras.

Allí, mientras me volvía poco a poco la memoria y los dolores casi me hacían desear que no pasara nunca el efecto de los narcóticos, sentía muy cerca los alaridos que antes de sucumbir daba una pobre mujer, esposa de un marinero, quemada en la explosión de una cocina de gas. Al otro lado del pasillo tres soldados de la infantería de marina, quemados por haberse estrellado un helicóptero, habían enloquecido de dolor. En el lado opuesto de la sala dos niños de corta edad gimoteaban casi sin cesar. Es horripilante oír gritar de dolor a un ser humano.

Aquella primera noche me dormí al fin cuando ya amanecía y no desperté hasta mediada la mañana. No fueron los gritos lo que me despertó, sino una voz agradable que me saludaba:

—No le disgustará fumar un cigarrillo —dijo el extraño.

A pesar del dolor, volví la cabeza hacia un lado. Mi visitante presentaba un aspecto espantoso; era un paciente ambulante, tan cruelmente quemado que en el cuerpo, de la cintura para arriba, no le quedaba una triza de piel verdadera. Me ofreció el cigarrillo y trató de encenderlo con mi encendedor, pero no funcionó.

—Las señoras no entienden de maquinaria —dijo—. Me voy a llevar este chisme para arreglárselo y mientras usted esté aquí no le volverá a fallar.

Por la manera como pronunció estas palabras lo descubrí: era un coterráneo mío, miembro de la fraternidad que nosotros los sureños reconocemos cuando nos encontramos entre extraños, lejos del terruño. Me complació saberme acompañada por una persona que compartía mis gustos, un hombre con quien se podía hablar. Me contó que era oriundo de Alabama, pero que hacía algunos años se había ido a vivir al Norte. Era sargento del ejército y técnico en electrónica, y había sufrido sus quemaduras en una explosión de gasolina en Corea. Todo el mundo le decía simplemente "mi sargento" y nunca supe cómo se llamaba.

—¿Hoy comienza usted los baños? —me preguntó—. No son cosa muy divertida, pero los aguantará. La esperaré aquí para que conversemos cuando salga. Los olvidará más pronto de lo que se imagina.

Ese primer baño fue una experiencia aterradora. Suspendieron mi camilla sobre un estanque de agua tibia y la fueron bajando hasta que quedé totalmente sumergida. Me dejaron allí largo rato, para que la piel se ablandara, y luego un médico armado de unas pinzas fue arrancando de mi cuerpo tiras de piel y carne moribundas. Aun los más robustos pacientes gritaban la primera vez en los baños. Yo no grité, pero sí temblé violentamente.

—Eso es natural en las quemaduras —me dijo el joven médico para tranquilizarme—. Todos temblamos en esta sala.

Al regresar de ese primer baño encontré al sargento que me espe-

raba al lado de mi cama, fiel a su promesa, para disipar mi miedo con una charla.

—No me puedo someter a otro baño —le dije—. Creo que no lo resistiría.

Por primera vez me habló con voz firme:

—Tiene que someterse. Es la única manera de soportar la vida aquí. Cada baño terminado es uno menos. Hay que dar gracias a Dios por cada día y por cada baño, y no pensar en los que faltan.

En seguida cambió de tema y mientras su voz zumbaba en mis oídos, la tortura del baño se fue disipando. Poco a poco dejé de apretar los dientes y después de un rato empecé yo también a hablar. Para escapar del doloroso presente, me puse a recordar los buenos días de mi vida en el Sur, cuando los veranos no eran tan calurosos y el algodón crecía por encima de mi cabeza. También hizo el sargento algunas reminiscencias nostálgicas, sobre todo a propósito de su mujer; pero, con característico optimismo, pensaba más que todo en el futuro. Me explicó que su esposa no iba a emprender un largo viaje para ir a visitarlo, porque estaban economizando todo el dinero que pudieran para abrir una tienda de radios en cuanto a él le diesen de alta en el hospital. Habló mucho de lo que iba a poner en esa espléndida tienda de radios.

Yo pensaba con tristeza que ningún milagro de cirugía plástica podría devolverle a este hombre su aspecto anterior. La piel viva estaba tan cubierta de manchas y ronchas de diversos matices, que me hacía recordar el manto multicolor de José; a pesar de lo cual hablaba con tan contagioso entusiasmo de la manera como iba a servir al público en su tienda, que yo mentalmente reducía mis quemaduras a las modestas dimensiones de una ampolla.

Y no era que el sargento no tuviera también sus momentos de amargura. Justamente antes de uno de los muchísimos y dolorosos injertos de piel que le hacían, se detuvo al pasar por mi cama para despedirse por algunos días, pues tendría que permanecer en cama al otro extremo de la sala. Parecía preocupado y traté de devolverle algo del valor que él me había infundido a mí. Observé que igual cosa trataron de hacer otros pacientes a quienes él había animado siempre. No dio mucha importancia a nuestra solicitud, y comentó:

—Dicen que un poco de lluvia tiene que caer en la vida de cada uno. Pues bien, a mí me va a caer una ligera llovizna, si se compara con los aguaceros torrenciales que les caen a algunos de los pacientes de esta sala.

A los seis días estaba de regreso:

—Otro injerto que ya pasó —dijo alegremente—. Ahora sólo me faltan unos pocos más.

Yo había estado temiendo el único injerto que me iban a hacer, pero ante el indomable valor de mi sargento, me avergoncé de mi

cobardía y di gracias a Dios de que sólo me tocara un injerto y no "sólo unos pocos más" como a mi amigo.

Por esos días reveló él otra de sus bellas cualidades: poseía el instinto rebuscador del soldado de infantería. Cuando se enteró de que yo, lo mismo que él, despertaba muy temprano, y que, lo mismo que la mayoría de los sureños, era muy aficionada al café, empezó a procurarse a diario y clandestinamente dos tazas de la rica bebida, a la inaudita hora de las 5 de la mañana, y a llevarlas a mi cama. Bebíamos en grata compañía nuestro café y charlábamos para distraernos hasta que el sol naciente llamaba nuevamente a la vida a toda la sala.

Llegó por fin el día en que los baños y las pinzas habían quitado ya toda la piel y toda la carne que se podía desprender de mi cuerpo. Los médicos empezaron a hacerme un injerto de piel. Durante cinco días tuve que estarme echada de bruces, sin poderme mover; y durante esos cinco días, más frecuentemente que nunca, mi sargento permaneció a la cabecera de mi cama, bien con una anécdota o con un cigarrillo, y una o dos veces con una canción, todo lo cual contribuía a hacerme olvidar un poco los dolores.

Por ese entonces se había incendiado un cohete en uno de los edificios de cabo Kennedy y, como consecuencia de ello, la población de nuestra sala aumentó en cuatro de la noche a la mañana. Mi amigo no se daba punto de reposo, yendo y viniendo entre los nuevos pacientes para confortarlos a todos, ayudarlos e infundirles valor y esperanza.

Mi injerto tuvo un éxito extraordinario y sanó rápidamente; y viendo que se aproximaba el día de mi salida del hospital, sentía cierta especie de remordimiento por haber sanado tan pronto. Me parecía que esto era una injusticia con el sargento, pero él estaba feliz con mi buena suerte y se mostraba lleno de optimismo en cuanto a su propia curación.

La mañana en que iba a salir yo del hospital debía levantarme a las 4 de la mañana para alcanzar un avión. El sargento madrugó para tomar conmigo la última taza de café de contrabando y despedirse. Hablamos de nuestros respectivos planes para el futuro: yo con mi marido y mis hijos, y él con su mujer y su tienda de radios. Con orgullo, pero como la cosa más natural, dijo:

—Mi mujer es persona culta; es maestra de escuela —y me dio el nombre de la pequeña escuela de Alabama donde había estudiado.

—¡Ah! ¡Esa es una escuela de negros! —exclamé yo, y con vacilación le pregunté—: ¿Es negra su mujer?

Me miró muy sorprendido y después de un momento de silencio dijo suavemente:

—Sí, señora, es negra. ¿A qué raza creía usted que yo pertenecía?

Para fracasar en la vida

POR CHARLES BROWER
Director de la agencia de publicidad Batten, Barton, Durstine & Osborn, Inc., de Nueva York

Condensado de "Rutgers Alumni Monthly"

LA VIDA económica tiene hoy una estructura tal que es casi imposible eludir el éxito. Yo lo he visto frecuentemente por mí mismo: he visto hombres constituidos con todos los elementos del fracasado perfecto, alcanzar repentinamente el triunfo sólo porque se confiaron demasiado. Creían que era fácil fracasar. ¡Qué ingenuos! Para llegar a ser un fracasado en verdad sobresaliente se necesita tanta habilidad como para convertirse en una verdadera eminencia en cualquier esfera.

En primer lugar, para fracasar hay que desechar la creencia, casi universal, de que el éxito es cosa apetecible. El hombre que logra triunfar trabaja como un burro de carga, y frecuentemente para otros. El fracasado no tiene que trabajar en absoluto. El hombre que alcanza el éxito se ve constantemente zarandeado por jefes y competidores. A menudo se absorbe de tal manera en su trabajo que ni siquiera puede dormir bien. El fracasado, en general, duerme tranquilamente, incluso de día.

Otra cosa más. Si uno progresa, sus dificultades irán aumentando gradualmente. Puede acabar por tener que vérselas con todo el presupuesto nacional o presidir una compañía que tiene problemas en 20 naciones diferentes. Y nadie se preocupa por ayudarle. No hay de-

pendencia gubernamental alguna que atienda a los problemas de los que triunfan.

En cambio, por el fracasado todo el mundo se preocupa. El gobierno entero estudia su caso. Todos se desviven por él... ¡por bajo que haya caído!

¿Cómo puede, pues, lograr el fracaso un hombre inteligente? Para empezar, tiene que buscarse algo en qué fracasar. Tiene que contar con un empleo, o preferiblemente una sucesión de empleos. Uno de los signos del fracasado genuino es el compasivo comentario que inspira: "¡Pobre tío Guillermo! ¡Lo ha intentado todo, y nada parece salirle bien!"

Después, el aspirante a fracasado debe aprender a eludir el cumplimiento del diario trabajo correspondiente a la paga diaria. Debe aprender a holgazanear; es más que suficiente hacer el trabajo a medias. Hay que rehuir toda responsabilidad, hablar mucho y bien del propio valer, pero sin arriesgarse a tener que demostrarlo.

Tampoco debe mostrarse dispuesto a acatar órdenes. En la actualidad resulta tan notable el ver que un hombre cumple con la tarea asignada, que corre el riesgo de que lo asciendan... y con ello fracasar en su empeño de ser un fracasado. Lo más seguro es contestar siempre: "Sí, señor, pero..." Tal frase puede emplearse en cualquier actividad. Si es uno simple recadero y le encargan hacer algo, siempre puede contestar: "Sí, señor, pero sólo faltan cinco minutos para salir a almorzar". Si tiene un puesto administrativo, puede retrasar el progreso de alguna obra y eludir la toma de una decisión diciendo: "Sí, señor, pero no creo que debamos precipitarnos".

Sobre todo, debe tomar precauciones para no cogerle afición a su trabajo, porque el verdadero enemigo del fracaso es la satisfacción íntima de haber dado cima a una obra. Más fracasados en potencia han visto frustrada su ambición de fracasar por haber descubierto que acabar algo es placentero, que por ninguna otra causa. Por tanto, hay que estar alerta contra el momento en que se empiece a hacer del trabajo una cuestión de amor propio. Hay que sustraerse a ese sentimiento que le impulsa a uno a decirle a alguien que ha tenido un día realmente fructífero.

Finalmente, hay unas cuantas cosas que el aspirante a fracasado debe olvidar desde el principio.

Debe olvidar lo que dijo el poeta: "Sean nobles tus metas; y así no tengas tiempo más que de escribir un verso, que sea sublime. No alcanzarlas no es un crimen; lo son las miras ruines".

También hay que olvidar lo dicho por otro poeta:

"¡Dios mío, dame altas cumbres que escalar, y fuerza para escalarlas!"

Y olvídense asimismo las palabras de Alexander Graham Bell:

"No andes siempre por el camino público, ni vayas solamente adon-

de otros han ido. Apártate de vez en cuando del sendero trillado y aventúrate en la espesura. Es seguro que allí encontrarás algo que jamás has visto. Guíate por ello. Un descubrimiento conducirá a otro, y cuando menos lo pienses tendrás algo digno de meditación. Todo descubrimiento verdaderamente grande es fruto de la reflexión".

Hoy se considera que la competencia es nociva para los niños. Se tiene la idea de que hay que hacer de ellos criaturas bien adaptadas, bien orientadas y bien intencionadas. La calificación a que deben aspirar, cuando llegue la oportunidad, es la de "pasadero".

De este modo tendrá uno compañía de sobra en la propia, serena y oscura mediocridad.



Caricaturas

La esposa al marido, en una tienda de artículos masculinos: "¿Pretendes acaso decirme qué clase de traje crees que debo escogerte?" — D. T.

Un dragón que está echando fuego por el hocico, al dragoncito que comienza a hacer otro tanto: "¿Desde cuándo te está permitido fumar?" — F. O.

Una descorazonada adolescente, a la amiguita: "Apuesto que mi mamá se esfuerza más que la tuya por comportarse como si fuera joven". — H. J. B.

Sentado al borde de la cama, un señor, no bien despierto todavía, mira por la ventana y exclama dirigiéndose a la esposa: "¡Diantre! Parece que va a hacer otro día". — J. K.

La mujer al esposo mientras ambos contemplan una inmensa obra hidroeléctrica: "Por supuesto que lo entiendo . . . Es como si colaran el agua para extraerle la electricidad". — Caricaturas de Bernhardt

El empresario de la televisión al viejo actor vaquero: "En resumen, Bill, el público quiere verte alejarte a caballo hacia el ocaso . . . y que sigas alejándote". — Dedini

Un miembro de la tribu, hablando de su jefe árabe, que en una esquina del harén se muestra contristado: "Está desconsolado porque no pudo comprarse el concurso Miss Universo". — D. M.



Razones y sinrazones acerca de los alimentos

Por el Dr. Fredrick Stare
Profesor de nutrición de la Universidad de Harvard; autor de "Eating for Good Health"
Condensado de "Harper's Magazine"

Pregunta: He oído decir que la falta de vitamina E en la alimentación de un hombre puede ocasionar anormalidades en los hijos que éste tenga. ¿Debe ese hombre tomar más vitamina E, como medida preventiva?

Respuesta: No. No hay prueba científica en que pueda fundarse tal opinión.

P. Me han dicho que el torrente sanguíneo no absorbe el azúcar de los dátiles y que, por tanto, ésta es innocua para los diabéticos.

R. Es falso. El torrente sanguíneo absorbe perfectamente el azúcar de los dátiles, como absorbe el azúcar de cualquier alimento.

P. Si se toma vinagre en un vaso de agua en cada comida, ¿se adelgaza la sangre?

R. ¿Por qué cree usted necesario que la sangre adelgace o espese? En cualquier caso, el vinagre no la afectaría en absoluto.

Guardo mil preguntas como éstas en mis archivos, y constantemente se me hacen otras por conducto de la sección que publico en varios periódicos. Para asombro mío, he encontrado escasa diferencia entre las preguntas de personas con poca preparación y las de personas que han cursado estudios superiores. Ciertamente comienzo a pensar que cuanto más culto es el hombre mayor es su habilidad para recurrir a la seudociencia en apoyo de algún alimento de última moda.

Desde los tiempos más remotos recogidos por la historia, nuestros antepasados atribuyeron poderes mágicos, buenos y malos, a los alimentos. En un encantador libro sobre charlatanismo, *The Toadstool Millionaires*, el Dr. James Young informa que, en 1630, impusieron una multa de cinco libras a un colono de Massachusetts Bay por vender agua de mar para curar el escorbuto. Actualmente todavía se venden en gran número las pastillas de sal marina, principalmente entre ciertos ancianos que creen que con ellas recuperarán el vigor y sanarán de diversas afecciones. Por supuesto, esas pastillas carecen de tales virtudes. Tampoco hay prueba alguna de que la remolacha enriquezca la sangre. Ni el pescado ni el apio son alimentos para el cerebro, y el yogur, por desgracia, no conserva la juventud.

En algunos casos se han explicado científicamente las virtudes aparentemente misteriosas de ciertos alimentos. Por ejemplo, ahora sabemos que las limas y los limones curaban el escorbuto porque contienen vitamina C. La cáscara del arroz evitaba el beriberi en virtud de la vitamina B_1, o tiamina, que proporcionaba. Cierto antiguo tratamiento del bocio consistía en una esponja seca o quemada, que constituye una rica fuente de yodo.

A veces una verdad a medias o un hecho científico falseado dan lugar a un mito alimentario. Por ejemplo, frecuentemente se dice que las zanahorias pueden ser "buenas para la vista". Pero eso es cierto únicamente cuando uno no ha tomado suficiente vitamina A durante algún tiempo. El organismo humano convierte el caroteno (el pigmento amarillo de las zanahorias) en esa vitamina, que se necesita para formar un esencial pigmento de la retina: la rodopsina. Sin embargo, también las legumbres verdes contienen bastante caroteno, cuyo color amarillo lo di-

simula la clorofila. Así que las legumbres verdes pueden ser igualmente "buenas para la vista".

El bistec a medio asar, comido en abundancia, ¿es realmente fortalecedor? Desde luego, pues es rico en proteína de buena calidad. Pero también lo son el pescado, los huevos, la leche... y el bistec bien asado. Se puede ser igualmente vigoroso con un régimen adecuado de cereales y legumbres, más una pequeña cantidad de proteína animal que suministre determinados aminoácidos que el organismo no puede obtener de ninguna otra parte.

Sé que el decir todo esto no ejercerá efecto alguno inmediato en el consumo de zanahorias y bistecs. Nuestros hábitos alimentarios están profundamente arraigados en nuestra naturaleza y nuestra cultura, y el cambiar gustos o desechar prejuicios requiere mucho tiempo. En realidad, la mayoría de las personas tienen una extraordinaria capacidad para adaptar la información científica a sus propios caprichos y a sus propias y preconcebidas ideas.

El Dr. Edward Wellin, antropólogo que estudió las prácticas alimentarias maternas e infantiles de los 230 residentes del pueblo de Espinos (Perú), informó de un ejemplo notable. Durante varios años los funcionarios de salud pública, las enfermeras y los médicos del Perú estuvieron difundiendo un programa educativo entre los pobladores del lugar y, entre otras cosas, lograron convencerlos de que las vitaminas existen y dan calidad y vigor a ciertos alimentos. Pero los aldeanos interpretaron y aplicaron ese conocimiento a su manera. Consideran que las vitaminas son demasiado "fuertes" para los niños y demasiado "engordadoras" para las mujeres embarazadas. Por tanto, atribuyen un alto contenido vitamínico a todos los alimentos conocidos como muy nutritivos o engordadores. Una mujer explicó que, aun cuando le gustaban mucho la carne de vaca y la sopa de cabeza de pescado, se abstenía de ellas durante su embarazo "porque tenían demasiadas vitaminas".

Por ridículos que puedan parecer esos conceptos, no pocas personas a quienes se supondría mejor informadas tienen ideas igualmente fantásticas acerca de las cápsulas vitamínicas... sobre todo la creencia de que, si uno las ingiere en cantidad suficiente, estará adecuadamente nutrido. La verdad es que las vitaminas son simples catalizadores que prestan a otros alimentos la virtud de funcionar con más eficacia. Más aún, en contra del mito popular, no hay razón para aumentar el consumo de vitaminas conforme avanzamos en edad. Éstas sirven primordialmente para ayudar a la asimilación de los alimentos y así producir energía y formar, conservar y reparar los tejidos del organismo. Como el consumo total de alimentos disminuye (o debe disminuir) con la edad, los ancianos en general tie-

nen menos necesidad de vitaminas que la gente joven. A cualquier edad, es el médico quien debe decidir si un individuo necesita o no tomar más vitaminas.

Sin embargo, en cuestiones de nutrición, son demasiadas las personas que prefieren recibir consejo de los anuncios de la televisión, de una voz dogmática oída por la radio o de un artículo periodístico sobre la dieta de última moda. En el mejor de los casos la mayoría de estas modas son inútiles. Una de ellas consiste en las "combinaciones mágicas", como la dieta a base de costilla de carnero y toronja. Ambos alimentos son buenos por sí mismos, pero, si se toman con exclusión de otros, de ninguna manera podrán constituir un régimen equilibrado. Tampoco los plátanos y la leche descremada, que en sí son también buenos alimentos, constituyen por sí solos un régimen adecuado.

Una práctica sumamente arraigada es el régimen rico en proteínas, que se funda en el mito de que sólo los hidratos de carbono y las grasas hacen aumentar de peso, porque las proteínas sobrantes simplemente se queman o se excretan. Desgraciadamente no sucede así. Las calorías obtenidas de las proteínas superfluas, como cualesquiera otras calorías, se almacenan en el cuerpo convertidas en grasas; incluso un alimento como el bistec, rico en proteínas, contiene un 20 por ciento de grasa por lo menos.

Una moda que puede ser peligrosa a menos que esté vigilada, de preferencia en un hospital, es la dieta de hambre. Se funda en la errónea creencia de que el organismo, en condiciones de inanición, puede encontrar en sus propios tejidos todos los elementos nutritivos que necesita. Esto es falso. El ayuno puede ser fisiológicamente peligroso si se prolonga más de unos cuantos días, y jamás debe ponerse en práctica por iniciativa personal.

La triste verdad es que, de los muchos grupos de adultos que se han sometido a dietas vigiladas para bajar de peso, no más del 15 o el 20 por ciento lograron realmente reducir su peso y conservaron esa reducción después de dos años. La tendencia a recaer es particularmente lamentable, pues se ha comprobado que el riesgo de pesar demasiado depende más del proceso de aumentar el peso que del peso mismo. Es decir, el individuo que baja cuatro kilos y medio y vuelve a aumentarlos dos veces al año, pasa por dos períodos en que el daño a los vasos sanguíneos, que quizá conduzca a la arteriosclerosis, se puede acelerar. Por esta razón, las personas que pesan más de lo debido procederán prudentemente si evitan reducir a menos que estén totalmente seguras de no volver a aumentar.

Las dietas de moda no impresionan a quienes hemos trabajado en los aspectos experimentales y aplicados de la obesidad. Sabemos

que son muchas las causas del peso excesivo y que no todas se han descubierto, pero que en definitiva el individuo consume demasiadas calorías en relación con la energía que gasta. Quizá intervengan algunos factores genéticos o hereditarios. Cualquiera que sea la razón, el tratamiento consiste en combinar la disminución de calorías ingeridas con un aumento de las calorías eliminadas. En mi opinión, el factor principal para suprimir la obesidad es el deseo auténtico de reducir de peso y, después, de mantenerlo en un límite adecuado. Siendo esto así, no es difícil explicar por qué tantas personas tienen exceso de peso y por qué se multiplican las falsas dietas para adelgazar.

Actualmente, la simple mención de las grasas evoca uno de los principales espantajos de la moderna mitología relativa a la nutrición. Muchos individuos desconocedores de la materia afirman inequívocamente que "las grasas son dañinas". Los hombres de ciencia son mucho menos dogmáticos. A pesar de las extensas investigaciones que hoy se llevan a cabo, aún hay desacuerdo respecto a las cantidades exactas de grasas animales (saturadas) o vegetales (no saturadas) que deben incluirse en la dieta perfecta. Sabemos que el organismo necesita algunas grasas y que ellas son en gran parte las que prestan sabor a nuestros alimentos. Las grasas, además, nos satisfacen y evitan que volvamos a sentir hambre demasiado pronto.

Si está uno convencido de que debe variar su ingestión de grasas animales o vegetales, o de ambas, debe tratar el punto con su médico antes de hacer cambios radicales en la dieta. Quizá el problema más importante de uno estribe en la ingestión total de calorías, provengan éstas de la mantequilla o de las bebidas alcohólicas.

Desde luego, ni nuestra salud ni nuestra cuenta del banco habrán de mejorar porque adoptemos una u otra de las dietas en boga. La explotación de la seudociencia de la nutrición es un negocio sumamente lucrativo. El comerciante en novedades alimenticias es un maestro para confundir y malinformar al público. Frecuentemente emplea la técnica del miedo para fomentar la idea de que los alimentos que se venden en las abacerías comunes son inadecuados para la nutrición, están contaminados por insecticidas o que en alguna forma son peligrosos para la salud. Al mismo tiempo siembra la desconfianza contra los médicos y las autoridades encargadas de la salud pública.

Aunque tal vez siempre habrá quien crea en la magia de ciertos alimentos, no existe motivo alguno, al parecer, para que la mayoría de la gente no haya de acabar por encontrarle mejor sabor a la razón que a la sinrazón.



La muerte tristemente simbólica
del Dr. Paul Carlson plantea serios interrogantes
sobre el futuro del África Negra

Tragedia en el Congo

CONDENSADO DE "TIME"

LOS SIMBAS llegaron a las siete, torvos los rostros bajo sus melenas de plumas y pieles de monos. A golpes de lanza y culatazos de fusil abrieron las puertas del hotel Victoria y sacaron rudamente a sus rehenes blancos a la calle. Hacía una hora que el cielo de Stanleyville, capital de la rebelde República Popular del Congo, vibraba con el temeroso ruido de motores de aviación. Desde las azoteas los observadores veían abrirse paracaídas sobre el aeropuerto, al oeste; el tiroteo se oía cada vez más cerca. Habían llegado los belgas, que traían pronta ayuda para los rehenes, aunque para muchos de ellos no lo bastante pronta.

Sacaron los simbas ("leones" en suaheli) a los 250 blancos a las anchas calles y les ordenaron que se sentaran en el suelo. En seguida, mientras se abrían los paracaídas belgas sobre el cielo de la ciudad, la Radio Stanleyville dio sus últimas instrucciones: "*Ciyuga*! *Ciyuga*! ¡Matadlos a todos... hombres, mujeres y niños! ¡Matadlos a todos, sin escrúpulos!"

Los simbas del general rebelde Nicolás Olenga cumplieron la orden al pie de la letra, haciendo fuego a quemarropa contra los rehenes sentados en el suelo. Escogieron, para empezar, a las mujeres y los niños. Los padres que se arrojaban sobre sus hijos quedaban acribillados por las balas perdidas que rociaban a la multitud. Una mujer permaneció sentada con la boca abierta mientras las personas que tenía a uno y otro lado eran fusiladas. Ella salió ilesa milagrosamente.

Instrumento de los insurrectos. No tuvo tanta suerte un modesto médico misionero norteamericano, procedente de Torrance (California), que durante dos meses había sido instrumento del régimen rebelde en sus negociaciones con los Estados Unidos, con Bélgica y con el gobierno congoleño legítimo del primer ministro Moise Chombé. Condenado varias veces a muerte como "espía" y otras tantas suspendida la ejecución cuando los rebeldes creían que iban ganando la partida, el Dr. Paul Carlson, de 36 años, fue alcanzado por una granizada de balas en la cabeza y en la espalda. "No parece que hubieran escogido especialmente a Carlson", declaró el cónsul de los Estados Unidos Michael Hoyt el día de su salvación. "Cuando empezó el tiroteo, corrió lo mismo que corrimos todos los demás, y trató de salvar un muro, pero no tuvo tiempo. Sentí que me enfermaba. ¡Haber sufrido tanto para venir a morir en el último momento!"

Instantes después de la muerte de Carlson llegaron los paracaidistas belgas, y, al verlos, los simbas huyeron. La tropa había tomado el aeropuerto y rápidamente avanzó, peleando, hasta el centro de la ciudad. La sorpresa, la rapidez de la maniobra y la cobardía de los simbas evitaron que la matanza alcanzara mayores proporciones. Con todo, al otro lado del río Congo, en la "Orilla izquierda" de Stanleyville, los simbas dejaron otras 45 víctimas, entre ellas varias monjas y sacerdotes españoles y holandeses que fueron descuartizados. En Stanleyville se pudieron salvar cerca de 1300 blancos. De los 30 muertos, la mayoría eran belgas, uno era canadiense y dos norteamericanos: Carlson y Phyllis Rine, de 25 años, también misionera.

La gran cuestión. Una sola vida, o aun ciento, quizá no parecerá que signifiquen gran cosa en las trágicas cuentas del África. Allí las tribus han venido matándose las unas a las otras durante siglos antes de que llegaran los blancos; pero el asesinato del Dr. Carlson y la matanza de unos cien blancos y millares de negros tuvo un significado especialmente trágico.

Carlson simbolizaba a todos los hombres de su raza (y son muchos) que no buscan en África sino la oportunidad de ayudar. Ni era un santo ni un mártir voluntario. Era un médico muy capaz cuya sólida fe cristiana y cuyos sentimientos humanitarios lo llevaron al Congo a curar a los enfermos. Su muerte demostró algo más que el hecho de que la civilización africana —pese a los oropeles de medio centenar de Estados soberanos y delegaciones ante las Naciones Unidas— es en gran parte una farsa. Demostró también que los rebeldes no son sino una chusma de salvajes ignorantes y atontados, de quienes se valen y abusan los líderes semicivilizados.

A pesar de ello, casi todas las naciones africanas apoyaron a los

rebeldes sin la menor censura para sus actos de brutalidad. Se hicieron eco de la cínica afirmación comunista de que el salvamento de las víctimas por los paracaidistas fue una "agresión imperialista". Ante semejante actitud, la parte sensata del mundo no puede menos que preguntarse si es que el África Negra se puede tomar en serio, o si en el futuro previsible estarán sus actos más allá del alcance de nuestra razón.

¡Mueran los "norteamericanos"! Cuando los rebeldes, más o menos apoyados por los comunistas, capturaron a Stanleyville en agosto pasado, trataron relativamente bien a los blancos que allí había; pero en cuanto empezó a serles desfavorable el curso de la guerra, su perversidad fue creciendo hasta que llegaron a considerar a todos los blancos como "norteamericanos" que merecían ser maltratados o condenados a muerte. Cualquiera que poseyera un radiorreceptor era un espía y debía ser encarcelado.

En Nairobi (Kenia), donde adelantaban las negociaciones entre los norteamericanos y los rebeldes congoleños, el "ministro de Relaciones Exteriores", Tomás Kanza, presentó sus condiciones: los rehenes serían asesinados si el ejército congoleño de Chombé no suspendía inmediatamente su avance sobre la capital rebelde. Esto equivalía a exigir la entrega del gobierno legítimo. Además se veía cada vez con más claridad que el dominio del "presidente" rebelde Cristóbal Gbenye sobre sus salvajes simbas se estaba debilitando, y que, si no se hacía algo inmediatamente, los rehenes que estaban en territorio rebelde serían asesinados.

El embajador norteamericano William Attwood recibió instrucciones de Washington de suspender las conversaciones. Para salvar la vida de los rehenes, 600 paracaidistas belgas escogidos salieron de la isla de la Ascención. En Stanleyville y en Paulis, a 400 kilómetros al nordeste, en un ambiente cargado de inenarrable bestialidad y horror, realizaron con eficiencia el misericordioso salvamento (única razón de su venida al Congo). Los paracaidistas sufrieron sólo siete bajas en la operación. Cuatro horas después, la Quinta Brigada del ejército congoleño, encabezada por unos 300 recios luchadores blancos, entró en Stanleyville. Gbenye y sus ministros rebeldes huyeron con más de 680 kilogramos de oro (valorados en casi 800.000 dólares) y más de seis millones de dólares en dinero sacado de las cajas del Banco del Congo. Muchos simbas, sin embargo, se quedaron en la ciudad haciendo fuego sobre todo el que se moviera, y la operación de limpieza fue sangrienta.

El camino de Wasolo. En comparación con lo que pasó en Stanleyville y en Paulis, la rápida muerte de Paul Carlson bajo una ráfaga de ametralladora parece menos dolorosa; pero en relación con los antecedentes de su vida resulta

cruel e increíblemente inútil.

Wasolo, donde el "doctor Paul" tenía su misión médica, es un claro que se abre inesperadamente en el recodo de un camino entre la selva, a 1300 kilómetros al nordeste de Leopoldville, que es como decir a millones de kilómetros del mundo civilizado. Los africanos han aplastado la hierba *sobi* en torno de sus chozas por temor de las culebras, y un poco más allá se alza la impenetrable muralla de la selva virgen. El recinto del hospital domina una colina baja. La casa de Carlson es de ladrillo rojo, y en la estación lluviosa el agua para beber se recoge en barriles colocados bajo los aleros del tejado. En la estación seca, Lois Carlson de 36 años, y sus dos hijos, Wayne, de 9 años y Lynette, de 7, iban por agua en el camión hasta un arroyo a casi un kilómetro de distancia. Linda con Wasolo una colonia de leprosos que producen el mejor algodón de la provincia de Ubangi y desmotan las cápsulas con los dientes.

Fue allí donde Carlson resolvió pasar su vida. Había nacido en Culver City, en California, hijo de un inmigrante sueco, maquinista de profesión, y se crió en una atmósfera religiosa, en el seno de la Iglesia Evangélica de la Alianza, rama del luteranismo. Después de dos años de servicio militar en la marina norteamericana (1946 a 1948) estudió medicina y recibió su título. En el Colegio North Park de Chicago conoció a la graciosa y rubia Lois Lindblom, con quien se casó en 1950. Pasó luego a la Universidad de Stanford, donde se graduó en antropología, y de ahí a la facultad de medicina de la Universidad de George Washington. Mientras Carlson proseguía sus estudios, Lois trabajaba como enfermera y aspiraba a hacer una tranquila vida de hogar en California; pero Paul fue al Congo en 1961 para pasar seis meses con la Agencia Protestante de Ayuda al Congo, y lo que allí vio cambió el curso de su vida y lo llevó a la muerte.

"Si vieras aquello . . ." De regreso en California, Carlson no podía olvidar las urgentes necesidades médicas del Congo. A un colega con quien almorzaba le dijo: "Si vieras aquello, no podrías comerte ese emparedado". Continuó sin embargo ejerciendo la profesión, con un ingreso anual de 12.000 dólares, pero no podía estar tranquilo y al fin le dijo a un amigo radiólogo: "Me voy otra vez. No aguanto más esto de estar tratando hernias y hemorroides".

Los Carlson firmaron contrato como médico y enfermera por 3230 dólares anuales y llegaron a Wasolo en julio de 1963. Encontraron inmediatamente varios casos de hernias y hemorroides... Pero aquí las cosas eran distintas. El hospital tenía 80 camas y tenía que servir a una población de 100.000 habitantes. En las cartas que Carlson escribía a sus amigos se re-

flejaban su alegría y su asombro por los extraños sucesos del Congo. Le parecía rarísimo que lo despertara "el centinela nocturno con los pantalones desgarrados y una larga lanza en la mano" para pedirle que fuera a ver a una niña que tenía meningitis. Era una curiosa experiencia, para un alma lírica, "avanzar en fila por un sendero que cortaba la selva" e ir hasta la colonia de leprosos cantando villancicos. Una operación quirúrgica era algo emocionante cuando el sol se ocultaba en medio de la intervención y tenía que coser la herida a la luz de una linterna eléctrica. En todas sus cartas se repite siempre la frase: "Pero así es la vida".

Poco después que los rebeldes tomaron a Stanleyville, las embajadas extranjeras aconsejaron a todos los misioneros que salieran del norte. Salió Carlson con su familia y su enfermera blanca para buscar al otro lado del río Ubangi la seguridad de la República Central Africana, pero él regresó solo a su hospital en setiembre pasado. Consideraba que no podía abandonar a sus pacientes.

Carlson fue arrestado dos semanas después porque tenía una radio, porque era norteamericano y porque el régimen rebelde, acosado, necesitaba rehenes para comprar la victoria.

Propaganda bien organizada. La operación conjunta belga-norteamericana de paracaidistas pareció sin lugar a dudas al Occidente como una misión humanitaria, que si por algo se podía criticar era por haberse llevado a cabo con más cautela de la necesaria. Pero en los países "no comprometidos" y comunistas la bien organizada propaganda la hizo aparecer como si los norteamericanos y los belgas, y no los simbas, hubieran sido quienes cometieron las atrocidades de Stanleyville.

Moscú, queriendo sin duda mostrarse tan anticolonialista como Pekín, repitió la vieja cantilena de "intervención imperialista" y permitió motines de estudiantes rusos y africanos contra la embajada de los Estados Unidos. En El Cairo unos 200 estudiantes africanos atacaron la embajada norteamericana e incendiaron la vecina Biblioteca John F. Kennedy, que había costado 250.000 dólares. Ahmed Ben Bella, inseguro gobernante de Argelia (país que está en quiebra y muchos de cuyos habitantes sobreviven gracias a los alimentos que han regalado los Estados Unidos), ofreció "armas y voluntarios" a los rebeldes congoleños. Lo mismo hizo la China comunista.

Fórmula de paciencia. A pesar de que el jefe rebelde Gbenye y sus secuaces fueron arrojados de su capital, la lucha proseguirá durante algún tiempo. Muchos pesimistas hablan de una "guerra de cien años". ¿Cómo se puede aplastar la insurrección?

El remedio, para Chombé, es una fórmula de paciencia (que sus enemigos han calificado de neoco-

lonialismo), según la cual el personal blanco ocuparía el mayor número posible de empleos claves durante todo el tiempo que se necesite para formar un ejército eficiente y una administración eficaz. El hecho de que no quiera "africanizar" el país a toda costa explica por qué no cuenta con las simpatías de sus pares en otras naciones del continente. Y sin embargo quedan todavía gran número de blancos en países como Nigeria y Ghana, donde son bien acogidos aunque no se les hace publicidad.

Si Chombé tiene éxito con su plan, el Congo marcaría una nueva etapa en la historia de África. Astuto y sin escrúpulos, franco y realista, quizá triunfe, aun cuando todas las probabilidades están en su contra.

Muchos belgas y otros blancos que vivieron en el Congo tiemblan ahora ante la idea de regresar. Otros en cambio (y son muchos) han declarado que volverán si los llaman. Ciertamente no los animará el espíritu de Paul Carlson, que una vez dijo: "En este siglo han muerto más personas por la fe en Jesucristo que en los primeros siglos, que consideramos la época de los mártires". Irán al Congo por razones más mundanas; pero si algún día ha de haber relaciones normales y cuerdas entre el África Negra y el mundo blanco, tendrán que ir y tendrán que ser aceptados. Porque "así es la vida".

Cavallería rusticana

En su libro *Cow People* cuenta el escritor Frank Dobie que algunos granjeros de Tejas, que antes vivían en haciendas demasiado apartadas unas de otras para contar con escuelas, empleaban institutrices para la educación de sus hijos. Una de éstas, recién llegada a una granja al occidente de Fort Worth, acompañó a la familia a un baile que un vecino daba a 30 kilómetros de allí. En vista de que comenzaba a llover, la institutriz llevó sus chanclos de caucho. Al regresar a casa, después del amanecer, los dejó olvidados.

Al domingo siguiente un vaquero del lugar donde se había celebrado la fiesta llegó preguntando resueltamente por la "señorita Ana". Esperó en la sala y, al acudir aquélla, el vaquero le entregó algo que llevaba envuelto en papel de periódico.

—Ah ¡es uno de mis chanclos! —exclamó la joven al abrir el paquete—. Pero . . . eran dos . . .

—Sí —repuso el vaquero—; el otro se lo traeré el domingo que viene, si me lo permite . . . y . . . este . . . ¡caramba! ¡Ojalá fuera usted ciempiés!

— Editores: Little Brown

Las facultades síquicas de Sam Benson

Redacción de Jhan y June Robbins

Condensado de "This Week Magazine"

Esta es la confesión personal de un quincallero de pueblo, dotado por la naturaleza de "percepción extrasensoria", o sea aquella facultad aparentemente inexplicable de conocer los hechos por medios distintos de los sentidos normales. En su aspecto externo es un ciudadano común y corriente, y su extraño poder suele causarle problemas y asustar a su mujer y aun ponerla furiosa. En vista de que a muchas personas les inquieta este don misterioso y su poseedor cree que la publicidad le perjudicaría en su negocio, lo llamaremos en este artículo "Sam Benson" y disfrazaremos también los nombres de otras personas.

Ocurrió una noche de invierno, cuando yo tenía siete años. Hasta donde mis recuerdos alcanzan, fue la primera vez que caí en la cuenta de que podía conocer hechos que los demás ignoraban. Mi padre tardaba en regresar a casa y mi madre estaba ya nerviosa. Sin pensarlo, le dije que había ocurrido un accidente en un tranvía, que papá estaba bien pero que se había quedado para ayudar a los heridos, y que un funcionario del tranvía lo había convidado a tomar una copa.

Un poco más tarde llegó mi padre... aporreado, vendado y un poco achispado. Dijo que había estado en un accidente en un tranvía, pero mamá no le creyó; y cuando yo quise corroborar la verdad de lo que mi padre contaba, explicando que yo había visto mentalmente el accidente, ella afirmó que nos habíamos puesto de acuerdo para inventar ese cuento.

Así fue como aprendí desde el principio que poseer la percepción extrasensoria, como se llama, no es siempre una ventaja.

Nuestra familia no era rica. Éramos 11 y para Navidad a cada uno nos daban un regalo. Pronto me percaté de que con sólo ver las cajas bajo el árbol ya sabía lo que cada una contenía. En una de estas ocasiones miré la caja marcada para mi hermano Fred y se me formó claramente en la cabeza la palabra "guante". Le dije al oído: "Lo que tú querías: ¡un guante de béisbol!"

Fred abrió el paquete, pero lo que encontró fue un par de guantes de lana tejidos a mano. Sin decir palabra, me propinó un puñetazo en el ojo.

Me pasan cosas que no entiendo. Por ejemplo, hace unos años nuestras hijas tomaban clases de piano con un maestro llamado Fanelli, que venía a casa todos los jueves por la noche. Una noche tuve una especie de sueño muy claro, en que veía al señor Fanelli debatiéndose en medio de una tormenta de nieve en el polo norte. Cayó al suelo y no se pudo levantar. No podía mover las piernas. En mi sueño me pareció que las tenía congeladas.

Ese jueves el maestro Fanelli no vino a casa. Supimos que había caído postrado, con ambas piernas paralizadas por meningitis espinal, aproximadamente en el mismo momento en que yo había soñado que se le habían congelado.

Las personas que tienen facultades síquicas suelen ver a veces lo futuro. Esto no me ocurre a mí con mucha frecuencia, pero nunca olvidaré un hecho que sucedió hace unos pocos años. Estaba yo en la iglesia poniéndome el ropón para cantar en el coro, lo mismo que mi amigo Martin Engels, pintor de brocha gorda. De pronto miré a Martin y mentalmente lo vi tendido en el suelo y cubierto con un lienzo salpicado de pintura.

Fue tan vívida la imagen que me dicen los que me vieron que me puse pálido y parecía angustiado. Hicimos el ensayo del coro, pero el sacerdote comprendió que yo estaba conturbado y llamándome aparte me preguntó: "¿Qué le pasa, Sam?" Le conté, con un poco de vergüenza, que estaba convencido de que algo terrible le iba a ocurrir a Martin Engels. Y en efecto, tres días después el pobre Martin se cayó de un andamio y se mató.

Puesto que el hecho ocurrió exactamente como yo lo había previsto ¿habría podido salvarle la vida previniéndole que no subiera al andamio? No lo sé; pero en algunas ocasiones la percepción extrasensoria me ha permitido proteger a mi familia de un peligro no sospechado.

Una noche, hace pocas semanas, desperté de un profundo sueño, salté de la cama y grité: "¡Me huele a humo!"

Con Fran, mi mujer, recorrimos toda la casa, pero no encontramos fuego y nos volvimos a acostar.

Unos diez minutos más tarde, sin embargo, yo volví a insistir: "Hay un incendio ¡y es en la casa de tu mamá!"

Fran me miró con incredulidad. "La casa de mamá está a 14 kilómetros de aquí", comentó. No obstante, resolvió llamar por teléfono:

"Mamá, no te asustes", le dijo. "Es que a Sam se le ha ocurrido que tu casa se está incendiando. Seguramente será una pesadilla, pero dice que no podrá dormir hasta que tú investigues y nos vuelvas a llamar".

Trascurridos 15 minutos sonó el teléfono. La mamá de Fran había descubierto un incendio que comenzaba en la pared, detrás de la estufa de la cocina, y con la ayuda de una vecina lo había apagado. No había ya motivo de preocupación.

Nuestro hijo Ted parece haber heredado de mí algunas facultades de percepción extrasensoria. Yo no sé si los hombres de ciencia aceptarían que Ted y yo podamos adivinarnos mutuamente nuestros pensamientos, pero la verdad es que algo muy parecido nos sucede.

Hace tiempo, cuando Ted tenía apenas siete años, era muy buen nadador, de modo que Fran y yo le dimos permiso para que fuera un día a nadar con unos amigos en una laguna cercana. Ese día, a eso de las dos de la tarde, me dio un fuerte dolor de cabeza y sentí náuseas. De pronto vi la imagen de mi hijito que se estaba ahogando. Estaba en medio de la laguna, con las piernas dobladas. Ya se había hundido dos veces y empezaba a asfixiarse.

Me puse a rezar: "Padre nuestro que estás en los cielos... dile a Ted que se tienda de espaldas y reme con los brazos, que no se asuste..."

Dejé el trabajo, tomé el automóvil y me fui a la laguna. En el camino encontré a Ted que ya regresaba en su bicicleta. Me dijo que se había divertido nadando. Sin embargo, después de que le hice unas cuantas preguntas, empezó a llorar y me confesó: "Tuve un susto muy grande, papá. Me dio un calambre en el estómago. Las piernas se me doblaron. Estaba en la mitad de la laguna, que

El Dr. Karlis Osis, jefe de investigaciones de la Sociedad Norteamericana de Investigaciones Síquicas, dice que el caso de Sam Benson le parece extraordinario y potencialmente muy importante. "Si las personas que poseen facultades síquicas naturales, como parece poseerlas él, se acercaran a nuestros laboratorios y trabajaran con nosotros en condiciones científicamente controladas", dice el Dr. Osis, "sin duda haríamos sensacionales y valiosos descubrimientos. Por desgracia, muchas de esas personas han sido víctimas del ridículo o del ostracismo social, al punto que permanecen virtualmente escondidas. Abrigo la esperanza de que artículos como éste las alentarán a comunicar sus experiencias para que sirvan de material de estudio".

tiene allí 15 metros de hondo. Me hundí. Tragué agua. Grité pero nadie vino a ayudarme. Entonces me tendí de espaldas y empecé a remar con los brazos hasta salir a la orilla. Realmente yo no sabía qué hacer... Me pareció que alguien me dijo que lo hiciera".

Muchas veces Fran y yo preferiríamos que estas facultades desaparecieran. Cuando empecé a trabajar en mi tienda de quincalla, por ejemplo, descubrí que la percepción extrasensoria me estaba perjudicando el negocio. Apenas aparecía en la puerta un parroquiano, yo ya sabía qué quería. Veía en mi mente un paquete de cinco kilos de clavos, un rollo de cinta aislante o unas podaderas de jardín, y ponía estos objetos sobre el mostrador antes de que el comprador hubiera tenido tiempo de abrir la boca. Si se le había olvidado alguna cosa, se la recordaba: "Su señora le dijo que comprara también un cojín para la silla del porche".

Algunas personas se molestaban. Otras se inquietaban y no volvían a comprar nada en mi tienda... y yo no sabía por qué. Por fin un amigo me dio una lección que sin duda me salvó el negocio. Lo vi llegar en su automóvil y supe instantáneamente lo que venía a comprar: un matamoscas, cinco metros de alambre eléctrico y diez bombillas. Mientras él estacionaba su vehículo, yo corté el alambre y tuve todo listo sobre el mostrador. Cuando entró y lo vio, me dijo:

—¿Qué es todo eso?

—Tu pedido —contesté muy orgulloso.

—¿Qué pedido? Yo no he venido a comprar nada. Sólo entré a charlar un rato contigo.

Después de un rato se echó a reír y me dijo:

—Es cierto, Sam. Yo sí venía a comprar esos artículos, pero tú le quitas a uno toda la diversión de hacer compras... y además, muchas personas se están poniendo ya nerviosas. Cuando un individuo viene a gastar su dinero, tiene derecho a dar él mismo las órdenes.

Aproveché este consejo. Poco a poco la gente dejó de pensar que yo era una especie de clarividente. Ya no les corrijo a los clientes, aunque sepa que están equivocados. El otro día una señora llegó muy apresurada y compró una gran cantidad de yeso. Yo sabía (aunque ella no me lo dijo) que lo que realmente necesitaba era cemento. Una hora más tarde volvió muy mortificada por haberse equivocado y cambió el yeso por cemento. Yo le habría podido ahorrar el segundo viaje a mi tienda, pero ya he aprendido que no me conviene dar consejos.



Cada invierno me pregunto por qué hay gente que se empeña en vivir en el campo, y cada primavera comprendo sus razones. —P. P.

Así es la vida

AL TRASLADARNOS a una casa de una pequeña zona suburbana, temimos quedar a la merced de todos los talleres de reparación del pueblo. Fue así como, con nerviosa ansiedad, llamamos a un fontanero para hacer un trabajo de orden mayor en nuestra alcantarilla. Trascurridos dos meses no habíamos recibido aún la cuenta. Llamé al fontanero por teléfono y, al no encontrarlo, le dejé razón. Nada supe de él. Un mes más tarde volví a llamar.

—Mire, amigo mío —me explicó el fontanero cuando al fin di con él—: soy también presidente del banco local y sé que acaba usted de mudarse a este vecindario y que su cuenta bancaria no es muy grande. Cuando haya tenido oportunidad de aumentarla un poco, entonces le pasaré el recibo. —I. S.

EN CIERTA tabaquería oí que un señor pedía cigarrillos: "¿Podría usted darme una caja de marcas surtidas?" decía en tono de disculpa. "Es que quiero dejar el vicio, y estoy tratando de precisar cuál es el que menos me gusta".

— Sra. C. E. H.

TUVIMOS la buena fortuna de agasajar a un grupo de profesores extranjeros que visitaban nuestro país. Les estaba contando de las clases de ebanistería a que asistía mi hijo, y había yo sacado un cofrecillo, del tamaño de una caja de zapatos, que éste había hecho. Mientras lo examinaban, salí de la sala a prepararles café. De repente los oí enfrascados en animada conversación. Al volver, los encontré examinando varios grandes tubos para el cabello, hechos de material plástico rosado, que me había dejado olvidados dentro del cofre. Al verme de pie en el umbral, uno de los profesores me dijo:

—Les estaba explicando a mis colegas que esto es lo que usa aquí el ama de casa para salir de compras. — Sra. M. Z.

POR LA tarde de un día ordinario, en Nueva York, cierto individuo que llevaba una gran maleta se de-



tuvo en una esquina muy concurrida y se puso a mirar con atención hacia arriba. Permaneció así inmóvil por algún tiempo hasta que se congregó un pequeño grupo de curiosos que buscaban en el firmamento algo fuera de lo corriente. En el momento oportuno, el sujeto

se agachó, abrió la valija y comenzó o ofrecer su mercancía: prismáticos. —L. M. E.

Los ESTUDIANTES de la Universidad del Estado de Iowa han probado definitivamente que la computadora jamás podrá remplazar al cerebro humano. Celebraron un baile "por computadora". Cada estudiante llenaba una tarjeta con sus datos generales y una relación de sus aficiones, tarjeta que debía introducir en la máquina. Ésta escogía entonces otra persona del sexo opuesto que, según la computadora, era la más idealmente adaptada a la primera. Imagínense la desilusión de una muchacha a quien le tocó por pareja... ¡su hermano gemelo! —Sra. J. C.

CADA vez que tenía un día libre cierto joven médico amigo mío iba con su esposa a esquiar. Como yo sabía que su situación no era muy boyante, para mí era un misterio cómo podían pagar con tanta regularidad los costosos billetes del funicular empleado para llevar a los esquiadores hasta la cima de la montaña. Un día le pregunté a la esposa cómo se las arreglaban.

—Es muy sencillo —repuso ella—: a mi marido, como médico, le dan un pase gratuito, y a mí me cede su billete el primer herido que llevan a la enfermería. —J. K.

A LOS niños del segundo grado les había yo dado una lección sobre los imanes y sus propiedades magnéticas. A los pocos días les pasé unas hojas con la siguiente pregunta: "El nombre de mis propiedades empieza por M; recojo cosas: ¿qué soy?" Imagínense mi sorpresa al ver que diez de los niños respondieron "Mamá". —V. S.

EL CUMPLIDO más bonito que me han hecho vino de parte de un desconocido.

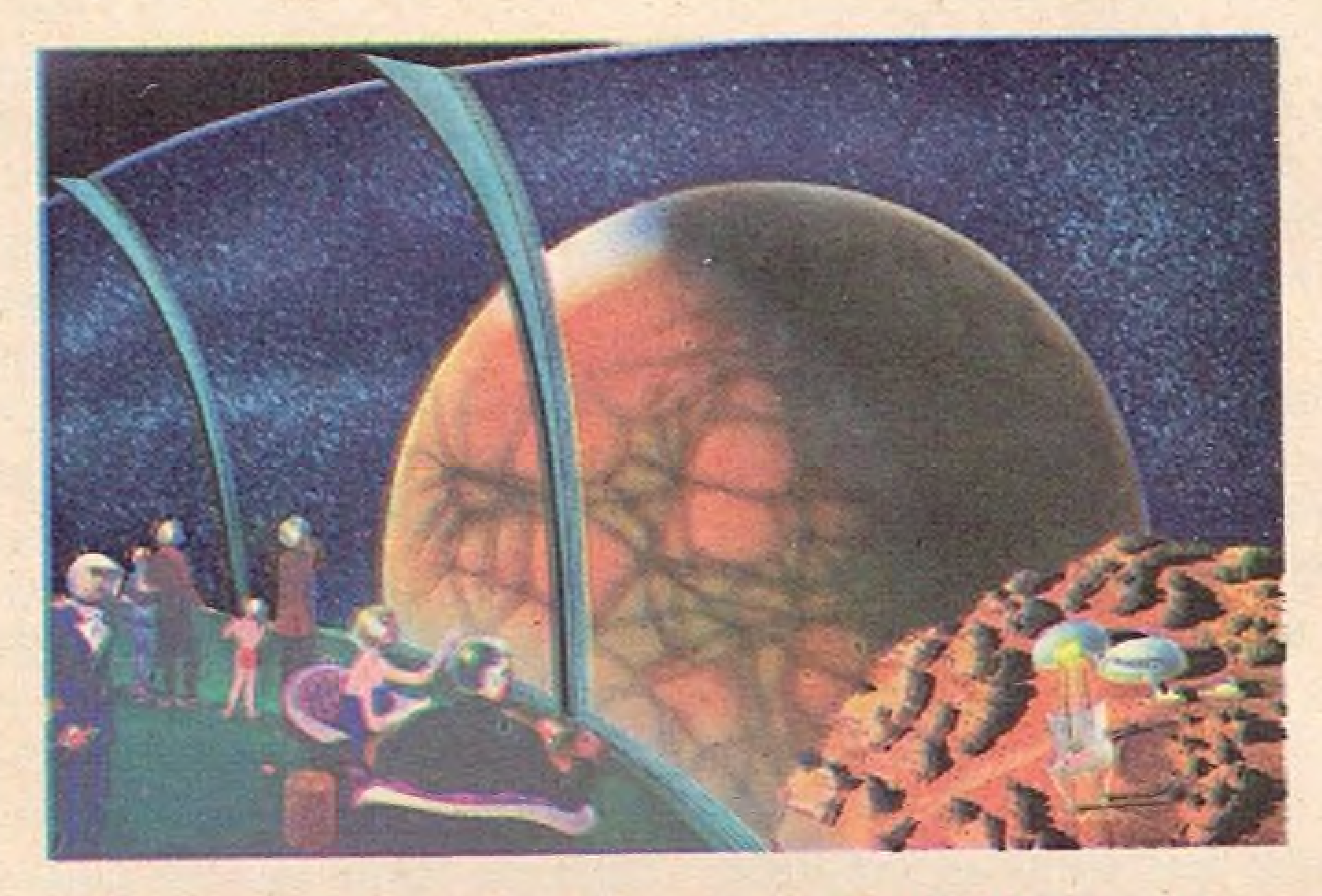
Con una amiga mía había ido a comer en un restaurante italiano. Nos quedamos haciendo sobremesa alrededor de una hora. Al pedir la cuenta, la camarera nos informó que el señor que ocupaba la mesa próxima la había pagado ya. Sorprendidas, nos volvimos a darle las gracias.

—No hay de qué —dijo el señor—. Fue un placer para mí el hallarme cerca de dos señoras durante una hora y no oír ni una palabra de murmuración. —M. R. D.

EN LA pequeña población donde vivo nos preciamos de estar al día, y la mayoría de los granjeros han remplazado sus caballos por tractores y camionetas.

Una de estas últimas, nueva y resplandeciente, pasó a mi lado el otro día y se detuvo al borde de la acera. Al apearse su anciano conductor, el auto comenzó a rodar. El viejo abrió precipitadamente la puerta y aplicó el freno de mano. Luego, andando hasta el frente del vehículo, acarició la capota con ternura y dirigiéndose a mí dijo: "No le gusta estarse quieta". —A. M. L.

¿Conque se va usted a Marte?



Lo que debe saber el viajero espacial novato

POR ARTHUR CLARKE *Condensado de "Holiday"*

CONQUE se va usted a Marte? Esto es aún toda una aventura, aunque supongo que dentro de unos diez años ya nadie le dará importancia. Cuesta trabajo recordar que la primera nave llegó a Marte hace solamente medio siglo, y que nuestra colonia en el planeta no tiene más que 30 años de existencia.

Supongo que habrá leído toda la literatura turística de la Secretaría de Asuntos Extraterrestres, pero hay un sinfín de cosas de las cuales usted no se enterará por la lectura, así que aquí le doy algunas indicaciones. No diré que mi información está completamente al día (¡las cosas cambian tan rápidamente, y ya hace un año que volví yo de Marte!), pero en general verá que puede fiarse de ella.

Reconocimiento previo al vuelo. El precio del pasaje varía considerablemente de acuerdo con la posición relativa de Marte y la Tie-

 Este material aparece también en "The Challenge of Spaceship". Editores: Harper & Row

rra y, aunque parezca extraño, los viajes más cortos son los más caros, ya que implican mayores cambios de velocidad para saltar de una órbita a otra. Lo que cuesta dinero en el espacio no es la distancia, sino la velocidad. El viaje redondo más barato anda por los 30.000 dólares, y la mayor parte de sus compañeros de viaje serán ingenieros, científicos o administradores que realizan una tarea determinada en Marte.

Supongo que usted habrá pasado reconocimiento médico. El esfuerzo corporal que trae consigo un vuelo espacial carece de importancia, pero estará por lo menos dos meses de viaje y sería una lástima que los dientes o el apéndice comenzaran a molestarle.

Posiblemente se preguntará cómo puede arreglarse con el peso que se le permite llevar. Puede arreglarse. No lleve trajes. Dentro de la nave espacial no hay problemas meteorológicos: lo único que necesita es un traje tropical superligero. Cuando llegue a Marte comprará allí lo que le haga falta, y lo tirará cuando se marche. No deje de llevar una cámara fotográfica. Se pueden tomar algunas fotos inolvidables al dejar la Tierra y al aproximarse a Marte. Una buena cámara puede venderla en Marte por cinco veces su precio aquí, y ahorra el costo del trasporte a casa.

Despegue: El cohete de trasporte saldrá probablemente del campo de Nueva Guinea, a tres mil metros sobre el nivel del mar, desde la cumbre de la cordillera de Orange. Esa base, en efecto, está sobre el ecuador, y la nave aprovecha al despegar el empuje de unos 1500 kilómetros por hora, que le proporciona el movimiento de rotación de la Tierra; además, allí se cuenta con toda la extensión del Pacífico para arrojar en él los tanque de combustible. Y si usted ha oído alguna vez una astronave que esté despegando, comprenderá por qué las plataformas de lanzamiento tienen que estar a unos cientos de kilómetros alejadas de la civilización.

Realmente el despegue no tiene nada de particular si uno se encuentra en buen estado de salud. Se limita el viajero a acostarse en la cama de aceleración, se coloca los tapones en los oídos y descansa. Trascurre alrededor de un minuto antes que sienta todo el esfuerzo de la oposición entre la atracción de la gravedad de la Tierra y el empuje del cohete. Notará el ruido inmediatamente, aunque sólo durante cinco minutos; entonces estará ya en órbita y los motores se apagarán.

Un panorama increíble. No hay ventanas de observación en los cohetes de trasporte. Se tarda unos

---

Arthur Clarke, miembro de la Real Sociedad de Astronomía, y antiguo presidente de la Sociedad Interplanetaria Británica, es un fecundo escritor de los campos de la ciencia y la fantasía científica. Muchas de sus avanzadas ideas se han hecho realidad, como la de utilizar los satélites colocados en órbita para las comunicaciones por radio y televisión (idea que propuso en 1945)

30 minutos en alcanzar la estación espacial del satélite, en hacer las necesarias correcciones de orientación y adquirir la velocidad debida. El pasajero caerá en la cuenta de cuándo sucede eso por el alarmante ruido metálico de los enganches neumáticos al hacer contacto. Entonces puede usted aflojar tranquilamente el cinturón de seguridad y ver cómo se siente en estado de ingravidez. Pero sujétese a las cuerdas de guía cuando pase a través de los enganches neumáticos y no trate de dar vueltas volando como un pájaro, porque puede lastimarse.

En la estación espacial No. 1, que es donde los pequeños trasbordadores y las naves regulares se reúnen para trasbordar su carga, usted pasará todo el tiempo en la sala de observación; todo el mundo lo hace, por muchas veces que los pasajeros hayan estado en el espacio. No intentaré describir esa vista increíble. En los 120 minutos que tarda la estación en completar su órbita, verá cómo la Tierra va pasando de la forma de una delgada media luna a un gigantesco disco multicolor, para reducirse luego a un negro escudo que eclipsa las estrellas. Al pasar sobre la parte en que es de noche, verá las luces de las ciudades, como una sustancia fosforescente. ¡Y las estrellas! Usted comprenderá que nunca antes las había visto de verdad.

Todos a bordo. Subirá a bordo de la gran nave cuando le hayan hecho el reconocimiento médico final, y la aeromoza le mostrará la diminuta cabina, del tamaño de un estante, donde dormirá durante los próximos meses. Si se encuentra en una de las naves más grandes, habrá alrededor de 100 pasajeros y una tripulación de 20 hombres; será una comunidad que flota en el vacío a millones de kilómetros del punto más cercano y que se mantiene viva en una ampolla de plástico y metal.

No tardará mucho tiempo en acostumbrarse a los artefactos de a bordo. El manejo de líquidos es la principal de las habilidades que hay que adquirir. En cambio, darse una ducha es muy sencillo; lo hará usted en una especie de capullo de plástico, donde una corriente de aire expulsa el agua desde la parte inferior. Al principio la ausencia de gravedad puede dificultarle el sueño, porque echará de menos su acostumbrado peso, pero las cubiertas de la litera tienen muelles de presión para evitar que usted se caiga.

La nave se aleja suavemente de su órbita de satélite. Se desenganchará de la estación espacial y se separará algunos kilómetros. Cuando la propulsión atómica esté en marcha, el viajero notará solamente una vibración casi imperceptible, y la aceleración de la nave será muy gradual. Pero una semana más tarde habrá alcanzado una velocidad enorme. Entonces se apagan los motores y continuará por inercia. Le parecerá a usted que está colgando, inmóvil, y no tendrá más impresión de la velocidad que la

que tiene ahora de los 106.000 kilómetros por hora con que la Tierra se está moviendo en torno al Sol.

Durante las semanas que pase en el espacio habrá contacto por radio y televisión con la Tierra y Marte, con lo que podrá estar al corriente de lo que ocurre en ambos planetas, si es que en realidad lo desea. La nave poseerá una buena biblioteca de microlibros. Durante mi primer viaje pasé mucho tiempo aprendiendo datos sobre los astros y mirando los enjambres de estrellas y las nebulosas a través de un pequeño telescopio. Tener las estrellas alrededor de uno es algo que nunca se olvida.

El aterrizaje en Marte. Uno de los momentos más grandes llega cuando usted empieza a ver a Marte como un disco. La primera característica que será capaz de apreciar a simple vista es uno de los casquetes polares, que brilla como una diminuta estrella en el extremo del planeta. Algunos días más tarde comenzarán a aparecer las zonas oscuras, a las que se les suele llamar mares, y en la semana antes de aterrizar conocerá muy bien la geografía del planeta.

Después de un corto período de frenaje descenderá en Fobos, la luna interior de Marte, que sirve como estación espacial natural a unos 6500 kilómetros de distancia de la superficie del planeta. Cuando la nave se haya colocado en la plataforma de aterrizaje, se enganchará el cierre neumático y usted irá a través de un tubo de conexión al puerto. Luego entrará en el centrífugo o pequeña cabina sobre un brazo giratorio que lo hará dar vueltas hasta alcanzar la mitad de la gravedad, o algo más que el peso que usted tendrá cuando aterrice en Marte, para que pueda usar de nuevo las piernas.

Hay dos cohetes trasbordadores de Fobos a Marte, y lleva cada uno 20 pasajeros. El descenso dura unas tres horas. Los trasbordadores entran en la atmósfera a unos 8000 kilómetros por hora y dan media vuelta en torno a Marte antes de perder velocidad para poder aterrizar como los aviones ordinarios. Aterrizará en puerto Lowell, que es la mayor de las instalaciones. La población pasa hoy de los 20.000 habitantes, según creo. Puerto Lowell tiene casi todo lo que se puede encontrar en una ciudad de la Tierra. Desde el aire, las cúpulas de plástico inflado parecen un enjambre de burbujas y ofrecen una vista muy hermosa cuando el sol las ilumina.

Noches frías. El puerto, como todas las colonias importantes, se encuentra en el oscuro cinturón de vegetación que, más o menos, sigue el ecuador y ocupa alrededor de la mitad del hemisferio sur. El hemisferio norte está casi todo desierto y abundan en él los rojos óxidos que dan al planeta su color rojizo. Algunas de estas regiones desérticas son hermosas; son mucho más viejas que cualquier zona de la superficie de nuestra Tierra, porque en Marte es muy pequeña la ero-

sión de las rocas, por lo menos desde que los mares se secaron hace más de 500 millones de años.

Fuera de las cúpulas la atmósfera natural de Marte es mucho menos densa de la que se encuentra en la cumbre del Everest, y carece casi de oxígeno. Por eso cuando salga tendrá que llevar un casco o viajar en uno de esos *jeeps* con cabina a presión, que se llaman "pulgas de arena". La poca fuerza de gravedad hace que se pueda llevar fácilmente el oxígeno necesario para 12 horas de trabajo normal. No intente imitar a algunos de los colonos de la segunda generación que vea paseándose sin aparatos de oxígeno. No es que respiren más que usted en la atmósfera de Marte, sino que pueden hacer durar el contenido de sus pulmones durante varios minutos, como los antiguos buscadores de perlas.

El otro gran obstáculo para la vida en Marte es el frío. La más alta temperatura de que se tenga memoria estuvo entre 27 y 32 grados C., pero fue excepcional. En los largos inviernos y durante la noche (en invierno o en verano) nunca sube por encima del punto de congelación. Creo que la mínima registrada fue de 123 grados C. bajo cero. Para el tipo de excursiones que usted hará hay un traje térmico, sencillo y ligero, que conserva eficazmente el calor.

¿Hay marcianos? Los dos sistemas de trasporte fuera de la ciudad son las llamadas "pulgas de arena" para los recorridos cortos (con la carga completa de las células de fuerza pueden andar varios miles de kilómetros) y aviones para distancias mayores. Aunque Marte parece pequeño comparado con la Tierra, su superficie sólida es mayor, porque una gran parte de nuestro planeta está cubierta por los océanos. Hay vastas regiones de Marte que nunca se han explorado bien, especialmente alrededor de los polos. Las personas obstinadas todavía en que hubo en otros tiempos una civilización marciana ponen sus esperanzas en esos grandes espacios yermos. Con mucha frecuencia se oyen rumores de algún maravilloso descubrimiento arqueológico en las tierras yermas, pero nunca pasan de ser rumores.

Haya o no marcianos, quedará usted encantado con la vida vegetal y con extraños animales que se las arreglan para vivir sin oxígeno, emigrando cada año de uno a otro hemisferio a través de los lechos de antiguos mares para evitar el cruel invierno. La lucha por la supervivencia en Marte ha sido feroz, y la evolución ha producido resultados bastante curiosos. No vaya a investigar las formas de vida en Marte sin un guía, porque puede tener una sorpresa desagradable.

Y esto es todo lo que tenía que decirle, aparte de desear a usted un buen viaje. ¡Ah, todavía hay otra cosa! Mi chico colecciona sellos de correos, y yo lo olvidé cuando estuve en Marte. Así que, si puede, le agradeceré mucho que me envíe algunas cartas mientras esté allá.

Un famoso humorista confiesa su perplejidad ante el eterno femenino

Sigo sin entender a las mujeres

POR OGDEN NASH

Condensado de "Ladies' Home Journal"

EL HOMBRE que piense que las diferencias biológicas son lo único que distingue al varón de la mujer, está destinado a verse continuamente en aprietos.

A raíz de un viaje de exploración que hasta este momento ha durado cerca de 62 años, me atrevo a dar forma escrita a unas cuantas observaciones sobre el asunto. Aquel viaje me llevó al continente misterioso de la mentalidad femenina, territorio desconcertante en que una oveja puede convertirse en una leona o una mariposa en una avispa al solo murmullo de una palabra desconsiderada. Es una región inexplorada —por lo menos, he comprobado que los mapas existentes no sirven para orientarse en ella—, de modo que nunca me podía preparar para lo que tal vez iba a encontrar; sólo podía mirar por encima de mi hombro las huellas de mis pasados errores.

Por ejemplo, ahora es evidente para mí que las mujeres prefieren tener razón a ser razonables; y generalmente la tienen. A veces toman como punto de partida una premisa falsa y llegan con la velocidad de la luz a una conclusión exacta. Otras tienen la conclusión exacta delante de los ojos y recorren un extraño laberinto de caminos desconocidos antes de llegar a ella, tal como un hombre que, para ir de la plaza de la Estrella al Arco del Triunfo en París lo hiciera vía Londres y Madrid.

Esta última característica tiene su perfecta expresión en el caso de la señora Judith Loftus, en cuya cabaña a orillas del río apareció un día Huckleberry Finn vestido de percal, con un gorrito en la ca-

beza, y dijo llamarse Sarah Williams.

Desde el momento mismo en que Huck no supo enhebrar una aguja comprendió la señora Loftus que no era una muchacha, pero su tortuosa mentalidad femenina la hizo buscar una prueba de lo que ya estaba probado, y por eso le arrojó por sorpresa un pedazo de plomo a las faldas, y así lo obligó a apretar de golpe las piernas (indicio inconfundible del que lleva pantalones), en vez de extenderlas instintivamente para recoger el plomo en el hueco de la falda. En realidad, podría haberse ahorrado toda esa molestia si, en cuanto se presentó el pilluelo, le hubiese elogiado lo bien que le sentaban el vestido y el gorro. A menos que la respuesta fuese "¡Oh, estos trapos no valen nada! Los compré hoy en una tenducha que encontré ahí, a la vuelta", no cabía duda de que se trataba de un impostor.

Esto me recuerda otro rasgo femenino. Cuando van a salir para una fiesta, al teatro o a una simple reunión de la Asociación de Padres y Maestros, las mujeres tienen la tendencia a pasearse por la casa y lamentarse de que están horribles. Han perdido la silueta, sus vestidos están pasados de moda, no pueden arreglarse el peinado, los zapatos no hacen juego con el bolso. No son más que unos espantapájaros, declaran con amargura. El marido se encuentra en un callejón sin salida y con un camión que se le viene encima. ¿Qué palabras espera la mujer de su boca? "No, no eres un espantapájaros" sería muy poco convincente. "Sí, eres un espantapájaros" sería muy poco diplomático.

La dolorosa verdad es que no hay nada que pueda decir el hombre en tal ocasión sin atraer el rayo sobre su cabeza. Mejor será que guarde silencio y recuerde el aforismo del Bufón en *El rey Lear*: "Nunca ha habido una mujer bonita que no haya hecho muecas al espejo".

Siempre se ha considerado que las mujeres son mucho más locuaces que los hombres, y esta diferencia se acentúa cuando están de pie. Lo atribuyo a los tacones altos, que echan el cuerpo hacia adelante, de manera que la sangre afluye hacia la zona frontal del cerebro y estimula así los centros del habla.

El hecho es que una mujer de pie es una mujer que habla. Una mirada a nuestro alrededor en el restaurante lo confirmará. Elíjase una mesa cualquiera. Los comensales, marido y mujer, están contemplando hechizados un *soufflé* perfecto que acaban de servirles. En el instante en que van a tomar el tenedor, dan un salto al oír el grito de una dama que se dirigía a la puerta y los ha reconocido. El marido, con la servilleta en una mano y con la otra apoyada en la mesa para mantener el equilibrio, se pone de pie a medias, en una postura de transacción que recuerda la genuflexión semiparalizada del que asiste a una boda en un templo de otra religión y ha creído equivoca-

damente que la oración había concluido.

La amiga entabla con la mujer una conversación de diez minutos que empieza con el asombro por la increíble coincidencia de que ambas fueran al mismo restaurante, pasa rápidamente de la salud de los niños a la dificultad de encontrar criada y termina con el rumor de que el edificio del Congreso va a ser demolido para dejar lugar a un parque de estacionamiento. Por fin se despide y el marido vuelve a sentarse, para encontrarse con que el *soufflé* está frío.

Otro aspecto del enigma femenino aparece en la mesa cuando un hombre pregunta a su mujer si le puede pasar el salero y ella responde que le agradecerá mucho que modere su lenguaje. La causa de su irritación, que él no ha provocado, es sencilla: ella se ha puesto a seguir una dieta para adelgazar, alguna receta de charlatanes que ha leído en un artículo ilustrado con fotografías de modelos elegantes tan flacas que podrían pasar por un anillo de boda. Es que ha aumentado cerca de un kilo en los últimos quince años y está preocupada por su silueta.

Al marido no le preocupa su silueta, sino su estado de ánimo, en el que causa la dieta un efecto devastador. Siempre que ella sigue fielmente un régimen de yogur, leche desnatada y jugo de ostras, sufre constantemente de hambre y se pone de mal humor, y al dejar a un lado un pollo al horno con patatas y salsa la conciencia no la deja a ella tranquila. Un hombre no siente el menor remordimiento en abandonar su dieta. Hasta le encanta lo prohibido y lo mira con esa chispa que iluminaba los ojos de un bebedor consuetudinario cuando, después de un largo período de abstemio, anunciaba en el bar de su club que por fin había logrado vencer aquella maldita fuerza de voluntad que lo tenía dominado. Al parecer, la conciencia femenina exige que los demás sufran también.

Por más voluble que sea la conciencia de la mujer, comparada con su memoria es como su estrella polar. Puede olvidar dónde ha puesto cinco minutos antes su anillo de compromiso, pero, como un halcón que volase a gran altura sobre el panorama de su vida, es capaz de ver distintamente episodios de tantos años atrás que son invisibles para el terrenal ojo masculino. Una vez asistí a una fiesta de bodas de plata interrumpida con embarazo de todos cuando, al recordar de pronto la esposa que había preparado costillas de cordero para la primera cena después de la luna de miel, el marido observó que no era así, que las habían comido en el almuerzo. Eso demostraba que él no la quería entonces y no la había querido después, según declaró la señora.

Tales razonamientos estarán siempre fuera de la comprensión del hombre, quien espera que la mujer sea tan lógica como él. Por

ejemplo, los hombres no pueden comprender la inclinación de las mujeres a la chismografía, porque ellos no chismean. (¿Quién dice que los hombres no chismean? Son los hombres quienes lo dicen.) El hombre posee una mentalidad ejecutiva, siempre tan ocupada en tomar decisiones y delegar responsabilidades que no tiene tiempo para los chismes. Sólo un cerebro masculino puede pensar en ofrecer un ramo de flores a su mujer cuando está con las dos manos en una pila llena de platos, y se necesitan las aptitudes de mando de un gran general para encargar a un subordinado inteligente tareas demasiado insignificantes para el jefe, como la de limpiar lo que ensucia el perrito todavía no amaestrado que ha insistido en comprar.

Por estas diferentes formas de mirar la vida está el mundo lleno de hombres que dicen: "¿Qué le parece? ¡Tenía que ser mujer!" Pero, ¿a quién le interesaría vivir en un planeta donde las mujeres pensaran como los hombres? A mí no, por lo menos. Mientras podamos gritar "*Vive la différence!*" la humanidad marchará bien.



Respuestas a "Acertijos de cuatro minutos"

(*Véase la página 11*)

1. Entre los dos pulgares y los dos índices, enrolle el billete lentamente por uno de sus extremos, dejando que el rollo empuje poco a poco la botella hasta sacarla fuera.

2. Muévase el 7 a la izquierda del 2; el 10 a la derecha del 3 y, por último, el 1 bajo el 8 y el 9.

3. Colóquese usted al lado opuesto de la mesa y mire desde allí.

4. Mueva el naipe de encima hacia arriba hasta que el espacio abierto forme un cuadrado.

5. Con el índice izquierdo apriete firmemente la moneda del centro. Deslice ligeramente la moneda de la derecha hacia la derecha con dos dedos de la mano diestra; luego hágala chocar con firmeza contra la del centro. La del extremo izquierdo saltará a un lado. Mueva la moneda de la derecha al espacio que aquélla dejó libre.

6. Quite dos fósforos cualesquiera de los que están en el centro y que se toquen en ángulo recto. Esto dejará dos cuadrados: uno pequeño dentro de uno grande.

Previsor estudio de lo que espera al hombre moderno

El otro lado de la automatización

Por Lester Velie

En todos los Estados Unidos se está a la busca de hombres: no de unos cuantos sino de los millones que se necesitan para los nuevos empleos que la triple explosión actual de los conocimientos, las técnicas y la riqueza vienen creando sin cesar.

Se ha iniciado la edad de oro de la oportunidad para quienes comprendan el cambio radical que se está operando en la naturaleza del trabajo y se preparen para él. El trabajo manual viene desapareciendo rápidamente; sólo una tercera parte de los norteamericanos se ocupan hoy en "oficios de producción", como fabricar automóviles y muebles, extraer carbón de las minas o construir casas y carreteras. Los dos tercios restantes se dedican a labores no manuales, como la enseñanza, la dirección, la medicina, las ventas o las diversiones.

"Para el año 1970 una cuarta parte de las fuerzas trabajadoras del país estarán empleadas en oficios semiprofesionales y técnicos que ni siquiera existían en 1930", dice el Dr. Norman Harris, perito de educación técnica de la Universidad de Míchigan.

La disminución en los trabajos manuales ha dejado ya cesantes a unos cuatro millones de personas y

Durante los últimos tres años Lester Velie, corresponsal viajero del Reader's Digest, ha recorrido los Estados Unidos para informar sobre los problemas que plantea la automatización. Hoy presenta el otro aspecto de la cuestión: los empleos y carreras que ofrecen las industrias creadas por las nuevas técnicas, así como las que se están trasformando en virtud de la creciente riqueza de la nación. Su informe es una visión optimista para todos los países donde impere la libre empresa.

ha planteado un gravísimo problema. Entre el desempleado y el empleo se alza la muralla de la educación y el adiestramiento. Pero a mayor educación y preparación, mayor facilidad para salvar esa muralla, y más remunerativos los oficios que aguardan al trabajador al otro lado de ella.

A la vuelta de cinco años la estructura del mundo del trabajo, según el Dr. Harris, será más o menos así:

En el nivel superior estarán aproximadamente 18 por ciento de los trabajadores, dedicados a profesiones que exigen estudios universitarios de cuatro años o más. Vendrá luego un 50 por ciento de las fuerzas trabajadoras en oficios "intermedios", desde semiprofesionales y técnicos hasta los de oficina y ventas. En estos empleos se requerirá por lo menos diploma de escuela secundaria (bachillerato) y hasta dos años de universidad o adiestramiento técnico. Vendrá en seguida un 26 por ciento de bachilleres o graduados de escuelas vocacionales, que desempeñarán trabajos especializados (carpintería, mecánica de automóviles) o semiespecializados (producción fabril, servicio de gasolineras). Sólo quedará, pues, un seis por ciento de las fuerzas trabajadoras para los oficios no especializados que no puedan desempeñar las máquinas, y en los cuales no se requiera más educación que la de la escuela primaria.

Esto significa que en un 94 por ciento de los empleos, en el futuro mundo del trabajo, se exigirá educación secundária o algo más.

Las nuevas industrias. Hacia 1970, a menos que estalle una guerra imprevista o una imprevista crisis económica, habrá en los Estados Unidos unos 13 millones de empleos nuevos: 75 por ciento de ellos en la industria privada y el resto en el gobierno, en escuelas, universidades, hospitales.

En el sector privado vienen surgiendo grandes industrias nuevas. Una de ellas es la de "investigación y aprovechamiento", que hoy está gastando 35 veces lo que gastaba hace apenas 25 años, en indagar los secretos de la naturaleza para perfeccionar nuevas técnicas y nuevos productos.

En el campo de la investigación se emplean hoy en los Estados Unidos unos 400.000 científicos e ingenieros, además de 800.000 técnicos y peritos auxiliares. La investigación, que por sí constituye una industria, ocupa el sexto lugar entre las más importantes del país; mas como de la investigación resulta el producto más trascendental de todos, la trasformación, viene a ser madre de otras industrias y otros empleos.

La más vigorosa de sus hijas es la industria electrónica, que da empleo a 800.000 personas. Con ventas que alcanzan ya a más de 10.000 millones de dólares al año, crece tan rápidamente que se espera que para 1970 se hayan duplicado y que el número de sus trabajadores haya aumentado en un 39 por ciento.

Hay otras. El verano pasado el Instituto Técnico de Illinois descubrió siete descendientes de la industria de la investigación y aprovechamiento, que, según cálculos, llegarán a ser, en el término de cinco años, industrias con ventas de mil millones de dólares cada una. Una de ellas es la creciente explotación del lecho de los mares para producir petróleo, otros minerales y fertilizantes. Otra es la fabricación de órganos humanos artificiales (275 personas viven hoy en los Estados Unidos gracias a válvulas cardiacas hechas por el hombre). Una más es la de congelación y deshidratación de alimentos al vacío, cuyo mercado se espera que hacia 1970 pasará de los dos mil millones de dólares.

Los nuevos trabajadores. La investigación y sus descendientes necesitan de un ejército, cada vez mayor, de hombres y mujeres técnicamente adiestrados, aunque habrá mayor número de empleos en las crecientes industrias de servicios, tanto nuevas como viejas. Hace falta más gente para manejar dinero y vender seguros. Para servir a la creciente población, el Bank of America, de California, ha abierto más de 200 sucursales nuevas desde 1960. La Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos predice que hacia 1970 se van a necesitar otros tres millones de empleados para labores de oficina.

Por otra parte, las computadoras y otras máquinas están cambiando el aspecto de las oficinas modernas ...y creando nuevas oportunidades. El graduado de la escuela secundaria, que antiguamente empezaba a trabajar como archivista no especializado, puede empezar hoy en el puesto semiespecializado de operador de perforadora de tarjetas o de equipo automático. De allí puede ascender al puesto de proyectista para computadoras. El joven o la joven que tenga educación universitaria puede aspirar a uno de los empleos más interesantes y mejor remunerados: el de analista de sistemas o métodos. Este es el profesional capaz de analizar el funcionamiento de una oficina y luego suministrar instrucciones a la computadora electrónica para la ejecución del trabajo. Los que tengan la capacidad para adiestrarse en esta labor, serán los individuos más solicitados en los negocios y la industria.

Puede agregarse a esto otra figura importante: el técnico que diagnostica y cura los males del equipo electrónico de oficina, cada vez más complicado. El número de estos médicos de máquinas se duplicó en el decenio de 1951 a 1960 y se espera que se duplique otra vez en el actual, lo que brindará oportunidades para unas 150.000 personas especializadas.

Se necesitan más hombres y mujeres para enseñar, tanto a los jóvenes como a los adultos. De los dos millones de nuevos empleos creados por toda la economía norteamericana en 1964, el mayor grupo correspondió a la enseñanza.

También se requieren más médicos, enfermeras, farmacéuticos, especialistas en dietética y administradores de hospitales, para servir al número creciente de personas de edad y suministrar la asistencia sanitaria que hoy se pueden pagar más ciudadanos. Hacen falta ingenieros de tráfico, contadores, jefes de aeropuerto, policías, peritos en contaminación del aire, para atender a los problemas que se están presentando a los gobiernos municipales como resultado de la inmensa migración del campo a la ciudad (en la actualidad la población norteamericana es urbana en dos terceras partes, que están concentradas en 200 zonas metropolitanas aproximadamente).

Educación gratuita. Paralelamente a estas oportunidades de trabajo, se ofrecen grandes y nuevas oportunidades de educación y adiestramiento. En 1963 el Congreso estadounidense asignó a la educación mayores sumas que cualquier otro congreso en la historia: 4500 millones de dólares. También los Estados se están endeudando para construir a toda prisa nuevos centros técnicos y ampliar la educación gratuita de modo que comprenda dos años de estudios universitarios. Independientemente de los programas escolares establecidos, se está organizando un nuevo sistema educativo muy importante, tanto dentro de la industria como de los sindicatos obreros.

Hay nuevas escuelas secundarias y de grado universitario de muchas clases que ponen sus recursos al alcance aun de las personas de modestísimos medios. A quienes están ya trabajando, muchas empresas les ofrecen el adiestramiento necesario para ascender. Para proporcionar tal adiestramiento, esas empresas, en conjunto, emplean cerca de 17.000 millones de dólares al año, suma igual a la tercera parte de cuanto se gasta en educación pública y privada en los Estados Unidos.

En Poughkeepsie (Nueva York) visité uno de los seis centros de adiestramiento que la International Business Machines Corporation tiene establecidos en sus fábricas para preparación de su personal. Unos 600 trabajadores-estudiantes pasan por este centro desde las 8 de la mañana hasta más allá de la medianoche para adquirir los conocimientos que hoy se necesitan para conservar un empleo o para ascender a otro mejor.

Y en la General Electric, su vicepresidente, Virgil Day, me dijo: "Somos una de las instituciones educativas más grandes del país" El gasto que en educación y adiestramiento hace anualmente esta compañía es casi el doble del presupuesto de la Universidad de Princeton.

También los sindicatos están financiando el mejoramiento profesional de sus agremiados. En Colorado Springs (Colorado) el Sindicato Internacional de Tipógrafos ha construido un centro de adiestramiento, con un costo de 1.500.000

dólares, y lo ha dotado con los más modernos equipos fotoeléctricos y tipográficos, que requieren una nueva preparación del antiguo trabajador de artes gráficas. No es esta sino una de muchas escuelas administradas por los sindicatos, en las cuales un fontanero puede aprender cosas tales como la soldadura fina de alambre, o un electricista adquirir los conocimientos de electrónica necesarios para reparar las nuevas máquinas que dirigen a otras máquinas.

Más horas-hombre de producción, agregadas a más educación y a nuevos progresos científicos han elevado a más del cuádruple la producción de riqueza en los Estados Unidos en el espacio de medio siglo. El norteamericano de hoy puede comprar más del doble de los bienes que compraban sus abuelos en 1914; las ciudades pueden proporcionar más servicios a sus habitantes; gobierno e industria se hallan en condiciones de invertir mayores sumas en la investigación . . . lo que produce más innovaciones, crea más empleos y mayor riqueza, y abre horizontes cada vez más amplios.



Niños comensales

CERCA de un elegante restaurante del barrio francés de Nueva Orleáns nos llamó mucho la atención ver a un camarero bien vestido y de servilleta al brazo, que estaba comprando un emparedado de salchicha a un humilde y no muy limpio vendedor ambulante. Al notar nuestra expresión de asombro, el camarero nos explicó que el chiquillo hijo de una familia a quien él servía en esos momentos había pedido aquel plato, que no estaba entre las *spécialités* de su establecimiento.

— R. E.

LAS CAMARERAS de un restaurante situado en una de las carreteras de Connecticut vieron con aprensión que allí entraba una familia con siete chiquillos. El papá y la mamá, sin embargo, manejando a la prole con gran pericia, la hicieron sentarse a una espaciosa mesa. Todos eligieron sus platos sin demora y sin discusión; ninguno derramó el agua ni volcó la azucarera. Al terminar de comer, los siete chicos se llevaron a los labios, discretamente, otras tantas servilletas.

El papá pidió la cuenta . . . y encontró que al pie estaba escrito: "Diez por ciento de descuento por buena conducta. Gracias. La Dirección".

— N. M.

¡No descuide la influenza!



Es engañosa y molesta, pero conociendo sus peligros puede uno hacerle frente.

Por Don Murray

Condensado de "Empire"

En otros tiempos *influenza* fue una palabra temible que significaba *peste*. Hoy se dice con ligereza: "Estuve enfermo de influenza". Mucha gente cree que la influenza, en esta época de medicamentos milagrosos, constituye una amenaza del pasado que ya no es necesario temer.

Pero no es así. Veamos los hechos:

- No hay tratamiento médico para curar concretamente la influenza. Ningún medicamento ni pastilla, cápsula ni jarabe, ataca el virus.
- La influenza reaparece en ciclos regulares. No se esperaba ninguna epidemia el

pasado invierno, pero los epidemiólogos temen una epidemia grave para el próximo invierno.

• Con su complicación principal, la pulmonía, la influenza es un temible asesino. Desde 1510 se descubrió que la influenza puede ser mortal, y a partir de entonces se han registrado más de 30 pandemias (epidemias mundiales). Es una enfermedad rápidamente contagiosa que se desarrolla en un lapso de 18 a 36 horas después de estar en contacto con el virus. La víctima sufre escalofríos, dolores de cabeza y musculares, frecuentemente tos y siempre fiebre. A veces queda postrada en cama aproximadamente tres días, y después se siente como un guiñapo.

Por sí sola, la influenza rara vez es causa directa de muerte, pero el virus de esta enfermedad es un hábil saboteador que se infiltra en el organismo y ayuda a los enemigos que se hallan dentro, pues hace sensible el organismo a las infecciones bacterianas, sobre todo a la pulmonía. Los antibióticos actuales, cuando se administran a tiempo, son eficaces para curar la mayoría de esas infecciones, pero hay un estafilococo causante de una temible forma de pulmonía que es resistente a muchos antibióticos. La pulmonía estafilocócica, por lo regular relativamente rara, siempre surge durante las epidemias de influenza.

Los ancianos son especialmente vulnerables a la influenza y sus complicaciones. Las personas que padecen enfermedades crónicas cardiacas o pulmonares, diabetes o mal de Addison, también están particularmente predispuestas.

El virus de la influenza es mañoso, y de él se han identificado actualmente tres grupos denominados A, B y C. (El grupo A es casi siempre del que más habla la gente, por ser el que produce la enfermedad en forma epidémica y pandémica.) Pero el Centro de Enfermedades Contagiosas del Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos, en Atlanta (Georgia), ha clasificado unos 1500 virus distintos de influenza. Aunque es posible atacar el virus con vacunas que hacen producir al organismo anticuerpos contra el germen, las vacunas de que se dispone hoy para este fin sólo dan protección durante poco tiempo contra determinadas cepas conocidas.

La vacunación es un arma insegura, porque el virus de la influenza no sólo se trasforma ligeramente de una temporada de influenza a otra, sino que se convierte, con el tiempo, en un virus totalmente distinto que exige una vacuna completamente diferente. Se requieren meses para preparar una vacuna nueva, y en ese tiempo el virus puede viajar por el mundo entero, infectar a millones de personas y desaparecer para ser sustituido por otra variedad. El virus A se identificó en 1933. En 1947 apareció una mutación del todo distinta, la A1. En 1957, cuando los hombres de ciencia habían dominado bastante

bien esa variante con una vacuna de amplio alcance, ocurrió otra mutación y apareció otro virus radicalmente distinto, el A_2.

El Dr. Frederick Dunn, del Centro de Enfermedades Contagiosas, ha comprobado los recorridos de ese virus A_2 (o de la influenza asiática). Apareció por primera vez en China a fines del mes de febrero de 1957. En abril atacó Hong Kong, Formosa y Borneo. En mayo ya se había extendido hasta Australia, Filipinas, Malaca y la India. En junio llegó al oriente de África. En julio atravesaba implacablemente el Oriente Medio, se extendía a Europa y saltaba el Atlántico. En diciembre la pandemia había terminado. Tan sólo en los Estados Unidos la mitad de la población estuvo enferma, y fallecieron aproximadamente 19.000 personas más de las que comúnmente sucumben en un año a la influenza y la pulmonía. Las autoridades médicas del mundo declararon que, por fortuna, esa cepa particular de virus de influenza había sido "benigna" y la vacunación contra ella resultó notablemente eficaz.

Pocas personas escapan al virus de la influenza. Frecuentemente se contrae por la proximidad a un enfermo de ese mal, que tose o estornuda. Se trasmite mediante las gotitas que flotan en el aire o por contacto con objetos recién contaminados, como vasos de agua o toallas para las manos. Conforme crecen las poblaciones, resulta más difícil eludir la infección.

Los epidemiólogos pueden predecir las epidemias más o menos con la misma exactitud con que los meteorologistas predicen el tiempo. El Dr. Roslyn Robinson, virólogo del Centro Internacional de la Influenza para las Américas, en Atlanta (Georgia), afirma que la influenza tipo A ataca cada dos o tres años. Los brotes epidémicos locales o casos esporádicos que aparecen en un año determinado pueden ser presagio de una epidemia en gran escala durante la siguiente temporada de influenza.

¿Puede volver a ocurrir la pandemia de 1918, que recuerdan todos los que tienen más de 55 años? Pocas familias en todo el mundo escaparon a ese azote. Más de 21 millones de personas perecieron. El virus considerado como causante de la pandemia vive aún en ciertos cerdos, y es concebible que pueda resurgir e infectar a los seres humanos otra vez. Los sobrevivientes de 1918 llevan la inmunidad en el torrente sanguíneo, pero quienes nacieron a partir de 1918 quizá no sean inmunes.

Unos 150 laboratorios en diversas partes del mundo están constantemente al acecho de epidemias incipientes de influenza o de mutaciones del virus. Sus médicos examinan a las víctimas de la enfermedad, toman muestras de la garganta y cultivan los virus en medios especiales para identificarlos y estudiarlos. Cuando se observa un aumento de casos, intensifican la toma de muestras.

Después, el material que contiene los virus se envía por avión al Centro Mundial de la Influenza, en Londres (sección de la Organización Mundial de la Salud), o al Centro Internacional de la Influenza para las Américas, en Atlanta (Georgia). Si se descubre una variación significativa, o si parece que va a brotar una epidemia, esos centros pueden preparar nuevas vacunas. Este es un proceso lento: pueden probarse cien o más vacunas, cada una ligeramente distinta de la otra, antes de escoger alguna para la producción de la vacuna que se busca.

En 1964 la Comisión Consultiva sobre Prácticas de Inmunización, de la Jefatura de Sanidad de los Estados Unidos, recomendó que se vacunara a todos los que padecieran enfermedades crónicas, a todas las personas mayores de 65 años de edad y a las mujeres embarazadas. Una primera vacunación a principios del otoño, con una segunda dos meses después, antes de comenzar la temporada de influenza, generalmente proporciona protección para el invierno y la primavera. Quizá se recomienden medidas análogas para 1965.

Los científicos de E. I. du Pont de Nemours and Co. experimentan ahora con un específico contra la influenza que parece prometer muy buenos resultados. Se ha hecho un estudio en voluntarios de la prisión del distrito de Filadelfia y resultó que el medicamento (clorhidrato de amantadina) dio protección contra el virus de la influenza a todos los sujetos del experimento, con excepción del uno por ciento.

Mientras no se encuentre un específico para la influenza, los servicios de sanidad pública de los diversos países señalan algunas precauciones que se deben tomar durante las epidemias:

Descansar lo suficiente y comer con regularidad alimentos bien equilibrados para mantener elevada la resistencia a la infección.

Evitar los lugares aglomerados, como son los teatros y los salones de baile.

En la escuela y en el trabajo tratar de mantener una distancia prudente con los que tosen y estornudan.

"Si comienzan a aparecer los síntomas", dice el Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos, "hay que meterse en la cama. Aunque la enfermedad resulte ser un resfriado común, el enfermo se recuperará más pronto y, además, no trasmitirá la enfermedad a otros. Es necesario conservar el calor y evitar las corrientes de aire. Si aparece la fiebre, debe llamarse al médico; él puede aliviar las molestias del paciente y ayudar mucho a protegerlo contra complicaciones peligrosas. Deberá quedarse en cama hasta que el médico le indique que ha pasado, al parecer, el peligro de neumonía. Y, para seguridad de todos los que viven con el enfermo, recuérdese que padece una enfermedad contagiosa".

¡No descuide la influenza!

El otro día una señora a quien apenas conozco me detuvo en la calle y me dijo: "Su tío me salvó la vida". Tales palabras no me sorprendieron: las he oído desde que era niña. Inmediatamente me trajeron a la memoria la imagen de un hombrecillo menudo y de movimientos vivaces, de escaso cabello plateado, pequeño bigote, reluciente tez pálida y penetrantes ojos gris azulado, ojos que nadie, una vez que había sido escudriñado por ellos, podía olvidar jamás. "Ojos adivinos", decía Alberto Einstein, amigo y paciente suyo.

Por Jean Libman Block

Mi personaje inolvidable



Dr. Emanuel Libman

Mi tío, el Dr. Emanuel Libman, murió hace sólo 18 años... no muchos en el tiempo, y sin embargo siglos en la historia de la medicina. Vivió apenas lo suficiente para ver el comienzo de la grandiosa nueva era de la ciencia médica. Ejerció la mayor parte de su carrera en una época de la medicina totalmente diferente de la nuestra, una época en la que el cuerpo humano aún no había sido tan minuciosamente subdividido y repartido entre especialistas; antes de que los aparatos electrónicos y las sustancias radiactivas tomaran parte en el diagnóstico; antes de que los nuevos antibióticos de múltiples aplicaciones hicieran posible la curación inmediata de muchas

enfermedades. Fue un gigante de aquella postrera generación de hombres que encerraban dentro de sí mismos toda la gama de los conocimientos médicos.

Al Dr. Libman —o E. L., como le llamaban muchos— acudían los casos más desconcertantes, extraños y desesperados: pacientes que le enviaban médicos de todas partes de los Estados Unidos y de otros países. Con ojos de lince y ágiles manos examinaba el cuerpo del enfermo, viendo, palpando, observándolo todo. Mediante una andanada de rápidas preguntas, en ocasiones bruscas hasta el punto de antojarse descorteses, indagaba los datos que necesitaba saber. Escuchaba atentamente, con el estetoscopio o el oído pegado al pecho del paciente. El dolor cautivaba a E. L., quien veía en él una advertencia primordial de la naturaleza. Procedía de acuerdo con una prueba especial ideada por él: un violento e inesperado golpe con la punta de su dedo pulgar en la parte de atrás de la oreja, que frecuentemente arrancaba al paciente un angustioso gemido, pero también indicaba si su reacción al dolor era normal o lenta.

E. L. emitía luego su fallo: preciso, brusco, sucinto. Gran número de hombres y mujeres que se creían a las puertas de la muerte volvían a casa con órdenes de tomar bicarbonato de sodio . . . y sanaban milagrosamente. (Perspicaz método suyo, sin duda, para tratar síntomas sicosomáticos.) Le salvó la vida a un hombre al descubrir, después de examinarle las encías con una lupa, que su padecimiento (misterioso para muchos médicos que lo habían visto) era saturnismo. A menudo alivió enfermos prescribiendo trasfusiones de sangre mucho tiempo antes de que se hiciera general este procedimiento. Su recomendación de una inmediata apendectomía salvó la vida a una jovencita. La muchacha sentía el dolor en el lado izquierdo, pero la prueba de E. L. reveló que la enferma reflejaba las sensaciones de dolor en el lado opuesto de su cuerpo.

Para sus amistades E. L. tenía delicadas atenciones. En una ocasión compró un libro de chascarrillos alemanes a fin de disponer de anécdotas que referir en alemán a Einstein, y de ese modo mantenerlo entretenido durante los reconocimientos. Sara Bernhardt, la gran actriz francesa, era una de sus mejores amigas. Cuando mi tío se enteró de que se encontraba gravemente enferma en una isla cercana a las costas de Francia y demasiado pobre para pedirle que fuera a verla, inventó un supuesto viaje de placer y se presentó en Belle-Ile en calidad de turista. Fue así como pudo atenderla.

¡Fuera las amígdalas! Tenía yo ocho años de edad cuando el médico de la familia recomendó que se nos extirparan las amígdalas a mi hermano y a mí. Como era natural, mis padres quisieron tener la confirmación del tío Ema-

nuel. Después de subir la empinada escalinata de su casa de piedra arenisca en la calle 64 Este, en Manhattan, y de cruzar un pasillo alfombrado de rojo, nos encontramos en su consultorio, que daba a un jardín resplandeciente de tulipanes. Las fotografías de los héroes de E. L. —Pasteur, Oster, Hopkins— nos miraban desde las paredes. Del pequeño laboratorio instalado en un cuarto contiguo escapaba olor a formol.

Mi tío entró con un depresor de lengua en la mano. Me examinó las amígdalas con tal intensidad que tuve la certeza de que su sola mirada las cauterizaría y me libraría yo del cuchillo. En seguida pronunció una sola palabra: "¡Fuera!" La misma única palabra decidió la suerte de mi hermano. A propuesta de mi tío, según supe después, la operación se practicó en casa (en la mesa del comedor, trasformada temporalmente en mesa de operaciones), con objeto de evitarnos la impresión de la estancia en un hospital.

Percepción mágica. A lo largo de los años se originaron muchas leyendas acerca del tío Emanuel, y se contaban relatos sobre su facultad para emitir diagnósticos relámpago. Inmediatamente antes de la discutida elección de Franklin Roosevelt para su cuarto período presidencial en 1944, Libman le dijo al jurista polaco Rafael Lemkin: "No importa que Roosevelt sea reelegido o no. Morirá de una hemorragia cerebral antes de seis meses". Lemkin debía regresar para reconocimiento durante el mes de abril siguiente. El día de su visita al consultorio fue el día del sepelio de Roosevelt.

—¿Cómo lo supo? ¿Lo asistía usted? —preguntó Lemkin al tío Emanuel.

—No, nunca lo vi más que en los noticiarios cinematográficos. Pero he visto muchas veces el aspecto especial de agotamiento que tenía. No podía durar seis meses.

En la boda de una sobrina, su vigilante mirada observó un hombre joven que cortejaba a la hermana menor de la novia. "No permitas que Edna se interese demasiado por ese muchacho", advirtió al padre de la joven. "No vivirá un año". El joven falleció al siguiente verano de un tumor cerebral inoperable. En otra ocasión, al entrar en el salón de una dama de sociedad, mi tío se detuvo ante un retrato al óleo de la hija de la anfitriona y exclamó: "¡Raquitismo!" Al ver a un famoso comediante en una fiesta susurró a un amigo: "Vesícula dilatada".

Alexis Carrel, el fisiólogo laureado con el premio Nobel, explicó en una ocasión: "A menudo parece que Libman tiene el poder de conocer la realidad por pura intuición. Lo cierto, sin embargo, es que analiza y razona, sólo que lo hace con la rapidez del rayo. La magia de su diagnóstico deriva de su facultad de interpretar detalles que parecen insignificantes, de su conocimiento de un vasto número

de circunstancias similares, de su casi sobrenatural poder de observación y de prolongados e intensos estudios. Es un hombre que se ha consagrado a la medicina como un monje a Dios".

Libman poseía una agudeza de sentidos extraordinaria. Una vez él y otros médicos examinaron a una joven que tenía todos los síntomas de cierto mal del corazón excepto el soplo cardiaco propio de ese padecimiento. Sin ese rumor el diagnóstico carecía de validez. Libman escuchó con el estetoscopio. Más tarde habló con su ayudante:

—Dentro de tres días se oirá el soplo —le dijo, y señaló el sitio exacto.

—¿Pero cómo puede usted localizar un soplo que no existe aún?

Libman rió.

—Yo lo percibo ya. Dentro de tres días todos ustedes lo oirán.

Así fue.

Un viaje al extranjero. Emanuel fue el cuarto de los nueve hijos de Fajbush Libman, próspero comerciante de objetos de arte que emigró a los Estados Unidos poco después de la guerra de Secesión. El joven Libman concurrió al City College de Nueva York y recibió su título de la Facultad de Medicina de la Universidad de Columbia en 1894. Resolvió ser pediatra, pero antes debía ampliar sus estudios en Europa.

En aquella época la mayoría de los médicos norteamericanos que aspiraban a ser especialistas efectuaban giras de estudios complementarios por los principales centros médicos europeos, tales como Berlín, Munich y Viena. Los estudiantes solían pasar algunos días en cada clínica, asistiendo a conferencias y visitando laboratorios. Libman hizo esto y más. Tomaba detalladas notas de todo lo que veía y luego se las aprendía de memoria.

Había casi completado su gira cuando hizo escala en Graz (Austria) para ver al Dr. Theodor Escherich, que a la sazón estudiaba las bacterias en su relación con las enfermedades infantiles. Escherich insistió en que el joven estadounidense permaneciese a su lado un mes, lo instaló en un labortario y le enseñó interesantísimas técnicas nuevas para criar microbios en cultivos y aislar los causantes de ciertas enfermedades. El sabio austriaco acababa de descubrir el bacilo *coli communis*; y trabajando en la atmósfera de dedicación y actividad del laboratorio, el mismo Libman descubrió el *streptococcus enteritis*, al que más tarde se haría referencia frecuentemente como el *streptococcus Libman*.

Puertas abiertas. Enardecido por la pasión de investigar, E. L. abandonó su interés por la pediatría y retornó a Nueva York, donde se hizo patólogo adjunto del hospital Monte Sinaí. En una antesala del laboratorio de patología instaló el primer laboratorio bacteriológico del hospital. No tardó en necesitar mucho más espacio y equipo para sus cientos de cultivos de bacte-

rias. Invitó a los síndicos del hospital a visitar su pequeño laboratorio, pero antes hizo que sus ayudantes colocaran frascos de vidrio, precariamente equilibrados, en las orillas de mesas y anaqueles. Cada vez que uno de los visitantes se volvía en el atestado laboratorio, se estrellaba un frasco contra el piso. "¿Cómo vamos a desarrollar una labor importante en un sitio como este?" se lamentó Libman. El magnate minero Adolph Lewisohn se comprometió en el acto a instalar un laboratorio moderno.

Fue entonces cuando E. L. adquirió los fanáticos hábitos de trabajo que lo acompañarían toda su vida. Para él una jornada de actividad de 20 horas era normal. En ese lapso se las arreglaba para atender a su clientela privada y sus quehaceres en el hospital y el laboratorio, y además se pasaba largas horas en la práctica de autopsias. "Era un laboratorio patológico viviente", decía al recordarlo uno de sus discípulos. Enseñaba y daba conferencias —en inglés, francés, alemán y hebreo— en los Estados Unidos y otros países, y ganó muchos elogios por su excepcional colección de especímenes médicos. Publicó también más de 100 documentos médicos durante su carrera.

Incesante estímulo. En el curso de los años, E. L. atrajo al hospital Monte Sinaí muchos brillantes jóvenes de talento. En torno a él se formó la famosa Escuela de Cardiólogos Monte Sinaí. Un alumno, el Dr. Leo Buerger, descubrió la enfermedad que lleva su nombre, consistente en una deficiencia de los vasos sanguíneos de las extremidades. Otro, el Dr. Rueben Ottenberg, perfeccionó los análisis de sangre para determinar la paternidad.

Libman despachaba los médicos jóvenes para que se especializaran en Europa, les conseguía importantes puestos en hospitales, allegaba fondos para instrucción médica. Los honorarios que cobraba a sus clientes ricos eran modestos. Su verdadera recompensa se la pedía después, cuando llamaba a alguno de ellos y le decía: "Tengo aquí un joven genio. Debería ir a la Universidad de Johns Hopkins y luego a Europa, pero no tiene dinero. Necesito 5000 dólares para él". Por lo general, en el primer correo le llegaba un cheque por esa cantidad. Sus alumnos y amigos establecieron el Fondo para becas Emanuel Libman, que ha ayudado a cientos de aspirantes.

La preparación de un discípulo para un viaje a Europa constituía un acontecimiento para E. L. "Durante toda la tarde y hasta muy avanzada la noche", recuerda un estudiante, "recorría de arriba abajo la habitación, mientras que, con ocasionales consultas a un fichero, pero principalmente de memoria, dictaba a gran velocidad los nombres, direcciones y hasta los números del teléfono de los profesores que debía visitar el viajero desde Hamburgo hasta Berlín,

Dresde y Viena. Proporcionaba al estudiante descripciones personales de cada uno de ellos, así como información acerca de su trabajo y de los temas que les interesaban".

Ojos atentos. La mayor, con mucho, de las dádivas de Libman a sus seguidores fue su propia e inquebrantable dedicación a su profesión. Ningún alumno podía engañarlo con conocimientos parciales; la elocuencia en las respuestas no le impresionaba. Al preguntar a un interno: "¿Qué le ocurre a este paciente?" su interrogatorio se convertía pronto en una inquisición: "¿Cómo lo sabe usted? ¿Cuál era su temperatura a las tres de la mañana? ¿Cuánto ha variado su tensión arterial en las últimas 24 horas? ¿Le ha hecho usted palpación del bazo? ¿No? ¿Por qué no?" Ningún médico joven fallaba en una prueba semejante más de una vez. "Después de haber pasado el examen de Libman, todo lo demás resultaba fácil", comentaba uno de sus discípulos.

"Nunca supe lo que era usar los ojos hasta que paseé con él por la calle", recordaba otro. "Vimos que un hombre dejaba caer el periódico que llevaba, y me preguntó Libman:

"—¿Qué le sucede a ese hombre?

"Yo nunca lo había visto antes. No tenía idea. Entonces Libman me explicó impaciente:

"—¿No lo advirtió? Sostenía el periódico bajo el brazo izquierdo. El brazo se le puso rígido como por una punzada de dolor y dejó caer el periódico. Debe tener angina de pecho".

Sus visitas en el hospital Monte Sinaí todavía se recuerdan vivamente. Vistiendo traje de calle, se adelantaba a su séquito de ayudantes, residentes y médicos huéspedes, cubiertos de batas blancas. Se detenía al pie de una cama y emitía uno de sus rápidos juicios. En seguida pasaba al siguiente paciente, llamaba aparte a un médico residente e inquiría su opinión. Luego declaraba: "He visto esto antes", y se lanzaba a describir un extraño padecimiento del riñón. Su olfato reconocía docenas de sutiles olores que le servían de guía en sus diagnósticos. En una ocasión entró en un pabellón, olfateó el aire y anunció, furioso: "Aquí hay un caso de fiebre tifoidea; retiren al enfermo". Los internos investigaron: Libman estaba en lo cierto.

Hijos en la medicina. Mi tío dedicó su vida entera a la medicina y nunca se casó. Pero cuando cumplió los 60 años sus antiguos discípulos —sus hijos en la medicina— resolvieron honrarlo con la publicación de un volumen de encomiosos documentos médicos acerca de su labor. La respuesta de sus amigos y discípulos fue tan entusiasta que se requirieron tres volúmenes para los 130 documentos aportados por destacados científicos de 18 países. Presentaron los Volúmenes de Aniversario durante una cena en el hotel Waldorf a la que asistieron 600 eminencias

médicas y dos asombrados invitados: mi hermano y yo, que habíamos sido instalados en un palco que daba al salón de baile. Años más tarde llegó a mis manos el ejemplar de los Volúmenes de Aniversario de mi tío. En su pasión por la exactitud, se había tomado la molestia de corregir errores tipográficos, insertar las iniciales que faltaban en los nombres de los que habían contribuido y anotar en la contraportada el fallecimiento de algunos de sus distinguidos colegas.

Actualmente apenas hay una institución médica de primera categoría en los Estados Unidos cuyo personal no cuente, entre sus principales componentes, con un médico que ha recibido de Libman inspiración o enseñanza efectiva; cualquiera que fuese la edad o la categoría alcanzada por sus colegas, Libman los incitaba a aumentar sus conocimientos. No mucho tiempo antes de su muerte en 1946, a la edad de 74 años, resumió en estas palabras la misión de sanar y enseñar a la que dedicó toda su vida: "Como antaño, el médico es un estudiante, y aun cuando se convierta en maestro continúa siendo estudiante".

Quizá el mayor elogio tributado al tío Emanuel fue el de su amigo Alexis Carrel: "Libman es la medicina misma".

UN FABRICANTE de automóviles a su ayudante: "Si los obreros no llegaran tarde por causa de los embotellamientos del tráfico, podríamos hacer 200 automóviles más por semana".

—Register and Tribune Syndicate

Campesinos de corbata

A UN profesor de escuela secundaria se le ocurrió dar a sus alumnos una lección sobre la vida campestre poniéndoles un problema de producción de leche. Si una vaca daba tantos litros al día, con un peso de tantos kilos y con un contenido de X por ciento de grasa, ¿cuántos kilos de mantequilla produciría a la semana?

Hubo algunas respuestas correctas y otras incorrectas. Pero el profesor quedó perplejo al comprobar que siete de éstas contenían idénticos resultados errados. Los muchachos no habían tenido oportunidad de copiarse unos a otros, y el profesor se pasó buena parte de la noche tratando de averiguar cómo era que todos habían salido con una misma cifra equivocada. Al fin acertó con la solución del enigma: ¡eran muchachos de la ciudad y habían dado a las vacas la semana de cinco días!

— B. M.

La bestia de alto intelecto



La zorra común norteamericana es el diablillo de la Naturaleza: más astuta mientras más perseguida.

POR JEAN GEORGE — *Condensado de* "NATIONAL WILDLIFE"

CIERTO cazador conocido mío gastó un día entero del mes de octubre en arreglar cinco trampas con que se prometía agarrar una zorra de regular tamaño que había visto merodeando por los alrededores. Para quitar a las trampas todo olor humano que pudiese hacer recelar a la zorra, las remojó en agua revuelta con astillas; y una vez colocadas, las ocultó bien cubriéndolas con hojas. Dándose por satisfecho con estas ingeniosas precauciones, echó a andar hacia casa. Allá, a unos tres metros de él, vio a la zorra. Sentada sobre los cuartos traseros, en alto las orejas, se humedecía la nariz con la lengua

para "leer" mejor, al ventearla, cualquier asechanza. Y no tan sólo le había seguido esa raposa los pasos mientras él iba colocando las trampas; cuidó, además, de impregnarlas de su propio almizcle, para advertirles así a las otras zorras que debajo de las hojas acechaba el peligro.

Cuanto más la persiguen con perros de caza, o armándole trampas, o en cualquiera otra forma, más astuta se vuelve la zorra común norteamericana. Su número es hoy mayor que nunca. Al tratar de ganarle a la raposa en astucia el hombre la ha convertido en el más receloso y sagaz de los animales del campo.

Una particularidad que pronto echaron de ver los cazadores fue que la zorra norteamericana aventajaba en todo a los perros raposeros ingleses. Lo agreste del terreno en que habita ha modificado a esta zorra para hacerla de menor tamaño y de mayor agilidad que su congénere de la ondulante campiña inglesa. Empezaron, pues, los cazadores a criar una casta de perros raposeros de esqueleto más liviano, magníficos corredores, cuyo vigoroso y sonoro ladrido constituye en los días del otoño pintoresca y animada nota para quienes gustan de pasear por los montuosos campos de Norteamérica.

Sin embargo, estos perros no llenan la medida cuando la zorra que persiguen pone en juego todas sus facultades. De piernas largas y cuerpo esbelto bajo el espeso pelaje, tiene la estructura del caballo de carreras. Se ha dado el caso de zorras que resistieron durante cuatro días seguidos la persecución de la jauría, que quedó al cabo despeada, enflaquecida y macilenta. Muchos son los perros que mueren ahogados al perseguir a la zorra que, más liviana de cuerpo que ellos, los lleva astutamente a lugares en que la costra de hielo se resquebraja y cede bajo el peso del perro. La vulpeja que esté en buena salud resistirá sin amilanarse una cacería prolongada. Tomará, mientras huye, un bocado de bayas o de ratones que encuentre al paso; adelantará lo suficiente a la jauría para ocultarse entre un matorral y echarse a descansar hasta que los perros se aproximen.

Cerca de la casa en que pasé mi niñez, a orillas del río Potomac, tenía su madriguera una zorra a la que llamaban la Cuatralba. Viendo lo astuta y habilidosa que era me expliqué la frecuencia con que estos cuadrúpedos salen airosos de los lances más difíciles. Un día en que jinetes y perros la querían cazar, la Cuatralba los hizo perder el rastro al encaramarse a una cerca y correr por ella hasta el fin del prado. Después de vacilar unos instantes, los perros tomaron el rastro, que se perdía de nuevo al llegar a un arroyo. Pero hasta los perros saben que una de las tretas de la zorra es entrarse en aguas de escasa profundidad y seguir por su cauce, para hacer que sus perseguidores le pierdan el rastro. El montero de traílla

dividió la jauría a fin de mandar una parte corriente arriba y otra corriente abajo en busca del punto en que la zorra hubiera salido del arroyo. Todo inútil. No fue posible encontrar de nuevo el rastro de Cuatralba.

Atardecía ya cuando los cazadores desistieron de seguir buscándola y tomaron la vuelta de casa. Al llegar, la mujer del montero les contó que había encontrado a Cuatralba, ahíta de carne de pollo, dormida en el gallinero.

Desandando el camino seguido por Cuatralba, descubrieron que la zorra se había ocultado en la orilla de acá del arroyo, donde permaneció agazapada en un estercolero en tanto que los perros, llevados por el ímpetu de la persecución, saltaban por encima de ella y se metían en el arroyo. Acto seguido, abandonando el escondite, emprendió el camino de regreso, pasó frente al club de cazadores, dejando que el rastro de su propio olor se desvaneciera al mezclarse con los olores de caballos y perros, y no paró hasta llegar al gallinero.

De no menor astucia e inteligencia dio pruebas el zorro que para inutilizar las trampas colocadas por un cazador tiraba con los dientes de la cadena que las accionaba. Resuelto a atrapar al zorro, el cazador puso, en la época del celo de estos animales, una trampa en que el cebo era "almizcle persa de amor" (olor a zorra). Según lo acostumbraba, el zorro dejó la madriguera a las 4 de la mañana para tomar cerro abajo por su habitual sendero en dirección al campo. A media jornada, al sentir el olor a zorra, torció en busca de ésta. Mas a corta distancia de la trampa barruntó el peligro, paró en seco y retrocedió prontamente. El cazador, que había estado al acecho, se volvía ya a casa dándose por derrotado cuando se detuvo al oír un aullido.

Vio a su zorro que, acosado por otro, bajaba corriendo por la ladera del cerro. Sin duda el fugitivo ha-



bía penetrado en el territorio de su perseguidor. Al huir, procuraba llevarlo hacia la trampa de la cual se había librado él. Atraído por el olor que ésta exhalaba, el perseguidor se desentendió del fugitivo para ir a olfatear más de cerca el sitio donde estaba la trampa, y en ella quedó preso por una pata. No dejó escapar el más leve lamento. Al verse heridos, estos animales aguardan estoicamente la muerte. Entre tanto, el otro zorro corría hacia el cerro, en donde (seguro estaba de esto el cazador) la hembra del que salió en defensa de su territorio estaría esperando al vencedor.

A pesar de la guerra que les hacen los granjeros, las zorras se han

multiplicado hasta el punto de que, en vez de haber una por cada 70 hectáreas, como era el caso hace un siglo, hay en la actualidad una por cada 20 hectáreas. A este aumento han contribuido, sin quererlo, los mismos granjeros, tanto al establecerse en tierras antes agrestes (lo cual favorece a las zorras), cuanto al arar los campos. Cuando en el mes de marzo se disponen las zorras a fabricar las madrigueras en que tendrán los hijos, buscan invariablemente terrenos que en ningún caso han de ser más compactos que los de naturaleza arenosa. De ahí que las tierras de labor fomenten el aumento de las madrigueras.

Un granjero de Míchigan cuenta el caso de cierta zorra tan enterada de los métodos de labranza que todas las primaveras espiaba desde la orilla del bosque el campo en que el granjero araba, desterronaba y gradaba. Por la primavera el granjero descubría a la vulpeja, que, echada en la rama horizontal de un sauce negro, lo observaba trabajar. Cuando aquél, concluida la faena, se retiraba llevándose la grada, se volvía a mirar... y allí estaba la raposa abriendo su madriguera en la tierra removida.

Las zorras han ido dando cada vez mayor tortuosidad a su madriguera. Por lo general la fabrican de tres o más entradas, con varias galerías falsas que bajan serpeando hasta la cavidad que sirve de despensa. Cerca de ésta se halla la vivienda, en la cual viene al mundo, a principios de abril, la camada de cinco a siete hijuelos. Como la madre no sale de su guarida sino pasados tres días después del parto, el granjero que sea listo excavará en ese lapso a fin de llegar adonde está la zorra con las crías.

Un granjero de Wisconsin, deseoso de deshacerse de una madriguera abierta cerca del corral de sus gallinas, aguardó a que la zorra diese muestras de haberse recogido, y procedió entonces a dinamitar la madriguera. En el hueco abierto por la explosión no vio el menor indicio de que allí hubiesen habitado zorra ni cachorros. Lo que sí echó de ver fue que la supuesta madriguera consistía sólo en una galería falsa que las raposas recorrían a fin de despistarlo. La verdadera guarida la descubrió después el granjero en una loma de las inmediaciones.

Al mes de nacidos los hijuelos, la madre los saca de la madriguera para empezar a educarlos. El procedimiento empleado para ello es riguroso. Una zorra a la cual me puse a observar mientras, cerca de casa, estaba adiestrando a sus pequeños, le zurró la badana al que no acertó a agarrar el ratón que ella les arrojaba por orden. Cerca de la vivienda, los cachorrillos, de pelaje gris leonado, son un espectáculo grato de ver. Intrépidos, llenos de confianza en sí mismos, corretean, hacen cabriolas, retozan empujándose unos a otros; dan caza a mariposas y polillas; ejercitan sus facultades cayendo de un salto sobre hojas y flores.

La mortalidad entre las crías es considerable en los primeros meses de vida. Son propensas al moquillo y otras enfermedades; los granjeros y los encargados de la conservación de la flora y fauna eliminan los cachorros cuando quiera pueden hacer una recogida de ellos. En términos generales, hay razón para que así procedan. A más de atacar gallinas y patos, la zorra devora también valiosos animales de caza menor, como faisanes, perdices, conejos. Por añadidura, la excesiva multiplicación de zorras en época de cría suele traer por consecuencia, en el otoño siguiente, una epidemia de hidrofobia. La sistemática eliminación de estos animales ha servido, sin embargo, para mejorar la especie. Los individuos débiles o torpes suelen ser los que se dejan atrapar y mueren, en tanto quedan con vida los más robustos e inteligentes, para tener hijos que se les asemejen.

La zorra roja norteamericana abunda en todo el territorio de los Estados Unidos, salvo en la Florida y Hawaii. Llamada en la actualidad "zorra de color" por los zoólogos, ofrece gran diversidad de pelajes. Pero la blanca, la negra, la de un rojo amarillento, las de pelajes resultantes del cruce, son todas variedades de la *Vulpes fulva*, o zorra común norteamericana.

Se prestan mucho las zorras para hacer de ellas excelentes animales caseros. Adquieren pronto hábitos de limpieza; y son muy cariñosas. Dos inconvenientes tienen, sin embargo, que impiden que gocen de gran aceptación; suelen retozar violentamente durante toda la noche; y una vez domesticadas, no se les puede hacer volver al bosque. Así lo supo, por propia experiencia, un médico amigo mío residente en Carlisle (Pensilvania). En la temporada de verano llevó a su casa una zorra de pocos meses. El animalito jugueteaba con los niños del médico, los seguía como un perro cuando iban a las granjas, huertas y jardines vecinos. En tanto que todos veían en la zorrita un cachorrillo travieso y juguetón, ella iba taimadamente tomando nota de los lugares en que hallaría gustosos bocados.

Ese otoño la llevó el médico a un bosque cercano y la dejó libre. A la semana cundía la alarma en los contornos. De un corral habían desaparecido treinta faisanes criados cuidadosamente; un estanque de patos de razas exóticas fue asolado; de una casa faltaron una gata siamesa y sus cinco gatitos. El médico fue al bosque, atrajo a la zorra con un buen pedazo de carne, se la llevó a casa y la puso a buen recaudo. Hasta donde alcanzan mis noticias, esa zorra continúa viviendo al lado de la familia del médico, a la que exige diariamente su ración de fresas y de carne picada de vaca.

Con cuanto cazador he hablado acerca de este particular me ha dicho que a la zorra le divierte ser objeto de una cacería. En Séneca (Míchigan) había una zorra que,

para provocar a los perros a perseguirla, lanzaba desde el cerro el extraño aullido que le es propio. Una tarde la vi llegarse hasta un sabueso encadenado y ponerse a retozar ante él, brincando y revolcándose como un gozque juguetón. En cuanto el sabueso rompió a ladrar furiosamente, tirando de la cadena, echó la zorra a correr bosque adentro para reaparecer en seguida, en forma que estaba diciendo claramente: "¡Ven a alcanzarme!"

El caso más notable de los extremos a que llega la sagacidad de estos animales ocurrió en Whitford Woods (Ohio). Cierto zorro ya entrado en años se vio un día a merced de unos cazadores que lo tenían acorralado contra una escarpa. Veía ya el animal que lo encañonaba la escopeta de la que saldría el mortal disparo. De repente, como si hubiera olfateado cuál es el lado flaco del hombre, irguióse el zorro, se sacudió, encaminóse con confiado trotecillo hacia el cazador, y se quedó mirándole a los ojos. La jauría, desconcertada, se arremolinó, ladrando furiosamente; reinó durante unos instantes ensordecedora confusión... ¡y el zorro de Whitford quedó con vida!



Charlas y parlas

EL RAYO del sol untaba los árboles con mantequilla. (Citado por Vincent Sheean) ... ¿Recuerda el lector aquellos tiempos en que el aire acondicionado consistía en un ventilador oscilante colocado tras un bloque de hielo? (R. O.) ... Hay turistas que recorren los países como si estuvieran tomando comprimidos vitamínicos: uno al día. (H. M.)

Comentarios. Una niñita que se lleva al oído un caracol marino: "Oigo la autopista. (D. C.) ... Ese tipo vale mucho menos de lo que parece a primera vista. (R. R.)

Versos cojos. De todo alimento que sale del mar, uno en especial no puedo tragar: nada más triste y lloroso sin duda, nada más acuoso que una ostra desnuda. (E. K. R.) ... Es seguro que los recién casados, ahora profundamente enamorados, estarán mañana ídem endeudados. (S. O. B.)

Pullas. En favor de la obesidad que viene con la edad madura, podemos decir que acerca más entre sí a la gente. (*Table Talk*).

El misterioso Pozo de la Fortuna



Existe allí algún tesoro, pero hace 170 años que se le busca y hasta ahora nadie ha podido dar con él.

Por David MacDonald

Condensado de "The Rotarian"

Justamente frente a las abruptas costas del sur de Nueva Escocia está la diminuta isla del Roble (Oak Island), que tiene la forma de un signo de interrogación. Es una forma muy apropiada, pues la isla esconde un desconcertante acertijo que ha desafiado toda solución durante casi dos siglos. Desde 1795 (poco después de que los piratas cesaran de merodear por el litoral norteamericano del Atlántico, dejando tras sí una deslumbrante estela de leyendas sobre doblones enterrados), muchos hombres han estado tratando de descubrir qué hay en el fondo de cierto enigmático hoyo que en su optimismo apodaron "Pozo de la Fortuna".

Utilizando picos, palas, aparejos perforadores y varas mágicas, de esas que revelan la presencia de metales, los aficionados a la bus-

ca de tesoros ocultos han metido en la empresa del hoyo aproximadamente 1.500.000 dólares. Hasta ahora se ha extraído muy poco de él: tres eslabones de una cadena de oro y un fragmento de un viejo pergamino. No obstante haberse efectuado más de 20 tentativas, nadie ha podido llegar hasta el fondo del pozo, pues cada vez que un grupo de excavadores o perforadores parecía estar a punto de tener buen éxito, brotaban torrentes de agua para ahogar la esperanza de los buscadores. Si bien ya hoy se sabe que el Pozo de la Fortuna está protegido por el océano mismo, que a la primera alarma lo inunda mediante un ingenioso sistema de túneles abiertos por la mano del hombre, nadie ha podido descubrir hasta ahora quién excavó el pozo ni el porqué.

Una leyenda dice que el capitán Kidd, pirata que fue ahorcado en 1701, guardaba allí el fruto de sus fechorías. Otras teorías afirman que el lugar oculta el botín de Barba Negra o de Henry Morgan, ambos filibusteros famosos; los tesoros arrebatados al Inca por los españoles; las joyas de la corona francesa que, según se dice, llevaban Luis XVI y María Antonieta cuando trataron de huir durante la revolución francesa; o los manuscritos perdidos de Shakespeare. Sea lo que sea lo que el pozo encierre, pocas cosas han sido buscadas con tanta avidez.

El largo desfile de buscadores comenzó hace 170 años, cuando Daniel McInnes, muchacho de 16 años natural de Chester (Nueva Escocia), remó hasta la deshabitada isla del Roble en busca de caza. En una loma que se alza en un extremo de la isla advirtió una extraña concavidad de casi cuatro metros de diámetro. Crecía allí un árbol con una rama cortada a sierra y del resto de ella colgaba, a unos cuatro metros de altura, un viejo motón de aparejo de barco. El corazón de McInnes comenzó a latir apresuradamente, pues en el vecino puerto de La Have, antes refugio de los piratas que atacaban a los navíos procedentes de Nueva Inglaterra, había oído no pocas leyendas de tesoros enterrados.

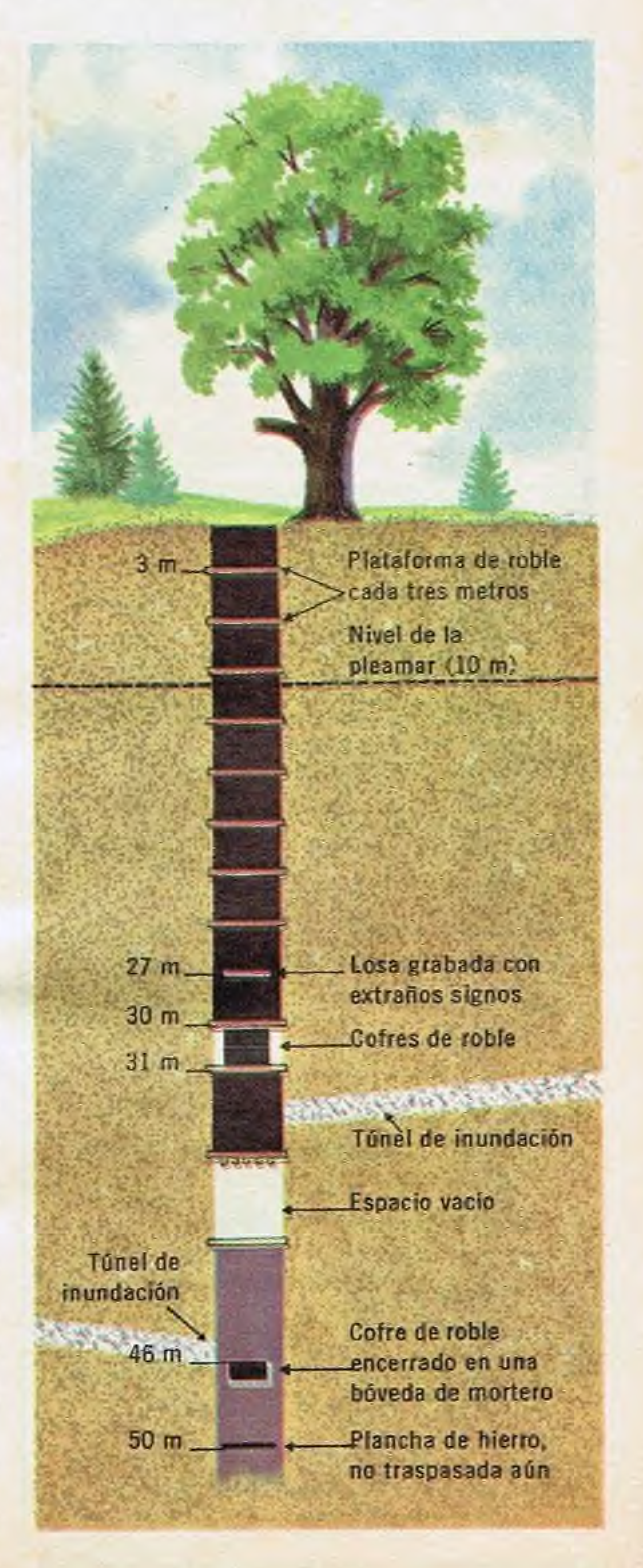
Al día siguiente regresó con otros dos muchachos, Tony Vaughan y Jack Smith, y los tres comenzaron a cavar. A los tres metros de profundidad hallaron una plataforma hecha con viejos maderos de roble; a los seis, otra, y a los nueve, una tercera. En las duras paredes de arcilla del pozo se podían ver todavía huellas de picos. Cuando la labor se hizo más ardua, los jóvenes pidieron ayuda. Pero nadie más quería acercarse a la isla del Roble. Se la decía habitada por los espíritus de dos pescadores que habían ido allí en 1720 a investigar el origen de unas luces extrañas y que jamás regresaron. Así pues, los muchachos abandonaron temporalmente la busca.

Más tarde, McInnes y Smith se instalaron en la isla. En 1804 Simeon Lynds, acaudalado natural de

Nueva Escocia, se interesó al oír sus relatos y formó con ellos una compañía exploradora. Volvieron a encontrar plataformas de roble a cada tres metros de profundidad, hasta los 27. Descubrieron también capas de fibra de coco, carbón de leña, masilla marinera, y además una losa con signos extraños que, según un perito en criptografía significaban: "Dos millones de libras están enterrados tres metros más abajo". Al llegar a los 28, los buscadores hincaron una barra de hierro un metro y medio más, y dieron con un objeto sólido. Lynds quedó convencido de que se trataba del cofre del tesoro.

Pero a la mañana siguiente quedaron asombrados al hallar en el pozo 18 metros de agua. Estuvieron tratando de achicarla durante varias semanas, mas sin resultado, pues el nivel permanecía constante. Lynds supuso entonces que habría allí un manantial subterráneo de agua dulce. El año siguiente contrató unos mineros que cavaron otro pozo al lado del de la Fortuna hasta una profundidad de 33,5 metros, y luego comenzaron a abrir un túnel hacia éste. Pero cuando se hallaban a 60 centímetros de su meta, se precipitaron en la excavación torrentes de agua. Mientras los obreros trepaban apresuradamente para salvar la vida, el nuevo pozo se fue llenando hasta alcanzar el nivel del Pozo de la Fortuna.

Vencido y casi arruinado, Lynds abandonó la partida. McInnes murió poco después, pero Vaughan y Smith nunca perdieron la esperanza. En 1849 hicieron una nueva tentativa con una empresa de Truro (Nueva Escocia). Los resultados



obtenidos fueron en verdad impresionantes.

A casi 30 metros de profundidad, justamente donde en 1804 la barra de hierro había golpeado contra un objeto sólido, una broca de media caña movida por caballerías y capaz de recoger una muestra de cuanto atravesaba, pasó por una plataforma de abeto. Luego de atravesar un espacio vacío, pasó por 10 centímetros de roble, 56 de piezas metálicas sueltas, de nuevo 20 de roble, una vez más 56 de piezas metálicas sueltas, y por fin 10 más de roble y 15 de abeto, para hundirse luego en arcilla. Los buscadores supusieron, entusiasmados, que habían atravesado una bóveda que contenía dos cofres, uno encima del otro, y que éstos estarían llenos de joyas o de monedas de oro. Además, la broca extrajo una tentadora muestra de lo que podía haber allí: ¡tres eslabones de una pesada cadena de oro!

En 1850 se excavó otro pozo de 34 metros que se inundó también. Esta vez uno de los trabajadores cayó en él, y salió gritando que contenía agua salada. Luego alguien advirtió que el agua que llenaba los pozos subía y bajaba con las mareas. Tal descubrimiento refrescó la memoria del viejo Tony Vaughan: unos años antes había visto que la playa de la bahía de Smith, a unos 160 metros del Pozo de la Fortuna, se inundaba durante la pleamar.

Los buscadores del tesoro excavaron en la arena de la playa en

busca de algún escondido canal subterráneo por donde pudiera entrar el agua del océano. A poco hallaron bajo la arena, con asombro, toneladas de fibra de coco y de plantas marinas sobre un piso de piedra que se extendía 45 metros, o sea toda la distancia que recorrían las mareas. Otras excavaciones produjeron nuevas sorpresas: cinco conductos de piedra dispuestos oblicuamente en declive, que convergían en dirección al Pozo de la Fortuna.

En realidad, la playa hacía las veces de una esponja gigantesca que absorbía el agua de la marea y la filtraba para hacerla llegar hasta un amplio conducto. Este, según se comprobó en subsiguientes exploraciones, caía a pico 20 metros, y luego penetraba profundamente en el Pozo de la Fortuna, en un punto lleno en toda su extensión de piedras sueltas para impedir la erosión. No se trataba de un obstáculo natural, sino de la obra de un genio. Cuando en la tentativa anterior los obreros se aproximaron al escondrijo y llegaron a los 30 metros, hicieron disminuir sin querer la presión que la tierra ejercía en la boca del conducto. En otras palabras, le quitaron el tapón.

Sin desanimarse, la cuadrilla de Truro construyó una ataguía para detener al mar, pero éste pronto la destruyó. Se excavó entonces otro pozo de 36 metros, y luego se socavó un túnel bajo el Pozo de la Fortuna. Pero mientras los obreros almorzaban, el fondo del hoyo ce-

dió, cayó en el túnel y se hundió todavía más en un misterioso vacío.

Aunque la sociedad de Truro perdió 40.000 dólares, sus descubrimientos despertaron vivo interés por la isla del Roble. Siguió luego una serie de costosas expediciones, a todas las cuales las persiguió la mala suerte. Una de ellas abandonó los trabajos después que una gran bomba de vapor estalló, cosa que costó la vida de uno de los obreros. En 1893, casi un siglo después de comenzar las excavaciones, se organizó una nueva sociedad. La dirigía Frederick Blair, comerciante de Nueva Escocia que iba a dedicar casi 60 años de su vida a tratar de resolver el misterio.

Su compañía fue la primera que consiguió localizar la salida del túnel que inundaba el Pozo de la Fortuna, y que estaba a un costado de éste, a una profundidad de 34 metros. A fin de obstruir la entrada, se hizo estallar, cerca de la orilla de la bahía de Smith y profundamente, una carga de dinamita. Después de llenar de agua el Pozo hasta una altura bastante superior al nivel del mar, Blair echó en ella una tintura roja. No se hallaron indicios de ella en la bahía de Smith, lo cual probaba que la dinamita había logrado su objeto.

¡Pero en la costa opuesta de la isla, a 91 metros del hoyo, aparecieron manchas rojizas en tres puntos diferentes! Esto indicaba que existía por lo menos un túnel más que daba entrada al agua y contra el que tendrían que emprenderla. Nadie lo ha encontrado todavía.

Blair y sus socios utilizaron también barrenas tubulares para perforar el Pozo de la Fortuna. A los 46 metros (la mayor profundidad alcanzada hasta entonces) el taladro atravesó 18 centímetros de cemento, 13 de roble y 81 de piezas metálicas, y halló luego más roble y cemento. Por fin, a los 50 metros, dio con una plancha de hierro impenetrable.

Blair pensó que se trataba de un cofre de tesoro encerrado en algún cemento primitivo, un cofre de mayor tamaño y enterrado a mayor profundidad que los perforados en 1850. Esta vez, juntamente con un poco de oro en polvo, la barrena extrajo un pequeño pedazo de pergamino en el cual aparecían las letras *vi*... escritas con pluma de ganso y tinta china, según afirmaron los especialistas de Boston. "Esto es más convincente de lo que lo habrían sido unos cuantos doblones", aseguraba Blair. "En el fondo de ese hoyo debe haber un tesoro de inmenso valor, o documentos históricos más valiosos todavía". Pero la empresa de Boston nunca pudo comprobarlo. Después de gastar más de 100.000 dólares, la sociedad se disolvió.

Sólo Blair persistió. Adquirió derechos sobre el tesoro de la isla por un plazo de 40 años, y luego los ofreció en arrendamiento contra una participación en cualquier hallazgo. El primer interesado fue el ingeniero Harry Bowdoin, de Nueva York. En 1909, contando con el

apoyo de varias personas prominentes, entre ellas un joven abogado cuyo nombre era Franklin Delano Roosevelt, Bowdoin excavó y perforó, pero sin resultado. Publicó entonces un artículo en una revista, afirmando que nunca había habido tesoro alguno en la isla del Roble.

Luego vinieron varias sociedades de Wisconsin, de Rochester (Nueva York) y de Newark (Nueva Jersey). Todas fracasaron. En 1931 William Chappell, natural de Sydney (Nueva Escocia), rico contratista que había operado la broca con que se extrajo el pedazo de pergamino, se dejó otros 30.000 dólares en el Pozo de la Fortuna, hasta que la gran crisis económica de esos días lo obligó a abandonar la empresa.

A Chappell siguió en 1936 Gilbert Hedden, millonario de Nueva Jersey, quien se gastó otros 100.000 dólares en la aventura. Hedden hizo tender desde la tierra firme cables submarinos para impulsar bombas eléctricas de alta velocidad y con una compañía minera de Pensilvania contrató el desagüe del pozo de 50 metros. Llegó por último a la conclusión de que tantas excavaciones e inundaciones habrían movido el tesoro hasta 30 metros en cualquier dirección.

Después de la muerte de Blair, ocurrida en 1951, la isla del Roble y el derecho a los caudales que hubiera en ella fueron adquiridos por Mel, hijo de William Chappell, quien había trabajado allí con su padre en la expedición de 1931. Mel Chappell invirtió 25.000 dólares en una excavación que pronto se convirtió en un pequeño lago, y luego arrendó parte de sus derechos a una serie de nuevos cazadores de fortunas, el último de los cuales fue Bob Restall, de Hamilton (Ontario). Restall, de 59 años, trabajaba en una acería, pero en 1959 renunció a su empleo para trasladarse a la isla del Roble con su esposa Mildred y sus hijos, Bobby y Rickey, que hoy tienen 23 y 15 años respectivamente.

Desde entonces, los Restall viven allí en una choza de una sola habitación contigua al Pozo de la Fortuna, que es ahora un cráter lleno de fango y maderas podridas. Trabajando 14 horas diarias seis jornadas por semana, Restall ha logrado limpiar un socavón de 47 metros que se desmoronó allá por 1930. Ha abierto además otros ocho hoyos de 7,5 metros cada uno, en un esfuerzo para interceptar los túneles de inundación que hicieron fracasar las tentativas anteriores. A fin de conseguir fondos con que costear la empresa, Restall ha vendido ya entre sus amigos y algunos desconocidos interesados en la aventura (y que le han escrito desde lugares tan remotos como Tejas), la mitad del 50 por ciento que le corresponde sobre cualquier tesoro que se encuentre. En total, Restall calcula que la busca del inasequible tesoro de la isla del Roble le ha costado ya cerca de 100.000 dólares, suma en que incluye sus propios ahorros y lo que representan cinco

años de penoso trabajo. Pero hasta el presente, lo único que Restall ha cobrado a cambio de ello es una piedra de color oliva que halló en uno de los pozos y que tiene grabada la fecha 1704... así como un profundo respeto por la persona que ideó el Pozo de la Fortuna.

"Ese hombre" dice, "fue mucho más listo que todos los que hemos venido aquí después de él".

¿Existirá realmente un tesoro en el Pozo de la Fortuna? Según los peritos en minas, tan perfectos resguardos sólo pudieron ser construidos por un mago de la ingeniería que tuviera muchos hombres a su servicio... y grandes riquezas que esconder. El ingeniero George Green, especializado en pozos de petróleo, dijo en 1955 después de dirigir las excavaciones practicadas en la isla del Roble por cuenta de una sociedad de petroleros tejanos:

"Alguien se metió en grandísimos trabajos para enterrar algo aquí. Y a menos que haya sido el bromista más grande del mundo, lo que escondió bien debe haber valido las molestias que se tomó".

Insólitas matronas

UNA viejecita de aspecto inofensivo, de antiparras y sombrero de flores, se presentó ante la ventanilla de un cajero de banco con el pretexto de enseñarle su último bordado. ¡Cuál no sería la sorpresa del empleado, al ver escrito en punto de aguja: "No se mueva: es un atraco"!

— Betty Rollin, en *Mothers are Funnier Than Children* (Editores Doubleday)

EN LA oficina de información turística que en Nueva York mantiene una de las grandes empresas de petróleos se presentó una robusta dama, preguntando por la ruta para Boston que tuviera más aceras para peatones.

—Estoy haciendo un viaje a pie —explicó— y aunque no usaré la gasolina de esta compañía, sí seré asidua visitante de sus lavabos.

— A. B. en *The Saturday Evening Post*

DURANTE una exposición de flores en Londres una señora de edad, vestida con elegancia ya pasada de moda, pidió ver un cortador de césped a motor. Pareciéndole satisfactorio, preguntó si podrían venderle uno equipado con faroles. El empleado inquirió para qué lo quería así. "Cuando pode la hierba al anochecer, no quisiera atropellar a los pavos reales", contestó.

— Harriet Van Horne, en *World-Telegram and the Sun* de Nueva York

CIERTA excéntrica anciana vivió por muchos años en el hotel Ritz de París. Siempre que subía al antediluviano ascensor (de una sola velocidad), del que acostumbraba valerse varias veces al día, ponía la mano en el hombro del ascensorista y le recomendaba: "No muy rápido".

— Stephen Watts, en *The Ritz of Paris* (Editores: Norton)

Tuve que aguardar seis meses antes de escribir este artículo, aun en forma anónima. La herida era tan honda que sólo el tiempo podía cicatrizarla, al menos parcialmente. Y con el tiempo fue naciendo en mí la idea de que, si relatábamos nuestro caso, tal vez ayudaríamos a otros a evitar una repetición de la insensata tragedia que ha trastornado a dos familias. Pues, por más que intentemos ocultárnoslo a nosotros mismos, lo ocurrido fue una tragedia, y los padres debemos cargar con nuestra parte de culpa.

Si hubieran esperado...

(*Anónimo*)

ERA UNA encantadora noche de luna, un sábado del mes de mayo. Mi esposo y yo estábamos leyendo en la salita de nuestra modesta casa, en una pequeña ciudad como tantas que hay. Nuestro hijo, Pablo, que tenía 18 años, había salido un par de horas antes para acompañar a Luisa, la chica que cortejaba, al baile del colegio a que ambos asistían.

Eran apenas las 10 cuando Pablo volvió. Natán y yo lo miramos sorprendidos, pero aun antes de que hablase comprendimos que algo terrible había sucedido. Con los puños apretados, dijo:

—Luisa va a tener un niño... Nos casaremos en seguida... Así se lo acabamos de decir a su familia.

Durante unos instantes, como si no le hubiera oído, me quedé con la mirada fija en el agraciado y varonil rostro de mi hijo. Luego comenzó a penetrar en mi conciencia el sentido de sus palabras y, aturdida, me volví hacia mi marido, que se había cubierto la cara con las manos.

Me volví a mirar de nuevo a Pablo, ese hijo tan digno de fiar y de quien estábamos tan orgullosos, el estudiante designado por votación como el más distinguido del colegio y muy celebrado también en los deportes escolares. Nos habíamos sentido encantados cuando comenzó a cortejar a Luisa, una chica a la vez bonita, inteligente y con personalidad, y la más talentosa de su clase. A su influencia atribuíamos el que Pablo hubiera mejorado en sus estudios.

—Mamá, papá... —agregó el muchacho con voz ronca— lamento causaros esta pena... lo siento con toda el alma...

Las palabras me salieron a tropezones:

—¡De modo que esta es la manera como has demostrado tu cariño por Luisa! ¿Con qué vas a mantener a tu esposa? ¡Y pensar que confiábamos tanto en ti! ¡Ay, Pablo! ¿Cómo has podido hacer tal cosa?

Natán, que es profesor de historia en una escuela secundaria, a menudo les ha servido como consejero a los alumnos que se han visto en dificultades, pero esta vez, ¡amarga ironía! se trataba de su propio hijo. Pablo respondió con franqueza a las preguntas de su padre. Pocos días antes había llevado a Luisa a que la examinara nuestro médico de cabecera, y esa tarde le telefonearon para conocer el resultado de la prueba que éste le había hecho, por el cual supieron que Luisa estaba encinta de dos meses. El médico les había hecho prometer que informarían a sus padres durante el fin de semana.

En aquel momento di gracias de que Toño, nuestro hijo de 12 años, estuviese lejos de casa, en un campamento de chicos exploradores. Mi marido preguntó:

—¿Qué han dicho los padres de Luisa?

Pablo se pasó nerviosamente la mano por los cabellos.

—Su madre no dijo gran cosa; se limitó a llorar... El padre de Luisa se enfureció, pero dijo que no tengo por qué considerarme obligado a casarme con ella, y yo...

—Sí —le interrumpí—. Luisa puede ir a un sanatorio, tener el niño y entregarlo a una agencia que se encargue de hacerlo adoptar.

Pablo movió la cabeza.

—¡Ah, no! —replicó, casi en un susurro—. Yo no permitiría que Luisa hiciera tal cosa. Al principio, pensamos en escaparnos, pero luego comprendimos que eso no resolvería nada—. ¡Cuán serio aparecía! ¡Cuán lastimosamente juvenil aún! Pero con acento de sinceridad agregó—: Queremos casarnos y reparar nuestro error.

Natán, que recorría el cuarto a grandes pasos, se detuvo de pronto.

—Pablo, habrás comprendido, naturalmente, que si te casas no podrás ir a la universidad. Sin esto me iba a costar ya un gran sacrificio... —Alzó las manos en ademán de impotencia. ¡Había pensado con tanto orgullo en que su hijo obtuviera un título universitario!—. Bien sabes que los padres de Luisa no podrán ayudarte; ni siquiera cuentan con lo necesario para enviar a su hija a la universidad de aquí.

A Pablo le temblaba la barba ligeramente.

—Conseguiré un buen empleo... y ahorraré dinero. Y tengo ya una suma en el banco.

Mi marido hizo un ademán negativo.

—Es imposible que puedas ganar bastante para sostener un hogar y

una familia y estudiar a la vez en la universidad.

Aunque estaba pálido y turbado, Pablo insistió en que cualquiera que fuesen las consecuencias, quería a Luisa e iba a casarse con ella. La compasión inundó mi corazón al comprobar su ingenua fe en el poder de un amor de adolescentes.

Muchas veces había yo oído a Natán hablar en público sobre el creciente número de casamientos entre menores de edad. Según las estadísticas, solía hacer notar, hoy son más las chicas que se casan a los 18 años que a cualquiera otra edad; y la proporción de divorcios entre los menores de 20 años es más elevada que entre los grupos de otras edades. Todas las probabilidades estaban en contra de que el matrimonio de Pablo y Luisa fuese duradero.

Por fin pasó aquella noche terrible y llegó el domingo. Natán llamó por teléfono a los padres de Luisa y los invitó a venir a casa. Oscar, el padre, es tenedor de libros en nuestro pueblo, y Alicia, su esposa, había entablado una relación superficial conmigo a raíz de que Pablo dio en cortejar a Luisa, quien era la mayor de los cuatro hijos que componían la familia. Pensaba yo con temor en verme frente a ellos, pero cuando los vi avanzar lentamente por la senda que lleva a nuestra puerta (Luisa entre ambos, con la cabeza inclinada), hubo un momento en que sentí más pena por ellos que por nosotros mismos.

Los dos matrimonios cambiamos encogidas frases de cortesía. Yo creía estar casi decidida a hablar con claridad para decirles a Luisa y a Pablo el mal que su acción irreflexiva y egoísta había causado a nuestras dos familias, pero los ojos castaños de aquélla aparecían tan temerosos y suplicantes como los de un cervato herido, así que opté por callar.

Natán pidió a los chicos que nos dejasen solos, y entonces Oscar comenzó a decir, con una voz sin expresión:

—No hemos venido aquí a reclamar un casamiento forzado.

—Mal podrían reclamar tal cosa —replicó Natán, con el rostro encendido—. Pablo es menor de edad y para casarse necesita nuestra autorización.

La madre de Luisa gruñó irónicamente:

—¡Vaya! Bien que me engañó su hijo. Yo creía que Luisa no corría peligro alguno en su compañía.

—Siempre son dos los culpables —repuse vivamente.

De pronto, la faz de Alicia se despejó.

—Disculpen. No lo dije con mala intención. Esto nos atañe a todos por igual.

Alicia y yo cambiamos una mirada de comprensión. Dos madres y dos padres, cuyas vidas veíanse ahora ligadas, buscábamos a tientas un mismo plano racional para entendernos. ¿Qué debíamos hacer precisamente? Por fin decidimos dejar que nuestros hijos se casaran,

pues nos parecía contrario a la realidad pedir u obligar a Luisa a que optara por tener un hijo ilegítimo en vez de casarse con Pablo.

Durante las tres semanas que siguieron hasta la terminación de los cursos, tratamos de comportarnos como si fuese cosa corriente preparar el casamiento repentino de unos chicos de 18 años. Un día, sin embargo, Toño me abordó perplejo: "En la escuela algunos chicos dicen que Pablo va a casarse con Luisa porque no tiene otro remedio. ¿Qué quiere decir eso?"

Jamás me vi obligada a contestar pregunta más perturbadora, y espero haberla respondido sin que se trasluciera demasiado mi resentimiento contra Pablo. Por otra parte, había muchas otras preguntas a las que no podía yo responder. Pablo y Luisa habían recibido en la escuela cierta instrucción sobre los aspectos fisiológicos de la cuestión y en su hogar y en otras fuentes se les había enseñado un código de moral. ¿A quién o a qué se debía echar la culpa de que dos jóvenes, al parecer buenos y decentes, hubieran procedido mal?

Era fácil señalar con el dedo a la sociedad, en la que tantos espectáculos y publicaciones presentan la satisfacción de los impulsos sexuales como algo natural y fascinante. O tal vez a nuestra época en que son muchas las personas que temen que el día de mañana quizá no llegue nunca... que tan sólo exista el día de hoy. También podríamos decirnos que la causa estaba en la predominante inclinación a ridiculizar la castidad por considerarla anticuada.

Más difícil me era acusarme a mí misma. Y sin embargo, cuando examiné honradamente mi conducta como madre de Pablo, ciertas circunstancias se presentaron con claridad a mi memoria.

Tiempo atrás había yo dejado de asistir a la iglesia; pensaba que Pablo podría aprender en casa a distinguir entre lo bueno y lo malo, y elegir por sí propio su religión cuando tuviera más edad. Por supuesto, pronto dejó él de concurrir a sus cursos de religión. Pero, ¿qué guía espiritual había sido yo para él en remplazo de la iglesia?

Recordé igualmente mi ridícula prisa por que Pablo tratara y paseara con las chicas, por que fuese socialmente popular; yo lo había alentado a que ganase dinero para comprar un automóvil de segunda mano. En fin, lo había obligado a crecer demasiado rápidamente. Ahora era inevitable que creciera con mucha mayor rapidez de la que hubiera yo creído necesaria.

Empezó a perseguirme el recuerdo de una discusión que Natán y yo habíamos sostenido a menudo: a él le preocupaba que Pablo y Luisa estuviesen tanto tiempo juntos y se refería a los conocidos peligros de una intimidad entre chico y chica. Cuando me interrogaba sobre la costumbre de la joven pareja de pasar largas horas estudiando a solas en la sala de juegos del sótano, yo hacía burla

de sus temores. Hoy caía en la cuenta, demasiado tarde, de que era allí donde había comenzado la tragedia.

Los dos eran buenos chicos. Pero nuestro deber de padres hubiera sido hablarles clara y francamente sobre el poder enorme que tiene el instinto sexual para acallar la conciencia. Deberíamos haberles hecho ver el peligro e inducirlos a combatirlo, antes de que la pasión llegase a dominarlos. No les habíamos dado ninguna base sólida en la cual apoyarse cuando sus emociones los empujaran.

Poco a poco comprendí que yo formaba parte de aquella relajada sociedad a la cual culpaba.

En la ceremonia de graduación, Natán y yo escuchamos discursos en que se exaltaba el glorioso porvenir que aguardaba a la juventud. Pablo recibió su diploma . . . y mientras aplaudíamos, mi marido y yo tratábamos de ahuyentar el pensamiento de lo hermoso que habría sido aquel instante, si . . .

Dos días más tarde, el cacharro de Pablo llegaba a detenerse ruidosamente a la puerta de casa, y el muchacho se precipitó en la cocina, con los ojos resplandecientes.

—¡He conseguido un empleo estupendo en el taller de automóviles de Blakely! —me dijo—. Desde luego, al principio no seré más que encargado de una bomba de gasolina, pero sé que puedo llegar a mecánico.

Y calculaba, entusiasmado, lo que podría ahorrar.

—Magnífico, Pablo —le dije, con el acento más convencido que pude fingir.

Tomó el diario de la mañana, se dedicó a hojearlo y, deteniendo apenas un segundo la vista en una crónica que daba la lista de las universidades elegidas por sus compañeros de graduación, pensó en voz alta:

—¿Dónde está ese anuncio de un bonito departamento amueblado, de una habitación y cocinita?

Habiéndolo hallado, fue al teléfono y habló unas cuantas palabras. Luego se volvió, descorazonado, y dijo:

—El alquiler equivale a más de la mitad de mi sueldo.

Se dejó caer pesadamente en una silla y apoyó la barbilla en una mano.

—Mamá, sin duda pronto hallaremos algo que nos convenga, ¿no crees?

Lo vi dirigirse con paso lento por el corredor hasta que llegó a su habitación y cerró la puerta. Comprendí entonces que por primera vez mi hijo se percataba de que la vida lo acorralaba, que las puertas del porvenir se le habían cerrado con rudeza.

Llegó el día de la boda, día en que soñé yo alguna vez y que entonces me causaba terror. No más de veinte personas llenábamos la pequeña e inmaculada salita de los padres de la novia; además de los parientes más próximos, sólo se había invitado a algunos condiscípu-

los de Pablo y de Luisa. Sentía que hacía un calor sofocante en la habitación, mientras una jovencita entonaba con débil voz de soprano una cancioncilla: *Te querré siempre*... El corazón me latió apresuradamente al ver que Pablo, erguido y apuesto, se adelantó hacia el clérigo que presidía el acto. ¡Qué orgullosa me habría sentido en otras circunstancias!

El desafinado piano atacó valientemente la marcha nupcial de *Lohengrin*, y apareció Luisa por la puerta del vestíbulo, del brazo de su padre y con cierta tristeza en su bello semblante. Unos segundos después, ella y su estoico padre se erguían al lado de Pablo.

"Queridos hermanos", comenzó el clérigo, "nos hemos reunido aquí..."

Traté de apartar de mi mente todo pensamiento. No quería que se me escapase una sola lágrima. Natán me tocó el brazo y me puse de pie para decir la oración final.

Por fin aquel tormento llegó a su término.

Cuando Pablo hubo ayudado a Luisa a cortar el pastel de bodas, todos bebimos un ponche y poco después el grupo de familiares e invitados se reunía en el jardín delantero de la casa. Por fin los recién casados salieron por la puerta principal bajo un diluvio de arroz y echaron la carrera hacia el viejo cochecito de Pablo. Éste abrió la portezuela con actitud caballeresca. "Vamos, mujercita, que tenemos un largo camino por delante".

Todos los despedimos agitando vigorosamente las manos al partir los novios hacia una breve luna de miel, en la que se iría el dinero con tantos esfuerzos reunido por Pablo para costearse sus estudios en la universidad.

Los demás regresaron a la casa. Natán y yo permanecimos en la acera hasta que el automóvil desapareció en una vuelta de la calle, y aquel dijo con fervor: "Dios vaya con ellos... y con nosotros".

Me pasó el brazo alrededor de la cintura y nos volvimos tristemente a casa. Los dos íbamos pensando en lo mismo, sin duda: ¡si hubieran esperado!

LLEVO grabadas para siempre en el corazón las palabras que no supe decir a Pablo. Las digo ahora, no por amargura ni movida por la cólera, ni tampoco para que sirvan de algo a mi hijo, sino por si algún muchacho, alguna chica, quiere recordarlas antes de que sea demasiado tarde. *Pablo: no hay explicaciones ni sofismas, no hay ideas "modernas" o "progresistas" que puedan alterar el hecho de que tu vida y la vida de los que más te quieren no serán nunca las mismas, no podrán ser jamás tan dichosas o llenas de esperanza como antes lo eran, porque en un momento de egoísmo dejaste a un lado tus obligaciones para con tu familia, para con Luisa, con la sociedad... y contigo mismo.*

◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Enriquezca su vocabulario



Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

El ilustre hispanista brasileño D. Fidelino de Figueiredo ha dicho: "Vida y palabra, pensamiento y palabra, son indispensables. La lucha por la expresión mediante la palabra es el origen del arte literario, es el grado primordial del fenómeno literario en las sociedades humanas". Se deduce de ello que el hablante debe mejorar en lo posible sus medios de expresión. Estos ejercicios persiguen ese fin y en la segunda página de ellos puede ver el lector el fruto de sus esfuerzos.



1) **agraz (en)** — A: en vías de. B: fuera de sazón. C: en sazón. D: fuera de sí.

2) **aplazar** — A: diferir. B: dejar. C: apretar. D: detener.

3) **ayote** — A: calabaza. B: maíz. C: mazorca. D: raíz.

4) **berrendo** — A: que come berros. B: que berrea. C: de dos colores. D: de alfeñique.

5) **cabizbajo** — A: abatido. B: escarmentado. C: cariado. D: caviloso.

6) **cigarra** — A: que hace cigarros. B: tabaco. C: pitillo. D: insecto.

7) **decrépito** — A: inservible. B: incurable. C: chocho. D: incrédulo.

8) **ejecutoria** — A: orden. B: ley. C: eje. D: título.

9) **escarnecer** — A: mofar. B: escocer. C: descarnar. D: corregir.

10) **faca** — A: costra. B: liga. C: cuchillo. D: tira de tela.

11) **gafedad** — A: enfermedad. B: sequedad. C: tenaza larga. D: liviandad.

12) **ígneo** — A: áspero. B: candente. C: arduo. D: luciente.

13) **mayúsculo** — A: majestuoso. B: mejor que otro. C: muy grande. D: desproporcionado.

14) **mefistofélico** — A: condenado. B: diabólico. C: mercenario. D: mefítico.

15) **órfico** — A: relativo al diablo. B: al baile. C: a la música. D: orfebre.

16) **plática** — A: oración. B: chiste. C: prédica. D: charla.

17) **róseo** — A: rosalino. B: rosado. C: rosal. D: rosa.

18) **tremebundo** — A: del tremedal. B: temeroso. C: que tiembla. D: espantable.

19) **urubú** — A: gaviota. B: cuclillo. C: gallinazo. D: búho.

20) **zarabanda** — A: zarpa. B: bulla. C: corro. D: zumba.

Respuestas a ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO

(Véase la página anterior)

1) **agraz (en)** — B: antes de sazón y tiempo. "¿Por qué *en agraz* los vientos de la tierra / nos cortan los racimos?" (Arturo Capdevila)

2) **aplazar** — A: diferir la ejecución de una cosa. "*Aplazar* no es nunca decidir". (José Martí)

3) **ayote** — A: calabaza, en la América Central. (Del mexicano *ayotli.*) "Siembran mucho *ayote*. Esta tierra los da en abundancia". (Francisco Luarca)

4) **berrendo** — C: dícese del toro manchado de dos colores. "¡Hermoso animal!, *berrendo* en negro, alto de agujas, gordo, bien criado". (José de la Loma)

5) **cabizbajo** — A: abatido, triste. ". . . (pero) al lugar volvimos, / yo *cabizbajo*, y ella pensativa". (Núñez de Arce)

6) **cigarra** — D: insecto hemíptero que produce un ruido estridente. ". . . el clamor de las *cigarras* que pueblan todo el bosque con un ruido que aturde . . ." (Augusto Céspedes)

7) **decrépito** — C: caduco, chocho. ". . . había envejecido hasta el punto de aparentar un viejo *decrépito* y moribundo". (Bécquer)

8) **ejecutoria** — D: diploma o título de nobleza. "Era el escudo concedido por *ejecutorias* de los Reyes Católicos". (Valle Inclán)

9) **escarnecer** — A: hacer mofa de otro. "/. . . A los muertos / que oraciones alcanzan, no *escarnece* / el rebelado arcángel . . ." (Andrés Bello)

10) **faca** — C: cuchillo corvo. "Ellas, navaja en la liga; ellos la *faca* en la faja". (Fernando de Villalón)

11) **gafedad** — A: contracción permanente de los dedos. "La *gafedad* iba royendo aquellos dedos, crispados siempre en actitud rampante". (Gabriel Miró)

12) **ígneo** — B: de fuego o que tiene alguna de sus cualidades. "La *ígnea* espada de algún serafín". (Villaespesa)

13) **mayúsculo** — C: muy grande. "Desentendernos del peligro sería insensatez *mayúscula*". (Roberto García-Peña)

14) **mefistofélico** — B: diabólico. ". . . (tenía) la boca tan baja, que ya era *mefistofélica* . . ." (Alfonso Reyes)

15) **órfico** — C: perteneciente o relativo a Orfeo (personaje mitológico muy diestro en la música). "Los *órficos* insectos me abruman". (José M. Eguren)

16) **plática** — D: conversación, charla. "Una *plática* es una charla, más o menos circunspecta". (José Mañach)

17) **róseo** — B: de color de rosa. "Pintó tu labio de *rósea* aurora". (Juan de Dios Mera)

18) **tremebundo** — D: espantable, que hace temblar . . . ". . . una caverna *tremebunda* llena de ellos (de osos)". (Pereda)

19) **urubú** — C: gallinazo. "Aparece batiendo las alas el *urubú* . . ." (Francisco A. Loayza)

20) **zarabanda** — B: bulla, algazara. "Abajo, la ciudad se dislocaba en infernal *zarabanda*". (Daniel Belmar)

Calificación

20 respuestas acertadas..........sobresaliente
15 a 19 acertadas..........notable
12 a 14 acertadas..........bueno
9 a 11 acertadas..........regular

Un maestro de física demuestra que lo teatral no está reñido con lo científico

La varita mágica del profesor Miller

Por Andrew Hamilton

Condensado de
"The PTA Magazine"

Era el primer día de un curso de física para estudiantes de primer año del colegio de El Camino, uno de los mejores institutos universitarios del sur de California. El profesor, hombre rechoncho con tórax de barril y revueltos cabellos grisáceos, y con las mangas de la camisa arremangadas, paseaba nerviosamente de arriba abajo del salón mientras los estudiantes iban ocupando sus puestos. En cuanto sonó la campana para dar comienzo a las clases, se dirigió al encerado y escribió con grandes letras: "Fe en la física — Newton". En seguida se acercó a una pesada bola de plomo que colgaba del techo por un largo alambre a un lado del salón. Tiró de la bola hacia sí, hasta colocársela muy cerca de la barba, y mirando en torno picarescamente dijo a los estudiantes:

—El físico alemán Mayer fue el primero que afirmó que la energía no se puede crear ni destruir. En otras palabras, la energía potencial que posee este péndulo nunca puede aumentar—. Con un gesto dramático señaló a un estudiante y prosiguió—: ¿Tiene usted fe en la física? ¿Cree que este péndulo oscilará describiendo un arco cada vez menor? ¿Estaría usted dispuesto a venir aquí, ponerse este mortífero artefacto contra la barba y soltarlo luego para comprobar esta verdad?

—Creo que sí, —repuso el estudiante, aunque no muy seguro de sí mismo.

—Entonces venga usted aquí y confirme su fe.

El maestro puso la bola de plomo cerca de la mandíbula del muchacho y en seguida la soltó. La bola describió un amplio arco y regresó . . . casi hasta rozar el mentón del pálido estudiante.

—¡Esta ley física no la olvidará usted en los días de su vida!— exclamó encantado el profesor.

El "físico loco", como lo han apodado algunos de sus estudiantes, es el profesor Julius Miller, de 55 años, que durante 30 años se ha dedicado a presentar los hechos científicos en una forma teatral a los estudiantes, a las amas de casa, a los televidentes, a los miembros de clubs y (lo más importante de todo) a los maestros.

"Los maestros deben presentar demostraciones espectaculares de los principios científicos fundamentales para que los estudiantes se interesen profundamente por ellos", afirma Miller. "Deben darles menos datos, hacer más preguntas, estimular el intelecto. Así los estudiantes descubrirán por sí mismos las respuestas y no las olvidarán".

Se enorgullece de ser "un científico de palillos, cuerdas y lacre". Detesta las "cajas negras": los costosos aparatos científicos en que los alumnos leen un manómetro o un cuadrante sin saber realmente qué ocurre adentro. Para sus lecciones de física ha construido sencillos artefactos experimentales parecidos a los que emplearon los científicos de otras épocas. Por ejemplo, ha duplicado exactamente las "bolas de bronce duras, lisas y muy redondas" y la pista de madera de 12 cúbitos* de largo, medio cúbito de ancho y tres dedos de profundidad" que usó Galileo para demostrar que todos los cuerpos, sin importar su peso, adquieren la misma velocidad al caer la misma distancia.

Los estudiantes de Miller nunca saben qué clase de preguntas les va a hacer para estimularlos a pensar. La mayoría de esas preguntas no se encuentran en los libros de texto:

¿Por qué flamea una bandera? (El movimiento de aire al pasar por los rizos y dobleces de un lado, reduce la presión del otro lado, des-

---

*Un cúbito era la longitud del antebrazo de un hombre, desde el codo hasta la punta del dedo del corazón.

viando la bandera en aquella dirección. La bandera ha tomado ahora una nueva forma, y el aire que pasa del otro lado produce el mismo efecto en la dirección opuesta. Por tanto, la bandera ondea alternativamente de izquierda a derecha.)

¿Por qué la nieve seca o la arena de la playa rechinan a veces a nuestro paso? (En parte porque los copos de nieve o los granos de arena se hacen rozar unos con otros y así entran en vibración a alta frecuencia.)

"¡La gente mira pero no ve!" asegura Miller. "¡Escucha pero no oye! El mundo es un lugar encantado que estimula nuestros sentidos, pero casi nadie hace caso".

Por su extraordinaria habilidad docente, Miller ha dado conferencias en muchas universidades de los Estados Unidos y otros países y ha dado varios cursos especiales de verano para maestros de física desde 1956. Importuna, asombra e inspira a los maestros, tanto como a los estudiantes, para demostrar que la teatralidad es ingrediente indispensable en la enseñanza. "Recuerden esto", les dice, "Si ustedes están muertos y el texto muerto, también tendrán estudiantes muertos".

Miller tiene un fichero de más de 2000 demostraciones de física. Algunas de las que más gustan son:

• *Periódico y tablilla: el peso del aire.* Coloca una tablilla de madera de diez centímetros de ancho por seis milímetros de espesor sobre la mesa del laboratorio, de modo que sobresalga del borde. Luego cubre cuidadosamente con una hoja de periódico la parte que descansa sobre la mesa.

—¿Qué ocurrirá si golpeo el extremo que está al aire? —pregunta—. Observen.

Da un fuerte puñetazo a la tablilla, que se parte y cae al suelo, pero el periódico se queda exactamente donde estaba.

—Schwartz —dice dirigiéndose a uno de los alumnos—. ¿Qué hemos demostrado con este experimento?

—La presión atmosférica, profesor.

—Buen razonamiento, Schwartz. En este caso, el periódico, con una superficie de 58 por 76 centímetros, tenía una presión atmosférica de más de un kilogramo por centímetro cuadrado, o sea una fuerza total de casi 4500 kilogramos encima de él.

Miller le regala el pedazo partido de la tablilla, después de autografiárselo.

• *Aros, discos y esferas: ¿Cómo ruedan?* Miller dispone sobre una mesa una tabla larga y ligeramente inclinada. Muestra un angosto aro de hierro, un sólido disco de madera y una bola de acero, todos de distintos pesos y tamaños. "La cuestión es: ¿Todos estos objetos rodarán a la misma velocidad? ¿O uno ganará a los otros? Vamos a apostar. Escoja cada uno su caballo favorito para esta carrera".

Miller anota las apuestas: cinco por el aro, cinco por el disco, siete

por la esfera. "¡Un momento!" exclama. "Hay 20 estudiantes en la clase y sólo 17 apuestas. ¿Quiénes no escogieron caballo?"

Lentamente se levantan tres manos.

"Falta de entusiasmo", comenta. "Sírvanse abandonar la clase y volver otro día".

Una vez que el avergonzado trío ha salido, Miller realiza la carrera y gana la esfera. Repite el experimento con aros, discos y esferas de diversos tamaños. Siempre ganan las esferas. "*Todas* las esferas ganarán siempre a *todos* los discos, y éstos ganarán a *todos* los aros", declara. "Si quieren ustedes saber por qué, consulten los momentos de inercia de Huygens y las leyes de rotación de Newton. Evidentemente, no es la masa lo que importa sino la *distribución* de la masa".

• *La incompresibilidad del agua.* Miller muestra un frasco de vidrio y dice:

—Puedo enterrar un clavo con esto. ¿No lo creen?

Llena el frasco de agua y lo examina cuidadosamente.

—Tiene que estar absolutamente lleno. Cualquier burbuja nos echaría a perder el experimento, porque el aire tiene una gran compresibilidad.

Satisfecho, corcha el frasco, lo toma por el cuello y usándolo a manera de martillo clava un clavo de ocho centímetros en una tabla de pino blando.

—¿Por qué? —pregunta.

Un estudiante agita la mano con entusiasmo:

—Por la incompresibilidad del agua, profesor. Ese principio lo descubrió Pascal.

—Correcto —dice el maestro complacido.

• *Hervir para congelar.* "Hoy vamos a demostrar algo que nadie se imagina", dice Miller otro día. "Vamos a hervir agua sin calor y en seguida la vamos a congelar *instantáneamente*".

Los estudiantes lo rodean y él pone una cubeta de agua bajo una campana de cristal. Luego pone a funcionar una bomba para hacer el vacío dentro de la campana. A medida que disminuye la presión, la evaporación aumenta y pronto la presión del vapor iguala la presión dentro de la campana. Esto hace que el agua hierva. "Ahora fíjense bien", advierte el profesor. "No quiten la vista del agua, o no lo verán".

Como la evaporación absorbe calor, la temperatura del agua baja, hasta que de pronto el agua borbollante se convierte mágicamente en hielo sólido. "¡Maravilloso!" exclama Miller. "¡Absolutamente desconcertante!"

Está convencido de que los fenómenos físicos interesan a todo el que tenga la más pequeña curiosidad, y le gusta especialmente hablar a las amas de casa sobre las aplicaciones de la física en la cocina. Para asar patatas grandes con rapidez, les recomienda que les ensarten clavos grandes, porque "el me-

tal es excelente conductor del calor". ¿Qué hacer para que no les lloren los ojos cuando cortan cebollas? "Congelarlas ligeramente para reducir la presión del vapor". ¿Cómo se sabe si un huevo está bueno o malo? "La técnica de nuestras abuelas se basaba en un principio físico. Metan el huevo en una cacerola de agua. Si flota, por lo general está descompuesto". (La materia en mal estado se evapora por el cascarón en forma de gas, de manera que el huevo se vuelve suficientemente ligero para flotar.)

El profesor considera la televisión uno de sus mejores instrumentos de enseñanza y se ha presentado en programas en el Canadá, Noruega, Australia y Nueva Zelandia. Ha realizado también una serie de funciones científicas ("El profesor Maravillas") para Walt Disney.

"En mis 30 años de enseñanza", dice, "he tenido unos 6000 estudiantes, mientras que en una sola función de televisión puedo llegar hasta 25 millones de personas a un mismo tiempo. Con los métodos corrientes de enseñanza, esto requeriría 125.000 años. Si logro inspirar siquiera a un Isaac Newton, un Albert Einstein o una Marie Curie, eso valdrá por todo el oropel de la televisión".

¿Qué éxito ha tenido su teatral método de enseñar? En el garaje de su casa tiene acumulados millares de cartas de estudiantes, maestros, aficionados a la televisión y científicos de muchas partes del mundo, personas a quienes ha tocado con la varita mágica de la curiosidad, el entusiasmo y el interés. Un estudiante de Australia le escribió: "¡Encuentro ahora tantas cosas que me maravillan!" Y otro corresponsal le decía: "Siento pena por todos los habitantes del mundo que no saben que todas las esferas vencerán a todos los discos y éstos vencerán a todos los aros".

Un reciente estudiante de Miller en el colegio de El Camino ha concretado en estos términos la opinión que muchos tienen sobre el "físico loco": "O lo ama uno por haberlo despertado intelectualmente, o lo odia por haberlo hecho trabajar tanto; pero Julius Miller es un maestro a quien no se puede olvidar".

Horizontes perdidos

—¿Adónde fuiste a pasar las vacaciones? —le preguntaba una inglesita a otra.

—A Mallorca.

—¿Dónde queda eso?

—No sé; fuimos en avión.

— Robert Graves

¿Puede prevenirse el retraso mental?

Por Albert Maisel

La investigación en el campo de las oligofrenias ha avanzado mucho, pero ni los médicos ni los padres aprovechan gran parte de los conocimientos adquiridos. Si lo hicieran, el terrible azote de la debilidad mental se reduciría a la mitad.

De los males que afligen al género humano, ninguno impone una carga más pesada, sobre mayor número de personas, que la debilidad mental a consecuencia del deficiente desarrollo de la delicada estructura del cerebro.

Hasta hace poco, los médicos se hallaban en un estado de lamentable ignorancia en cuanto a las causas del desarrollo insuficiente de la inteligencia, y no digamos en lo que atañe a los medios para prevenir esta anomalía. Pero no hace muchos años que miles de padres de niños retrasados, en un movimiento de alcance internacional, comenzaron a fundar asociaciones con dos propósitos: establecer centros especiales para la asistencia de sus hijos y fomentar la investigación científica dirigida a librar a los hijos de otros del trágico destino que había correspondido a los suyos propios.

Resultado: *Gracias a los progresos realizados por los investigadores es posible en la actualidad identificar, antes de que se produzcan efectos nocivos, casi 100 causas posibles de lesiones encefálicas, y para no menos de 60 de estas causas se han descubierto medios eficaces de evitar que se lesione el cerebro.*

En 1959 se inició en los Estados Unidos el Plan Conjunto de Investigación Perinatal con objeto de coordinar las actividades de 15 centros médicos y del Instituto para el Estudio de las Enfermedades del Sistema Nervioso y de la Ceguera.

Desde la gestación hasta que la criatura cumple siete años, se hacen los estudios necesarios para descubrir todas las causas posibles de debilidad mental. Se eligen anualmente unas 8000 embarazadas entre las que acuden a la primera consulta prenatal en los hospitales incluidos en el plan conjunto de investigación. En los meses siguientes, cada una de estas futuras madres se somete a 35 estudios especiales y ha de responder a más de 400 preguntas sobre antecedentes médicos, embarazos anteriores, vida familiar e incluso hábitos de alimentación y de fumar. En total se han de incluir 50.000 mujeres en el estudio antes de considerarlo completo.

Durante el parto se registran continuamente el pulso, la tensión arterial y la temperatura de la mujer, y la frecuencia de los latidos cardiacos del feto. Un minuto después del nacimiento se comprueban la respiración, el tono muscular, la actividad cardiaca y los reflejos del niño. Unas 48 horas después se explora detenidamente el sistema nervioso del recién nacido. Y todos los días, hasta que el niño sale de la maternidad, un pediatra lo somete a una exploración completa; se le toman también muestras de sangre. En el primer año de vida, se lleva el niño al hospital cada cuatro meses para estudiar el estado del sistema nervioso y del siquismo. A los 18 meses se le hace el primer electroencefalograma. Después, la exploración se repetirá una vez al año hasta que el niño cumpla los siete.

Del enorme número de datos acumulados hasta la fecha, los médicos han obtenido la solución de docenas de seculares enigmas. Por ejemplo, se sabía hace mucho tiempo que los prematuros tienen mucho mayor predisposición a la debilidad mental que los nacidos a término, pero hasta hace poco se ignoraba qué mujeres eran las más propensas al parto prematuro. Los archivos del plan conjunto de investigación han permitido identificar unos cuantos grupos en los que el riesgo es mayor: mujeres que han tenido uno o más alumbramientos prematuros, mujeres de más de 39 años y muchachas que han concebido antes de los 16.

Como el médico identifica a estas mujeres en la primera consulta prenatal, puede hacer mucho más que antes para evitar el parto prematuro. En los primeros meses de la gestación se prescribe a estas mujeres un régimen alimenticio especial, rico en vitaminas, proteínas y calcio. Después, el parto se pospone a veces con la administración de hormonas, aparte el reposo en cama (que con frecuencia es eficaz para prevenir el alumbramiento demasiado prematuro). Las historias clínicas de unas 2700 mujeres han revelado la relación entre el hábito de fumar cigarrillos y el parto prematuro. Todd Frazier, de la Sección de Estadística de los Institutos Nacionales de Sanidad, ha descubierto que la frecuencia del

parto prematuro es 50 por ciento mayor en las mujeres que fuman hasta 10 cigarrillos diarios que en las que no fuman; en las mujeres que consumen más de una cajetilla diaria, el porcentaje de partos prematuros es más del doble que entre las no fumadoras. En las grandes fumadoras, el problema puede encerrar mayores dificultades. Dice el Dr. Allan Barnes, jefe del departamento de ginecología del Hospital Johns Hopkins: "Obligar a que abandone el vicio una fumadora inveterada no sirve en muchos casos sino para elevar en ella la tensión emocional y crear problemas de alimentación, lo que aumenta los peligros para el feto. Pero, aun en muchas de estas mujeres, el deseo de proteger a sus hijos permite persuadirlas de que disminuyan temporalmente el consumo de cigarrillos".

Durante la gestación, las enfermedades infecciosas causan a menudo lesiones en el encéfalo del feto. Se sabe desde hace mucho tiempo que la rubéola (sarampión alemán) en los tres primeros meses del embarazo es uno de los mayores enemigos del embrión. Sin embargo, hasta hace dos años los médicos no disponían de un medio fidedigno para saber si una mujer que iba a ser madre era o no inmune a esta enfermedad. Por entonces se dio el primer paso de importancia: los virólogos aislaron el virus de la rubéola. Una vez aislado se podía provocar la enfermedad en voluntarias para descubrir el anticuerpo neutralizador.

En 1963 los investigadores de los Institutos Nacionales de Sanidad marcaron el segundo avance de importancia: idearon una reacción para determinar si la futura madre tiene suficientes anticuerpos contra la rubéola. Los participantes del plan conjunto de investigación emplean ahora muchísimo esta reacción; a las mujeres que necesitan ser protegidas se las inmuniza con inyecciones de globulina gamma obtenida de convalecientes de rubéola. Por supuesto, el fin que persiguen más de una docena de grupos de investigadores es lograr una vacuna para inmunizar a todas las mujeres contra esta enfermedad.

Los investigadores del plan conjunto acumulaban pruebas de que la carencia de oxígeno durante el parto es causa frecuente de debilidad mental. Se revisaron las historias clínicas de todos los niños estudiados por el grupo del plan conjunto de investigación, si daban muestras de tener alguna anomalía mental en los primeros ocho meses de vida. En un tercio, los registros de la sala de partos revelaron que el niño había padecido de notable penuria de oxígeno durante el alumbramiento, o inmediatamente después del mismo, por lo prolongado o difícil del parto.

En consecuencia, se emprendió una intensa labor de investigación en busca de medios innocuos para abreviar y facilitar el parto. Por ejemplo, desde hace muchos años los médicos saben que una hormo-

na denominada oxitocina estimula las contracciones de la matriz y acelera el trabajo del parto, pero no podían medir con exactitud sus efectos ni evitar los peligros de la sobredosificación.

En el hospital Johns Hopkins, un grupo de investigadores dirigidos por el Dr. Dhirendra Kumar ha inventado un aparato electrónico para administrar oxitocina, que registra y mide los efectos de este medicamento y que instantáneamente aumenta o disminuye la dosis según sea necesario. Con este nuevo aparato, los médicos han reducido al mínimo el peligro de la carencia de oxígeno en más de 200 casos de parto provocado.

La disminución importante de la frecuencia de los latidos cardiacos del feto durante el parto es causa de que la sangre del nuevo ser no trasporte el oxígeno suficiente para los tejidos. (Se ha demostrado que tan sólo 90 segundos de grave disminución del flujo sanguíneo fetal es capaz de producir lesiones irreversibles en las células del cerebro.) Pero hoy los médicos tienen aparatos electrónicos para registrar y medir la frecuencia de los latidos del corazón del feto. Si ésta disminuye súbitamente, se inyecta al feto un estimulante que, en brevísimo tiempo, hace aumentar entre 10 y 35 el número de latidos cardiacos por minuto (aumento suficiente para evitar la carencia nociva de oxígeno).

Los más notables triunfos de las recientes investigaciones se han logrado contra el numeroso grupo de las denominadas enfermedades hereditarias del metabolismo.* Las pequeñas víctimas de estas afecciones nacen con el cerebro normal, pero con incapacidad congénita para metabolizar normalmente algunas de las sustancias de los alimentos, que se acumulan en la sangre del niño. Se sabe hoy que estas anomalías bioquímicas son la causa de 15 a 20 por ciento de los casos de debilidad mental.

El hígado de los pacientes de fenilcetonuria, por ejemplo, no produce una enzima indispensable para la degradación de la fenilalanina, aminoácido contenido en la leche de mujer y en la mayor parte de las proteínas de los demás alimentos que consumen los niños. Si este trastorno se diagnostica a tiempo, la prescripción de un régimen dietético especial evita que se produzcan lesiones en el cerebro.

El diagnóstico precoz de la fenilcetonuria es de vital importancia. Hace unos cuantos años, los métodos para identificar esta enfermedad sólo tenían aplicación en niños de cuatro a ocho semanas, cuando el metabolito anormal que lesiona insidiosamente el encéfalo comienza a "derramarse" por la orina. Para entonces, el recién nacido y la madre habían abandonado casi siempre el hospital, de manera que las víctimas de la fenilcetonuria quedaban sin diagnosticar hasta que la debilidad

*Véase *La ciencia trabaja para los niños*, en SELECCIONES de mayo de 1961.

mental era notoriamente avanzada.

Después, en 1958, el Dr. Robert Guthrie, microbiólogo del Hospital de Niños de la Universidad de Buffalo, comenzó la busca de una sustancia que reaccionara con las más pequeñas cantidades de fenilalanina que hubiese en la sangre. Su investigación terminó al descubrir que un microorganismo, el *Bacillus subtilis,* utiliza como alimento sustitutivo los metabolitos anormales de la fenilalanina cuando se le priva de un nutriente esencial. La sangre de los niños normales no tiene influencia sobre el desarrollo de los cultivos de *Bacillus subtilis* en medios que carecen de una determinada sustancia nutritiva. Pero si el niño tiene fenilcetonuria, una gota de sangre añadida al medio de cultivo hará que los bacilos se multipliquen rápidamente y se forme un halo muy visible alrededor del pequeño disco hemático.

Con la prueba del Dr. Guthrie se diagnostica la fenilcetonuria en niños de sólo dos días. La oficina de profilaxis de enfermedades de los niños, del gobierno de los Estados Unidos, y 32 departamentos estatales de sanidad de este mismo país han terminado recientemente una amplia investigación en la que se analizaron la sangre y orina de 400.000 recién nacidos; los resultados indican que la frecuencia de la fenilcetonuria es quizá cuatro veces mayor de lo que se suponía. En consecuencia, la práctica de la reacción de Guthrie se ha hecho obligatoria en todas las maternidades de Nueva York y Massachusetts. El Dr. Guthrie y sus colaboradores han ideado también métodos que extienden el empleo de esta reacción para el diagnóstico simultáneo de otros dos trastornos metabólicos que causan lesiones del cerebro.

De todas las enfermedades que detienen el desarrollo de la inteligencia, las más desoladoras son, tal vez, las que lesionan el encéfalo del niño después de varios años de aparente desarrollo normal. La enfermedad de Wilson, por ejemplo, es una bomba de tiempo bioquímica, pues la lenta e incesante acumulación de cobre en el hígado, sangre y encéfalo producida en el curso de este trastorno, no origina en muchos casos manifestaciones clínicas hasta que las víctimas cumplen diez o más años. Hasta hace poco, nada había para evitar el progreso de esta enfermedad, que se caracteriza por temblor y otros movimientos involuntarios y el déficit mental, síntomas todos de intensidad creciente.

Para tratar la enfermedad de Wilson se emplean medicamentos que aumentan la excreción urinaria de cobre y se excluyen de la alimentación los productos ricos en este metal, como, por ejemplo, hígado, setas y ostras. Pero como el diagnóstico no llegaba a establecerse hasta que aparecían signos como el anillo pardo-verdoso del limbo de la córnea, el tratamiento era tardío para impedir la intoxi-

cación progresiva del cerebro. En la Facultad de Medicina Albert Einstein, los doctores Irmin Sternlieb e I. Herbert Scheinberg han ensayado un método para determinar la concentración sanguínea de ceruloplasmina (proteína cúprica azul) en los individuos sospechosos de haber heredado la enfermedad. Si la concentración sanguínea de ceruloplasmina es muy baja, y si otras pruebas confirman el diagnóstico, el tratamiento medicamentoso y el dietético se comienzan sin tardanza. Y así sucede que de entre los pacientes de la enfermedad de Wilson aumenta el número de los que, habiendo estado en tratamiento hasta durante ocho años, no tienen síntomas de lesiones cerebrales.

Ciertos estudios recientes demuestran que las lesiones del cerebro por intoxicación con plomo —a causa de la ingestión de pequeños fragmentos de pintura de las paredes o por masticar juguetes pintados— se producen con mayor frecuencia de lo que sospechaban los médicos. El año pasado, en Dallas, en el Centro Médico para Niños, los doctores Jo Ann Whitaker y John Nelson inventaron un método sencillo para descubrir la intoxicación por el plomo antes de que se produzcan lesiones cerebrales irreversibles. En los casos sospechosos, administran al paciente pequeñas dosis de edatamil cálcico disódico, sustancia que se emplea en los pacientes de intoxicación confirmada para eliminar el plomo del organismo. A continuación determinan el plomo excretado en la orina. Si éste excede de una determinada cantidad, se comienza el tratamiento con las dosis ordinarias de edatamil cálcico disódico.

La investigación de las lesiones cerebrales de los niños, tanto de las que se producen antes del nacimiento como después del mismo, ha hecho grandes progresos que todavía no se han aplicado en la práctica. El Dr. Stafford Warren, asesor especial de los presidentes Kennedy y Johnson sobre el problema de los débiles mentales, ha dicho: "Las víctimas de la debilidad mental podrían hoy reducirse a la mitad si, en la lucha contra esta alteración del desarrollo síquico, aplicáramos todos los conocimientos adquiridos en los últimos años".

La aplicación efectiva de los conocimientos actuales sobre las oligofrenias es un quehacer urgente de los médicos, de los padres y aun de todos los que van a ser padres en un futuro próximo.



HACER uno su vida y dejar a los demás en libertad de hacer la suya no es bastante; hacer uno su vida y *ayudar* a los demás a hacer la suya no es demasiado hacer.

—O. E. M.



"¡Nabiza! ¡Nabiza! Échame la trenza".

Y colorín colorado...



Sin estos dos eruditos alemanes, los cuentos más encantadores del mundo tal vez hubieran desaparecido para siempre.

POR GEORGE KENT

HABÍA una vez en Alemania un par de hermanos que eran muy unidos y compusieron entre los dos un libro. Tan poco pagados de sí mismos y de sus obras eran ambos, que nunca creyeron que ese libro produjera mayores ganancias y lo habrían dado de balde a los editores.

Gran sorpresa fue para ellos que el libro resultase un enorme éxito. A la verdad, ha continuado siéndolo año tras año: exceptuando la Biblia, es el libro del cual se han hecho más ediciones, el más famoso, el más leído, el que, por lo general, la gente recuerda con más frecuencia. No bajan de 20.000 las ediciones, ni de mil millones de ejemplares las ventas. Lo han tra-

ducido a más de 50 idiomas en unos 40 países. A los 152 años de haberse impreso por primera vez, continúan haciéndose nuevas ediciones y el libro sigue ejerciendo su mágica influencia en nuestro modo de escribir, de pensar, de ver la vida.

Más que por el título de *Cuentos para niños y el hogar* con que la bautizaron los autores, los hermanos Jacobo y Guillermo Grimm, la obra se conoce con el de *Cuentos de los Hermanos Grimm*. La historia de su publicación es uno de los capítulos más extraordinarios en los anales del libro.

Comienza cuando un catedrático aficiona a los hermanos Grimm a las investigaciones históricas. Al explorar el pasado, ambos se sienten cautivados por los cuentos infantiles, aunque no precisamente por el interés que puedan tener para los niños. Para los Grimm, eruditos afanosos de saber, los cuentos de antaño encerraban valor semejante al que tienen para el arqueólogo los fragmentos de cacharros; como éstos, aquéllos arrojan un rayo de luz sobre la historia de la humanidad.

Formaban esos cuentos parte de la gran tradición oralmente trasmitida desde mucho antes que el hombre inventase la escritura. Aunque se habían publicado colecciones de algunos, eran muchos más los que, por no habérseles dado nunca expresión escrita, se conservaban sólo en la memoria de unos pocos campesinos ancianos. Al morir ellos desaparecerían también tales relatos, cuya antigüedad se remontaba a veces a miles de años. Urgía, en consecuencia, trasladarlos al papel antes de que sus narradores dejaran este mundo.

Tenía Jacobo Grimm 22 años de edad y su hermano Guillermo 21 cuando ambos se dieron a la tarea de buscar ancianos poseedores de buena memoria. No era empresa fácil. A quienes se sabían al dedillo aquellos cuentos les pareció que los Grimm andaban mal de la cabeza. Pues, de no ser así ¿cómo podrían importarles a dos hombres hechos y derechos las brujas, las piedras que hablan y las casitas fabricadas de pan de jengibre? Sin embargo, esos dos señores eran jóvenes simpáticos, persuasivos . . .

Así, cierto pastor pasó una tarde muy agradable contándoles cuentos a cambio de una botella de vino. Un veterano sargento de caballería, escaso de dinero como estaba, recibió unos pantalones remendados en pago de haber referido unas cuantas consejas. No tan dispuesta se mostró a contar las que sabía una vieja de cierto asilo de ancianos. Dijo que era exponerse a que la encerrasen por loca si la veían contándoles a personas mayores cosas que sólo estaban bien para la gente menuda. Guillermo Grimm hizo entonces que un amigo suyo que tenía hijos pequeños fuese con ellos a pedirle a la vieja que les contase cuentos. Y comenzó ella de buena gana: "Había una vez . . . " El amigo escribía lo que la vieja iba

contando, y Guillermo Grimm lo escuchaba, oculto detrás de una cortina.

La mejor fuente de información la hallaron los Grimm en la esposa de un sastre. Además de narrar muy bien, lo hacía valiéndose siempre de las mismas palabras, de suerte que, si por haber hablado demasiado aprisa le pedían que repitiese lo dicho, volvía a contarlo más despacio y sin cambiar una sílaba.

Al cabo de cinco años habían



"¡Qué casa tan preciosa!" exclamó Margarita. "Dan ganas de comérsela".

reunido los Grimm 86 cuentos. Como quiera que ambos cifraban su empeño en la investigación erudita y no les interesaba el mérito que esos manuscritos pudiesen tener como obra de entretenimiento, los guardaron en un anaquel "como material de consulta". Allí habrían quedado tal vez, si un amigo de los Grimm, Achim von Arnim, que estaba de visita en el lugar, no hubiera leído algunos de ellos. "¡Qué colección tan maravillosa!" exclamó. Insistió luego en que había que publicarla, y él mismo se encargó de arreglar la edición con un impresor de Berlín.

Poco antes del día de Navidad de 1812 se puso en venta la primera edición de *Cuentos para niños y el hogar*, de la cual se habían hecho dos tiradas, una en papel fino y otra en papel corriente. Por haberse escrito los cuentos tal y como salieron de labios de los ancianos que los contaron, es decir, en lenguaje llano y sin digresiones moralizadoras, el libro fue de fácil lectura para los niños y alcanzó enorme popularidad.

Entre los cuentos de esa primera edición había ya muchos de los que hoy hemos leído todos: *Blancanieves*, *El Rey-Rana*, *La Cenicienta*, *Nabiza*, *Pulgarcito* y varios más. Siguieron a este otros dos libros, lo cual aumentó a 210 los cuentos recopilados por los hermanos Grimm.

Muchos de estos cuentos datan de una época en que no era fácil distinguir entre el mito y la realidad. El largo sueño de *La bella durmiente* bien podría representar el invierno; su despertar, el beso de la primavera. El triunfo de *La Cenicienta* quizá signifique el sol brillante de la mañana después de una noche intranquila. Cabe observar, de paso, que de todos los cuentos de Grimm, el de *La Cenicienta* es el más difundido; de él existen hasta 345 versiones y se le conoce actualmente en todos los países del mundo.

Algunos de esos cuentos prodigio-

sos son "ejemplo de bobos", de los que se valen las madres de niños apocados para despertar en ellos la confianza en sí mismos. Héroe de estos es el individuo pobre, amilanado, hasta estúpido, que llega a ser dichoso y opulento, no tanto por su propio esfuerzo cuanto por la ayuda que recibe de la Providencia mediante un ave, un anciano bondadoso o una hechicera de buen corazón. Los malos se ven invariablemente castigados, con frecuencia en forma espantosa.

No tardaron los cuentos de Grimm en llegar, en diversas traducciones, a todos los niños del mundo civilizado, que los leían o los oían leer. Incluso se hicieron versiones al suaheli, el tayik, el bengalí y muchos otros idiomas de Asia y África. Al llegar a la selva en esas versiones, los antiguos relatos sufrían ciertas alteraciones. Así por ejemplo, en alguna versión el medio de trasporte que utiliza la Cenicienta para ir al baile es una canoa; en África, la casa de la bruja, en el cuento de *Juanito y Margarita*, no tiene paredes de bizcocho: está hecha de sal, que es en África una golosina más apetecida; dado que en los países de clima tórrido se desconoce la nieve, Blancanieves se convierte, para algunos de ellos en Blancaflor.

De los cuentos de los hermanos Grimm se han hecho más de 200 arreglos, tanto para la escena viva como para el teatro de títeres. Entre las 40 o más óperas a las que han servido de argumento, es la más famosa *Hänsel und Gretel*, de Humperdinck. Los compositores, particularmente los de *ballet*, han tenido marcada preferencia por *La bella durmiente*. A lo anterior ha de añadirse el gran número de composiciones para orfeón, de novelas y películas inspiradas en los cuentos de Grimm.

Los dos hermanos que reunieron tan abundante tesoro literario para legárselo al mundo, eran los hijos mayores de los seis que formaban la familia de un abogado de Hanau, ciudad de Alemania. En ese hogar, donde lo estricto de la disciplina no estaba reñido con la alegría, crecieron los dos hermanos a los que unió toda la vida profundo afecto. Fueron compañeros de estudios en el colegio, y más adelante en la universidad, en la que, en cumplimiento del deseo expresado por el padre en su lecho de muerte, cursaron la carrera de leyes. Compañeros continuaron siendo al escribir sus obras. Y sin embargo, pocas personas difieren tanto entre sí como los dos hermanos.

Jacobo, de corta estatura, ojizarco, de mirada penetrante, era hombre dotado de gran talento, circunspecto, pulcro, que no fumaba y apenas probaba el licor. Fue poco dado a la vida social y nunca contrajo matrimonio. Guillermo, un año menor que su hermano, al cual aventajaba en estatura, era bien parecido, de carácter jovial y ojos de mirada soñadora. Muy inclinado a alternar con sus semejantes, le encantaba pasar una vela-

da entre amigos y entonar con ellos antiguas canciones populares. Tanto Jacobo como Guillermo sabían ganarse la simpatía de cuantas personas pudiesen referirles un cuento; pero fue Guillermo, con sus naturales dotes de narrador, quien escribió la versión definitiva en la forma conocida de todos nosotros.

Aunque Guillermo siempre tuvo ojos para el bello sexo, no se casó antes de cumplir los 40.

Tomó por esposa a la hija de un farmacéutico que le había ayudado en la busca de sus cuentos, y una vez casado quiso que Jacobo se fuera a vivir con él y su mujer. Hombre de gran corazón, pese a la austeridad de su carácter, Jacobo vino a ser parte integrante del nuevo hogar. Llegó a sentir por los tres hijos de Guillermo cariño de padre. En el ambiente de aquella casa siempre bulliciosa y alegre, los niños iban y venían a su antojo. El único lugar que estaba vedado a los alborotadores chiquillos era el gabinete de trabajo del tío Jacobo. Todas las noches, a la hora de irse los niños a la cama, Guillermo los arrullaba con algún cuento.

Cincuenta años estuvieron ambos hermanos dedicados al estudio de la antigüedad. Repasando viejos pergaminos acopiaron materiales para una serie de obras de títulos tan imponentes como *Antigüedades del derecho germánico* y *Leyendas heroicas alemanas*. Para poder estudiar y traducir al alemán las leyendas y mitos de Noruega, Dinamarca, Escocia e Irlanda, aprendieron a leer varios idiomas. Llevados del entusiasmo que despertó en ellos la lingüística, contribuyeron a dar fundamento científico a esta rama del saber. A Jacobo, cuya participación fue mayor en esos estudios e investigaciones, se le ha llamado "padre de la filología".

Aunque el éxito de ambos hermanos había sido completo en el campo de la erudición, en lo económico escasamente consiguieron mantenerse a flote. Autores de una obra cuya difusión universal raya en lo fabuloso, percibieron por ella poco menos que nada.

En sus últimos años se dedicaron a preparar el monumental diccionario que debía ser su obra maestra. Desgraciadamente, este trabajo se vio interrumpido en la letra "F". Jacobo estaba escribiendo la palabra *Frucht* (fruta) un día de setiembre de 1863 cuando se sintió enfermo. Murió una semana después, a la edad de 78 años. Cinco años antes había fallecido Guillermo, quien, siempre enfermizo, padecía asma y una afección cardiaca. En 1960, el diccionario tan brillantemente comenzado por los hermanos Grimm y continuado a la muerte de ellos por otros autores, salió por fin a luz. Consta de 32 tomos y es digno monumento de quienes lo iniciaron. Sin embargo, lo que está destinado a sobrevivir eternamente es su pequeño libro de cuentos para niños.

Dibujos de Wanda Gag, cortesía de Coward-McCann, Inc.

Ese tipo de música, tan machacante como familiar al oído, constituye un fenómeno de nuestro tiempo... y ha echado raíces profundas en todos los países.

¿Qué ven los jóvenes en el rock'n'roll?



POR JEREMY LARNER

Condensado de "The Atlantic Monthly"

¿A QUÉ se debe que la música de *rock'n'roll* conserve una popularidad sin precedentes? Desde su aparición, hacia 1954, se la ha censurado porque "habla a lo más bajo del hombre", "desata la animalidad y la vulgaridad" Muchas iglesias y organismos sociales, indignados tras de las revueltas de adolescentes que se produjeron en varias ciudades al terminar unos conciertos, han venido pidiendo con insistencia que se prohíba el *rock'n'roll.*

Sin embargo, contra viento y marea, el *rock'n'roll* goza de una popularidad que va mucho más allá de los simples caprichos de la moda. Y es que esta música responde a una necesidad emotiva de raigambre muy profunda; a una necesidad que se satisface con el ingrediente básico de todo *rock'n'roll*: su ritmo insistente, tan sencillo como pesado.

En lugar de la estructura melódica tradicional formada por 32 compases, los compositores de música de *rock'n'roll* repiten una y otra vez las melodías de 8 o de 12 compases. El instrumento más utilizado para tocarlo es la guitarra eléctrica. Y, sea cual sea la nacionalidad del intérprete, parece que es indispensable

imitar las inflexiones de voz de las tonadas negras y campesinas de los Estados Unidos. Tanto es así, que los Beatles, criados, como se sabe, en Liverpool (Inglaterra), cantan con acento del Tenesí rural.

Cuando el oyente se entrega al ritmo, su mente parece liberarse de las ataduras que la mantienen dentro del tiempo y del espacio. Ya no se siente un extraño en el ambiente que lo rodea. Dijérase que el arduo mundo exterior se torna confuso e irreal. La única realidad es el latido del pulso; no hay más proyección que el ritmo. Las preocupaciones terrenales quedan sumergidas por una oleada de creciente exaltación. Sueño y soñador se funden, sentimientos y objetos se amalgaman; el universo entero queda comprimido dentro del ambiente rítmico, en el que todas las cosas se unifican para golpear hacia adelante, al compás, con una regularidad innegable.

El *rock'n'roll* es la única forma musical de nuestro tiempo que busca esos efectos en forma exclusiva. Claro que también se pueden obtener con el *jazz*, pongamos por caso. Pero la esencia del *jazz* es su constante improvisación, una improvisación que se alimenta de infinita variedad de estados de ánimo y que requiere una atención tan absoluta como continua. El *rock'n'roll*, por el contrario, adormece la capacidad de mantenerse atento. Sus sacudidas incesantes tienden a crear una especie de monotonía hipnótica. Desde este punto de vista, el *rock'n'roll* es la más reciente manifestación de la serie de ritos practicados desde la más remota antigüedad con el propósito de provocar un éxtasis de carácter místico, relacionado con fenómenos religiosos casi siempre.

Así pues como ofrece ese tipo de satisfacción emocional, el *rock'n'roll* ha recorrido el mundo con un éxito desconocido en otros tipos de música popular. En Inglaterra, por ejemplo, cada vez que se exhibe una película de Elvis Presley o de Bill Haley, se desencadenan verdaderos motines. La misma reina Isabel pidió que le dieran una proyección privada de la película de Haley *Rock Around the Clock*. Bill Haley, antiguo intérprete de canciones campiranas de los Estados Unidos, fue también contratado para actuar en persona en una fiesta organizada para celebrar los 21 años del duque de Kent.

Sin embargo, son los chicos y chicas de 13 a 15 años los que compran la mayor parte de los discos de *rock'n'roll*. Parece ser que todos los chicos de esa edad coleccionan discos de 45 revoluciones. Un compositor del género me explicaba que "entre los 13 y los 15 años, los jovencitos forman una verdadera comunidad. Todo lo hacen juntos y de modo idéntico. Después se dispersan, cada cual toma su camino y adopta un conformismo de un tipo mucho más complejo".

No obstante, cuando el adolescente está preparado para iniciar una vida más compleja, el *rock'n'*

roll se ha convertido en parte integrante de su conformación mental. Y es que esa música ha desempeñado un papel definitivo en la preparación del joven para "abrir los ojos". De allí en adelante, aun cuando deje de comprar discos del género, seguirá aceptando el *rock'n'roll* como uno de los ruidos de fondo de su vida cotidiana, de la misma manera que los habitantes de las ciudades aceptan el incesante barullo del tráfico. Debemos preguntarnos, por consiguiente, a qué se debe que, en nuestra época, con la llegada de la pubertad, las nuevas generaciones se vuelvan tan adictas al *rock'n'roll*. ¿Qué es lo que les proporciona esta música?

Quiéralo o no, el adolescente tiene que enfrentarse con el problema de llegar a ser un adulto. La infancia queda lejos y sus oportunidades para jugar se reducen cada día que pasa. Es hora de empezar a tomar esas decisiones que lo limitarán a un tipo dado de enseñanza, a una ocupación y a una compañera. Al precio que sea y como sea tendrá que ajustarse a una sociedad de ese tipo y vivir de acuerdo con sus valores.

Al renunciar a la infancia, renuncia también a su preciosa libertad sin responsabilidades. Por eso es inevitable que el muchacho sienta una inmensa frustración y, simultáneamente, la necesidad de expresar esa frustración sin cortapisas. Yo sostengo que el *rock'n'roll* presta un doble servicio a los jovencitos. Los hace sociables y, al mismo tiempo, sirve de escape inocente a sus sentimientos antisociales. ¿Es esto una contradicción? Y bien, ¿por qué no? En la misma medida, muchos adultos de nuestra época se fortifican por medio de estimulantes, para buscar luego la calma que les proporcionan las drogas tranquilizadoras. Buena parte de la aparente estabilidad de nuestra sociedad se mantiene gracias a determinadas fuerzas que, como el *rock'n'roll*, producen la agitación con el único objeto de mitigarla.

El *rock'n'roll* actúa de dos modos distintos a la vez. Al parecer incita al tumulto y a la destrucción; pero es de notar que también disipa los impulsos tumultuosos y destructivos, antes de que éstos se conviertan en acciones. Aun cuando la letra del *rock'n'roll* parezca llevar un mensaje "saludable", el ritmo sigue su marcha construyendo orgiásticamente las más salvajes fantasías. En pocas palabras: al entregarse al *rock'n'roll*, los chicos aprenden a encauzar su descontento y sus impulsos agresivos. Esto no quiere decir que los encaucen porque los entiendan o los analicen, ni que se lancen a una rebelión consciente contra las normas sociales. Por el contrario, se someten a través de una purga manufacturada.

El amor es un problema crucial para la juventud. Apenas los adolescentes empiezan a interesarse en lo sexual nuestra cultura los encauza hacia el matrimonio y la formación de una familia. Las canciones populares de la generación

anterior cubrían también de adornos sentimentales los valores del "amor verdadero".

El *rock'n'roll* trata la idea del "amor verdadero" con su duplicidad característica. Si la letra, por lo general, no se rebela ante ese concepto, la música expresa el oculto deseo de hacerlo trizas y de atacarlo a ciegas. Tomemos por ejemplo la canción *Bye Bye, Love*, que tanto éxito tuvo en los últimos años. Aunque su letra hable con familiaridad de las penas del amor y del corazón destrozado por la falta de ese "amor verdadero", las sacudidas rítmicas de la canción trasmiten un sentimiento totalmente distinto: el de marchar sin descanso, por encima de los sufrimientos amorosos y de las dificultades. De esa manera, el adolescente puede cumplir con la formalidad de rendir pleitesía a determinados sentimientos, de los que la música se ha independizado por completo. Así, a la vez que expresa el conflicto en que lo colocan las actitudes convencionales hacia el amor y el sexo, encuentra el medio de establecer una tregua con ellas.

Pero ese no es el único modo como el *rock'n'roll* ayuda a salvar el abismo que media entre la infancia y el mundo amenazador de la independencia de los mayores. Los adolescentes representan, por otra parte, una verdadera fuerza económica en el momento actual, ya que, literalmente, gastan miles de millones de dólares al año en sus diversas compras. Para ellos el *rock'n'roll* representa un producto especial con el que se identifican plenamente. Otras personas podrán escuchar la misma música; pero el *rock'n'roll* pertenece a los jovencitos; ellos son quienes lo pagan. Además, el que muchos adultos sientan aversión por el *rock'n'roll*, significa desde el punto de vista de los adolescentes una ventaja más: la juventud quiere desafiar al mundo de los mayores con algo poderoso que les pertenezca completamente, aunque ese desafío sea más una competencia que una rebelión.

Y eso es justamente lo malo del *rock'n'roll*: que acepta y rechaza al mismo tiempo los valores de nuestra sociedad, sin pasar por la etapa de los interrogantes. En ningún momento hay el esfuerzo de encararse con la realidad. El *rock'n'roll* es la música de los chicos que son, alternativamente, rebeldes resentidos y hombres adaptados al mundo de hoy, o, tal vez, rebeldes resentidos en vías de adaptación.



Mucho más aprendemos del mundo y de nosotros mismos con una caminata campestre de media hora, que en un vuelo alrededor del mundo a dos veces la velocidad del sonido.

— Charles Yost, en *The Age of Triumph and Frustration*. (Editores: Speller)

Lo que significa estar casada con un hombre cuyo primer amor fue, y sigue siendo, una avioneta.

POR GRACE BARBOR

Me casé con un avión



Condensado de "Air Facts"

EL AVIÓN se me había adelantado. A más de pasar el examen de sangre exigido para obtener la licencia de matrimonio, hube de someterme a otro para comprobar que no me mareaba en el aire. Y tuve luego que jurar no sólo honrar, amar y obedecer a mi prometido, sino también que volaría en el avión monomotor que era su primera pasión.

Conocí al avión aquel hace cinco años, en Niágara Falls (Nueva York), mi pueblo natal. Entonces volé por primera vez en mi vida.

Mientras el ruidoso motor se ca-

lentaba, me dediqué a abrocharme torpemente el cinturón de seguridad. Me habían plantado en el asiento del copiloto, y el del piloto lo ocupaba el hombre que estaba llamado a ser mi marido, si bien esto yo entonces lo ignoraba.

Por radio Peter pidió permiso a la torre de señales para despegar. Unos segundos después la proa del avión apuntaba hacia el cielo azul. Mientras el ruido del motor hacía estremecer la cabina de cuatro plazas, yo me agarraba al borde del asiento. Luego Peter inclinó el aparato para virar hacia la derecha, y de pronto advertí que la tierra ascendía oblicuamente hacia nosotros. Con igual rapidez me acometió el mareo, pero me llevé la mano a la boca, firmemente decidida a no dejarme vencer por él.

El avión se enderezó, y después de unos segundos me aventuré a mirar hacia abajo. Allí vi una pequeña copia de las cataratas del Niágara despeñándose en el precipicio. Los violentos rabiones y formidables cataratas, que yo siempre había contemplado con temeroso respeto, parecían entonces serenos e inofensivos, vistos desde 750 metros de altura. Fascinada por el panorama, casi me olvidé de mi estómago.

Afortunadamente el vuelo duró menos de 20 minutos. Retuve el aliento cuando el avión rasó la superficie de la pista de aterrizaje, y me hice un nudo a la espera del golpe que supuse ocurriría al tocar el suelo. Una vez en el hangar, Peter apagó el motor y me sonrió: "Bueno, ¿te gustó?"

Sus ojos azules brillaban de orgullo. Yo le tenía demasiado apego para decirle lo que en realidad pensaba.

La sensación de libertad que da el vuelo, y los nuevos y sorprendentes panoramas que revela, siempre habían apasionado a Peter. No bien pudo justificar su posesión de un avión, pues lo utilizaría en su profesión de ingeniero metalúrgico, la cual le obligaba a hacer frecuentes viajes para visitar fábricas situadas a grandes distancias unas de otras, no vaciló en adquirir uno.

Durante nuestro noviazgo, el típico paseo semanal consistía en volar alguna distancia considerable para ir a comer con unos amigos, o efectuar un vuelo de varios cientos de kilómetros a fin de presenciar un partido de fútbol. Mis compañeras en el diario donde yo trabajaba entonces alzaban las cejas con asombro cuando les contaba mis excursiones. Me convencí de que el hecho de que hubiera un avión en mi vida me "distinguía". En cuanto a mis padres, esperaban que la cosa no se prolongase.

Pero sí que se prolongó. El avión nos acompañó en nuestra luna de miel, que consistió en un vuelo trascontinental a San Francisco, ciudad a la cual habían trasladado a Peter. Y nunca ha dejado de andar con nosotros desde entonces. El avión y yo acompañamos a mi esposo en sus frecuentes viajes de

negocios, y al planear nuestras vacaciones, invariablemente elegimos lugares a los cuales podamos ir los tres juntos.

Hoy, después de tres años (y de ingerir muchas píldoras de dramamina), he aprendido a no tratar de competir con el avión, sino a aceptarlo. Bien sé que ni los vestidos de grandes escotes ni el más delicioso de los *soufflés* consiguen distraer a un piloto privado de su primer amor.

Mi rival es un Piper Comanche azul y blanco, que constituye la envidia de nuestros amigos, aunque no de sus esposas. Su matrícula, impresa en grandes números en ambos costados, es 5000P. La P, en la jerga de la radiocomunicación, se convierte en "Papá".

Siempre que el negocio o la diversión se halla a más de cuatro horas en automóvil de nuestro apartamento en San Francisco, ¡ya estamos volando en el avión! En realidad esto no es sino un modo de decir. Primeramente, hay que encerarle las alas de cinco metros antes de la partida a fin de que se deslice por el aire con más rapidez. Mientras mi marido discute con el mecánico, dos o tres hangares más allá, los relativos méritos de algún nuevo sistema de navegación y de un radiogoniómetro automático, soy yo, generalmente, quien ejecuta el trabajo de encerar. Ya he descubierto que la cera se aplica con más facilidad si canto mientras desempeño la tarea: "No hay modo más hermoso de viajar que el volar. Y soy una esposa muy dichosa con mi avión particular".

Cuando tenemos por delante todo un día de vuelo nos levantamos a las cuatro de la mañana, preparamos el desayuno y lo empaquetamos junto con dos termos llenos de café. Luego empleamos una hora en ir en automóvil hasta el aeródromo de aviones particulares, situado al lado opuesto de la bahía, cargamos el aparato y averiguamos el estado del tiempo antes de despegar, cosa que ocurre a la madrugada.

Comprobar el estado del tiempo es importante. Nosotros nos guiamos por el Reglamento de Vuelo Visual, lo cual quiere decir que debemos estar en condiciones de ver por dónde vamos. El Departamento Federal de Aviación de los Estados Unidos tiene estaciones de informes meteorológicos, perfectamente equipadas, en todos los aeródromos del país. Sin embargo, mi marido descubrió hace tiempo que, desde el punto de vista sicológico, es mejor para mí ocuparme en limpiar el rocío de los cristales del avión que enviarme a esos lugares. Por tanto es él quien, entre el zumbido de los teletipos y entre miles de mapas marcados con marañas de líneas y flechas, se entera de que el frente de una tormenta avanza desde el norte; de que hay nubes bajas y niebla hacia el sur, pero que hacia el oriente hallaremos buen tiempo si despegamos sin demora y nos adelantamos a los gi-

gantescos cúmulos que se están formando detrás. Informes de esta clase, si soy yo quien los recibe, me hacen vacilar en mi resolución.

Soy copiloto del avión. Esto significa que estoy encargada de servir el café, encontrar y plegar los mapas y escudriñar el cielo por si vienen otros aviones. Cuando el piloto automático (dispositivo eléctrico que dirige el aparato con más suavidad que el piloto... aunque yo nunca le diría tal cosa a mi marido) no está en funcionamiento, puedo guiar el aparato durante cortos períodos.

El ardid para mantener el rumbo consiste en elegir un objeto visible en el horizonte, ya sea la cumbre de una montaña o la orilla de un lago, y asestar hacia él la proa del avión oprimiendo los pedales de timón con gran delicadeza y moviendo apenas el volante de mando para evitar que el aparato se desvíe. Se trata de una operación tan delicada que un estornudo, o un pestañeo prolongado, puede ser causa de que el avión derive hasta 15 grados... y provocar una reprimenda del piloto.

Mientras más vuelo, menos temible me parece el asunto. Las ráfagas ascendentes que se encuentran al pasar sobre las montañas solían ponerme verde del susto; ahora me limito a asegurarme el cinturón, y las espero. Y si la manecilla indicadora de la brújula de radio da de pronto media vuelta, ya no se me escapa un grito de terror, sino que comprendo que acabamos de pasar sobre la estación radioemisora de señales.

Y a medida que comparto más lances de aviación con mi marido, nuestro matrimonio parece consolidarse. Me sentí especialmente unida a él cierta noche de abril. Nos hallábamos en la última etapa de un viaje de San Francisco a Niágara Falls. Ya al este de Detroit, a una hora de vuelo de esta ciudad, el suelo desapareció, velado por la niebla. Hacia el norte veíamos solamente la oscura y vasta extensión del lago Ontario. De pronto un relámpago iluminó el cielo a nuestra derecha. Luego cayó un rayo delante de nosotros y descubrimos grandes y lóbregas columnas de nubes de tormenta que se alzaban en el cielo nocturno como siniestros gigantes. Yo sabía que las ráfagas violentas producidas por una tempestad eléctrica pueden derribar una avioneta.

Sintiendo que la sangre me golpeaba en los oídos, miré a mi esposo. Él se había puesto en comunicación radiotelefónica con Niágara Falls, en tanto que con los ojos seguía el movimiento de la tormenta. La torre de Niágara nos informó que el aeropuerto de allí estaba cerrado a causa del mal tiempo y que también en Toronto había niebla. A todo el tráfico aéreo se le estaba desviando hacia Buffalo (Nueva York), donde el cielo se mantenía aún despejado, si bien había tormentas eléctricas en la zona.

—Torre de Niágara, llama Papá

5000, un Comanche —dijo Peter al micrófono—. Nos proponemos aterrizar en Buffalo, pero hay tronadas en esa dirección, directamente delante de nosotros.

La voz del empleado de la torre de Niágara preguntó por nuestro altavoz si el Comanche Papá 5000 tenía autorización para volar dirigiéndose por instrumentos.

—No —repuso mi marido.

Yo aguardaba con ansiedad la contestación de la torre.

—Comanche Papá 5000, tenga confianza y aguarde —dijo la voz, que enmudeció acto seguido.

En la noche solitaria comenzamos a describir círculos, esquivando lo mejor que podíamos las nubes cargadas de electricidad. Volábamos despacio, con el acelerador casi cerrado. La espesa niebla que se extendía allá abajo reflejaba con fulgores plateados la luz de las estrellas, visibles entre los oscuros nubarrones. Nos manteníamos bastante lejos del lago color de tinta. Como una docena de ojos redondos y avizores, las luces del tablero lucían en la oscuridad. Los manómetros indicaban que ambos depósitos de gasolina estaban llenos en sus tres cuartas partes. De pronto volvimos a oír la voz:

—Comanche Papá 5000, llama la torre de Niágara.

Agregó que ésta nos vincularía con el radar de Buffalo. Inclinada sobre el receptor oí decir a la voz que siguiéramos el rumbo uno-dos-cero; luego, que viráramos a la derecha para tomar el dos-uno-cero, y por último que el radar de Buffalo ya nos había descubierto. La Oficina de Control de Acceso nos dirigió y nos fue guiando, en una serie de virajes, vuelos en línea recta y descensos, de modo que esquiváramos las nubes tormentosas y nos mantuviéramos alejados de la ruta de los aviones de pasajeros que convergían en dirección al aeropuerto de Buffalo, hasta que por fin nos dejó a kilómetro y medio de éste. En la oscuridad, las luces de la pista de aterrizaje brillaban como dos brazaletes de diamantes. Y aterrizamos.

Mi primer impulso fue correr al teléfono más próximo, llamar al dueño de aquella voz maravillosa que nos había guiado y darle las gracias efusivamente. Deseaba invitarlo a comer juntamente con su esposa. Peter me detuvo.

—Para ellos es el pan de cada día —me dijo.

Pero cuando ascendíamos la rampa y entrábamos en el edificio del aeropuerto, miró hacia la torre y saludó con un ademán. Entonces me fijé en que Peter estaba bañado en sudor.

Debo reconocer que, cuando el tiempo es bueno y no hay viento, volar en un avión particular es un placer. Generalmente volamos a una altura de 1200 a 1500 metros sobre el nivel del suelo, y desde esa altura, mientras nuestra avioneta avanza a 250 kilómetros por hora, el panorama se convierte en un gran mapa en relieve.

Salvar las montañas Rocosas, pasando entre cimas majestuosas y rojizas cuyas laderas desaparecen en abruptos barrancos, mientras a lo lejos horadan el cielo cumbres de un azul pizarra o cubiertas de nieve, es sentir la grandeza del mundo que nos rodea. Al volar sobre desiertos todavía sin conquistar y sobre vastas praderas, para seguir luego sobre grandes llanos fértiles, se siente uno capaz de llegar a formar parte de tal grandeza. Cuando, volando en avioneta, tocamos en algún lugar no frecuentado y al que quizá nadie más pueda llegar, sentimos que hemos hallado en verdad algo de esa misma grandeza.

Un fin de semana, durante el verano, llenamos el avión con sacos de dormir, trajes de baño y alimentos, y descendimos por la costa del Atlántico hasta llegar a una pequeña isla situada frente a las costas de Virginia, isla que nosotros habíamos "descubierto". A media tarde, con la bajamar, volamos a poca altura sobre la playa; elegimos un trecho recto que se extendía entre el océano y el sitio que alcanzaba la pleamar, y aterrizamos en la arena firme. Empujamos el avión fuera del alcance de las olas; aspiramos el aire fresco impregnado de olor a mar, y nos dedicamos a explorar nuestro asilo.

Era un vista memorable la de aquella playa donde sólo la naturaleza había dejado sus huellas, y memorable fue también la emoción de marchar sobre ella sin hallar indicio de otra criatura humana.

Unos pedazos de madera arrojados por las olas, tan hermosos que daba lástima quemarlos, quedaron pronto convertidos en brasas sobre las cuales asamos la carne que llevábamos. Comimos al amor de la lumbre, acariciados por la fresca brisa del mar y viendo ascender la marea. Luego nos metimos dentro de nuestros sacos, y nos dormimos al leve fulgor de las estrellas, mientras el oleaje rompía a pocos metros de distancia. La tarde siguiente, cuando la marea se retiró, alzamos vuelo desde la franja de arena endurecida, y nos alejamos de nuestra playa particular con el espíritu renovado.

Peter parece estar encantado de que me haya adaptado al avión. Recientemente, después de haber tenido que volar a muy poca altura sobre el Misisipí, siguiendo los meandros del río hasta Saint Louis, porque las nubes estaban bajas y había mucha niebla, mi marido me tocó afectuosamente la rodilla y me dijo:

—Eres una excelente esposa. Cualquier otra mujer hubiera preferido un abrigo de visón en lugar de un sistema Mark 12 IFR (reglas de vuelo por instrumentos), que nos permitirá atravesar la bruma sin desviarnos.

Yo no respondí palabra. Después de todo, no está permitido discutir con el piloto. Además, desde hace tiempo comprendí que no estoy metida en esto para bien o para mal, sino hasta cantar gloria.

SECCIÓN DE LIBROS SEGUNDA PARTE

"¿ARDE PARÍS?"

Historia secreta de la liberación de la Ciudad Luz

*Condensado del libro** de Larry Collins y Dominique Lapierre

* "Paris brûle-t-il?"

Editores: Robert Laffont, París.

Foto: Presse Libération

"¿ARDE PARÍS?"

Historia secreta de la liberación de la Ciudad Luz

II. LA BATALLA

RAOUL NORDLING, cónsul general de Suecia en París, apuraba a sorbos su bebida mientras escuchaba al general Dietrich von Choltitz, gobernador militar de la capital ocupada.

—Su tregua, señor cónsul —observó el alemán— no parece que va muy bien.

Nordling suspiró. Tres días antes, el 19 de agosto de 1944, había estallado la insurrección en París, instigada por los comunistas franceses que ocupaban muchas posiciones claves en el movimiento de la Resistencia y que mediante la revuelta esperaban ganar el control de la capital antes de que llegaran los ejércitos aliados, que ya se aproximaban. Millares de parisienses, ansiosos de arrojar a los alemanes, respondieron a la llamada a las armas que hicieron los comunistas; pero, mal armados, los luchadores de la Resistencia no habían podido resistir el embate de los tanques de von Choltitz. Nordling propuso entonces una tregua, y el gobernador militar la aceptó porque la obra de desalojar a los insurrectos de sus posiciones habría ocupado la totalidad de sus efectivos; además, habría requerido la destrucción de algunos de los más hermosos edificios de la ciudad. Y no halagaba a von Choltitz la idea de pasar a la historia como el destructor de París.

Los degaullistas aceptaron la tregua porque tampoco ellos querían la destrucción y la muerte en masa de los habitantes de la ciudad. Los comunistas, en cambio, estaban resueltos a llevar a cabo su plan a cualquier precio y habían logrado convencer a muchos luchadores de la Resistencia de que la tregua equivalía a una traición. El tiroteo se reanudó en todas las calles.

—El FFI sólo obedecerá a un hombre —dijo Nordling a von Choltitz— y ese hombre es Charles de Gaulle, que debe estar en estos momentos en Normandía con los Aliados.

Habiendo hablado así, el cónsul sueco se quedó atónito al oír la

respuesta de su interlocutor, que con voz tranquila y firme dijo:

—¿Por qué no va alguien a hablar con él?

Y acto seguido le dio una sorpresa mayor aún: desabotonándose la chaqueta gris, sacó del bolsillo un fajo de papeles azules. Eran, según explicó, las órdenes que había recibido para que procediera a destruir la ciudad. Hitler insistía en ello y estaba furioso por la tardanza. Habiendo fracasado la tregua, el gobernador militar no tendría más remedio que proceder a ejecutar esas órdenes, o sería relevado del mando. Luego, hablando lentamente, von Choltitz se inclinó hacia adelante y dijo a Nordling que lo único que podría evitar la ejecución de las órdenes de Hitler sería la rápida llegada de los Aliados a París. Con un ligero silbido asmático agregó:

—Comprenderá usted que el hablarle en estos términos podría interpretarse como una traición de mi parte, porque en realidad lo que estoy haciendo es pedir a los Aliados que me ayuden.

Nordling se quedó mudo de asombro al captar todo el significado de estas declaraciones. Resolvió al punto trasmitir a los Aliados el mensaje de von Choltitz, pero comprendía que aquellos quizá no darían crédito a su palabra, y pidió al general que le diera algún documento escrito. El alemán lo miró sorprendido.

—Yo no podría escribir lo que acabo de decirle— repuso.

Convino, sin embargo, en permitir que uno de sus oficiales acompañara a Nordling para atravesar las líneas alemanas.

Von Choltitz se puso de pie para acompañar a su visitante hasta la puerta, sintiendo que se le había quitado "un gran peso de la conciencia". Se le habían prometido refuerzos y, si estos llegaban antes que los Aliados, su honor de soldado lo obligaría a defender a París en una lucha agotadora y destructiva en las calles; sin embargo, habiendo ya prevenido a los Aliados, si no actuaban a tiempo serían ellos y no él los responsables ante la historia por las consecuencias. Tomó, pues, a Nordling del brazo y le dijo:

—Vaya usted rápidamente... Veinticuatro... cuarenta y ocho horas... es todo el tiempo de que dispone. Después, no puedo garantizarle qué va a pasar aquí.

De regreso a su despacho, el cónsul Nordling inició sin dilación los preparativos para el viaje... que nunca había de realizar. Sintió súbitamente un dolor que le invadía el pecho, cayó al suelo sintiendo que se asfixiaba, y con gran dificultad se arrastró hasta una cama. Acababa de sufrir un ataque cardiaco.

A pesar de todo, media hora más tarde su negro Citroën salía rumbo a Versalles. Mientras el cónsul sueco Raoul Nordling permanecía postrado en cama, su hermano Rolf llevaba el mensaje de von Choltitz a Eisenhower.

23 de agosto

"Oirán el ruido en Berlín"

QUE París tuviera siquiera 24 horas de gracia comenzó a hacerse problemático al leer von Choltitz la orden que recibió a la mañana siguiente. Desde su oficina en el hotel Meurice telefoneó furioso al cuartel general del Grupo B del ejército, situado a 100 kilómetros de distancia, que mandaba todo el frente occidental, y reconvino en términos amargos al general Hans Speidel, jefe de estado mayor del grupo. Empezó por darle sarcásticamente las gracias por la linda orden que le había enviado.

—¿Qué orden? —preguntó Speidel.

—La orden de reducir a París a un montón de escombros —repuso von Choltitz, y haciendo caso omiso de las protestas de Speidel de que la orden era de Hitler y no del Grupo B del ejército, agregó que ya había colocado más de una tonelada de explosivos en la Cámara de Diputados, dos toneladas en el sótano de Les Invalides, y tres toneladas en la cripta de Notre Dame.

—Me imagino, mi querido Speidel, que usted estará conforme con estas medidas.

—Sí,. señor general —repuso el otro con débil voz.

Von Choltitz continuó diciendo que estaba preparado para "volar la Magdalena y la Ópera de un solo golpe" y que pronto se dinamitaría el Arco del Triunfo a fin de despejar el terreno para hacer fuego a lo largo de los Campos Elíseos. Además, "haría saltar la torre Eiffel para que sus ruinas obstruyeran el acceso a los puentes, que ya habrían sido destruidos".

Al principio Speidel creyó que von Choltitz se estaba volviendo loco o que se estaba burlando de él. Mas no era así. El gobernador de Gross-Paris sólo quería "hacerle comprender a Speidel la terrible situación de un soldado que recibe semejante orden y se ve obligado a cumplirla".

En todos los sectores de la ciudad, en las estaciones de ferrocarril, en las centrales eléctricas, en los más hermosos monumentos, en los 45 puentes del Sena, estaban casi terminados los preparativos para la demolición. Esa mañana en el sótano de Les Invalides el teniente Daub observaba a sus hombres que se preparaban a volar su centro subterráneo de comunicaciones. Además de los explosivos, colocaron docenas de cilindros de oxígeno que actuarían como bombas incendiarias para propagar el fuego por todas las 12 hectáreas del Hôtel des Invalides con su Museo del Ejército, su galería de arte militar y la tumba de cúpula dorada de un anterior conquistador de Europa, Napoleón Bonaparte. En la plaza de la Concordia, según se jactaba el capitán de corbeta Harry Leithold ante sus superiores, había suficientes minas y municiones almacenadas detrás de los palacios de Gabriel "para volar los edificios, todo lo que hay en la manzana

detrás de ellos y el vecino Hôtel Talleyrand".

En algunos sitios ya había comenzado la demolición. En el centro telefónico casi desocupado de Saint-Amand, lejos del hotel Meurice, sonaban como tiros los golpes del hacha del *Feldwebel* Bernhard Blache, que estaba destruyendo uno por uno los 132 teleimpresores. Su camarada, el *Feldwebel* Max Schneider, desenrollaba 180 metros de cable eléctrico para conectar las 25 cargas explosivas que había colocado en los cimientos del edificio. El cable se extendía a lo largo de una manzana y media hasta el lugar donde esperaba su jefe, el teniente von Berlipsch.

Una vez que Blache y Schneider terminaron su trabajo, corrieron a la calle. Apenas llegaron al lado de von Berlipsch, este hundió el émbolo de su detonador. Segundos después, el centro telefónico y telegráfico por medio del cual muchos ejércitos del Reich habían venido recibiendo sus órdenes, desapareció en una nube de polvo y escombros.

Empezaba a parecer que el capitán Werner Ebernach, que había dirigido los preparativos de la demolición, tenía razón cuando dijo: "Cuando vuele París, oirán el ruido en Berlín". Ahora sólo faltaba una orden de Dietrich von Choltitz.

El circo en llamas

El empresario sueco de circo, Jean Houcke, se encontraba en París en gira de negocios. Con gran satisfacción contemplaba las vastas graderías, en aquel momento desocupadas, del Grand Palais, con su enorme cúpula de cristal, que era la mayor sala de exposición de París. Desde hacía meses venía preparando un gran negocio: un programa especial para festejar la liberación, haciéndose la consideración de que a la vuelta de pocos días París quedaría libre y que millares de franceses y norteamericanos acudirían al circo, único *grand spectacle* que funcionaba en la capital.

El de Houcke era uno de los pocos grandes circos que quedaban en Europa. Tenía leones y elefantes, payasos, caballos amaestrados y artistas del trapecio. Para el espectáculo del Grand Palais había invertido hasta su última corona y estaba seguro de que la liberación de París lo haría rico.

Desde el cuarto del sótano del Grand Palais que ocupaba la policía del octavo *arrondissement,* las cosas no parecían tan de color de rosa. El agente André Saumon observaba nervioso las actividades de los alemanes en los Campos Elíseos, donde hacía 20 minutos sus colegas habían sorprendido en emboscada un automóvil alemán y habían matado a todos sus ocupantes. "Los *boches*", se dijo, "nos van a pagar en la misma moneda". De pronto vio un extraño vehículo, como un escarabajo, que se acercaba al edificio: estaba provisto de orugas chatas y parecía un tanque de juguete.

—¿Qué es eso? —preguntó al

oficial alemán a quien estaba custodiando.

—Es un autómata controlado por radio y lleno de explosivos —repuso tranquilamente el prisionero—, y si no nos alejamos pronto de aquí, volaremos por los aires hechos trizas.

En efecto, de ahí a poco una explosión sacudió el Grand Palais y una columna de humo negro se elevó al cielo. Los tanques alemanes aceleraron la destrucción disparando bombas incendiarias y pronto todo el edificio ardió en una sola llamarada. En el interior, aterrados por el humo, los gritos y las carreras, los leones rugían y los caballos se encabritaban; uno de estos se escapó y salió a la calle barrida por los disparos de fusilería, donde recibió varios tiros y cayó al asfalto relinchando. De los edificios cercanos salieron parisienses hambrientos, cuchillo en mano, y se congregaron en torno al caballo moribundo.

Hallándose en su oficina, en el cuartel general de la Defensa Civil, en los Campos Elíseos, el vigilante de ataques aéreos Pierre Andreoti tuvo que hacer frente a un nuevo problema. Una voz angustiada le dijo por teléfono: "Tiene usted que hacer algo pronto... ¡los leones andan sueltos!"

Atrapados entre los alemanes y el incendio, los policías del Grand Palais no tuvieron otro remedio que rendirse, y mientras las llamas continuaban devorando el edificio, el empresario del circo, Jean Houcke, se dejó caer junto a un árbol sollozando: "¡Todo está perdido!... ¡Todo está perdido!"

Un transeúnte quiso consolarlo: "No se preocupe usted", le dijo, "los Aliados entrarán en la ciudad dentro de pocos días". Houcke lo miró con ira y luego siguió lamentándose más fuerte que antes.

Todo el día oscureció simbólicamente el cielo el humo que salía del Grand Palais; y a medida que pasaban las horas, la lucha se intensificaba y renacía en todos los sectores. En La Villete, peleando con la espalda contra los corrales vacíos, una pequeña banda del FFI rechazó repetidos asaltos de más de 50 alemanes. En la Rue Jessaint, al pie de Montmartre, una barricada que defendían algunos obreros ferroviarios resistió a un tanque y 60 alemanes.

En el cuartel general de von Choltitz en el hotel Meurice, el suboficial Otto Vogel contestó el teléfono y oyó a un alemán que decía: "Los terroristas nos están atacando. ¡Necesitamos ayuda inmediata!" Luego alcanzó a oír por el teléfono el ruido de disparos, un estertor de agonía y la misma voz ahora desfalleciente que balbucía: "*Mutter, Mutter*!" Vogel oyó en seguida una voz francesa y colgó el teléfono. Nunca supo de dónde había venido aquella angustiada petición de auxilio.

Se cometían actos de barbarie por ambos bandos. En la plaza de la Ópera un alemán se acercó a un francés que estaba leyendo uno

de los nuevos periódicos de la liberación y le pegó un tiro. Luego se volvió a la mujer que había vendido el periódico, pero ésta se salvó alegando que no sabía leer.

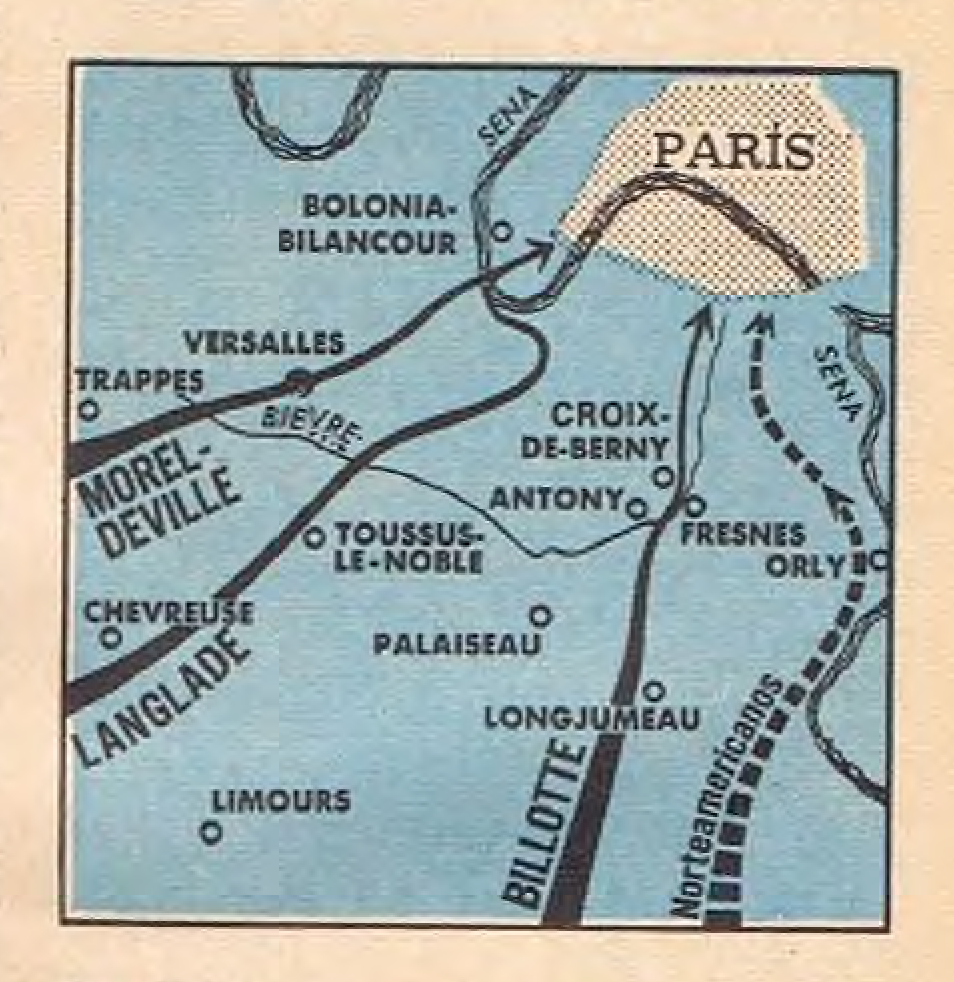
En una estación de auxilio de la Rue de la Harpe, Madame André Koch no tenía sitio para un joven alemán herido. "No importa", dijo el miembro del FFI que lo había llevado, "siempre los matamos a todos". El alemán apeló a Madame Koch y ésta obtuvo del guardia la promesa de que respetarían la vida del herido. Siguieron adelante y pocos segundos después se oyeron tiros. "Lo mataron", dijo uno de los camilleros.

Hubo también actos de generosidad. En el Hôtel Dieu, hospital adonde las fuerzas del FFI habían conducido herido al oficial alemán Alfred Schlenker, éste vio aparecer al lado de su cama la figura ensangrentada de un francés vestido de civil que se metió la mano al bolsillo. "Va a sacar la pistola", pensó Schlenker. No fue así. Por el contrario, el francés le ofreció un cigarrillo y le dijo: "Tienes suerte, Fritz. Para ti la guerra ha terminado".

Después de cuatro días y medio de lucha, el espíritu del FFI empezó a decaer por primera vez. Los alemanes contraatacaban con más vigor, las bajas eran muchas, los ataúdes se cotizaban con prima. Al caer la noche de aquel cruento miércoles, habían perecido 500 parisienses en las calles y 2000 habían sido heridos. Por ninguna parte había la menor señal de la ayuda que muchos esperaban recibir en cuanto comenzara la insurrección.

Lo peor de todo era la escasez de provisiones de guerra. En su centro subterráneo de operaciones, el coronel Rol, jefe militar comunista, se veía asediado de peticiones de armas y pertrechos. Dos días antes los había pedido con urgencia a Londres por conducto de la radio controlada por los degaullistas. Ahora maldecía furioso, convencido de que los degaullistas no accederían a su petición.

En esto se equivocaba. La verdad es que se había planeado un gran lanzamiento de armas para la mañana anterior, pero se había cancelado repentinamente. Los Aliados habían resuelto, en cambio, enviar tropas a París.



Se acercan fuerzas francesas

Desde el amanecer la Segunda División Blindada francesa (II

DB) avanzaba por los campos ondulados de Normandía, desplegada en dos columnas, cada una de 20 kilómetros de longitud. Bajo un aguacero torrencial, resbalando y patinando en los angostos caminos, haciendo temblar a su paso las vigas de roble de las granjas, los 4000 vehículos y 16.000 soldados de la división marchaban hacia la martirizada capital.

No había entre todas las unidades de los Aliados ninguna más extraña que esta II DB al mando del general Phillippe Leclerc; militaban en ella hombres que habían recorrido a pie centenares de kilómetros a través de los helados Pirineos, en algunos casos después de haber pasado meses enteros en campos de concentración españoles, para tener el privilegio de servir en sus filas; hombres que habían cruzado el canal de la Mancha en botes de remos robados; prisioneros de 1940 que se habían fugado de las prisiones alemanas y habían pasado a pie a Rusia para volver a engancharse; hombres cuyas familias no sabían si vivían o habían muerto; hombres a quienes sus parientes hubieran preferido ver muertos y no luchando contra el régimen de Vichy. Había, en fin, franceses que no conocían a Francia; árabes que a duras penas hablaban el francés; negros de las selvas del África Ecuatorial Francesa; tuaregs del Sahara.

En las torrecillas abiertas de los vehículos aparecían las rojas gorras del cuartel de los *spahís* de Marruecos, los pompones escarlata de los marinos franceses, las gallardas boinas negras de las unidades de tanques. A su paso, los aldeanos de Normandía vitoreaban con entusiasmo la bandera tricolor y la cruz de Lorena que llevaban los vehículos, y los letreros blancos pintados en los tanques Sherman, que rememoraban otras grandes batallas de Francia: "Marne", "Verdun", "Austerlitz".

Los soldados de la II DB sentían un entusiasmo que muchos no habían creído posible volver a experimentar, y a toda la división la dominaba un desbordante júbilo al pensar que iba en dirección a París. Cada hombre sólo temía una cosa aquel lluvioso miércoles: que su vehículo sufriera algún daño y no pudiera llegar a tiempo para participar en la liberación de la capital.

Para muchos aquella marcha tenía un dramatismo especial. A la luz de su encendedor el teniente Henri Karcher contempló una desteñida foto que había prendido en su auto: era de su hijito de cuatro años a quien no conocía. El capitán Charles d'Orgeix había sido uno de los últimos defensores que salieron de París cuatro años atrás. Se había evadido de un hospital militar vistiendo traje de civil. Ahora venía a tomar la revancha y esta vez iba en un tanque Sherman al que había bautizado *París*.

A la cabeza de una de las columnas de la II DB, el artillero Robert Mady, del tanque destruc-

tor *Simoun*, divisó con sobresalto el panorama que se ofrecía a su vista: "en medio de un mar de trigo dorado" se erguían los soberbios chapiteles de Chartres.

Para el capitán Alain de Boissieu, Chartres era algo más que una vista magnífica: era su ciudad natal. Pisando a fondo el acelerador de su *jeep*, corrió por las calles, pasó delante de la catedral, descendió hacia el río Eure. Allí todo lo que quedaba del puente que daba acceso a la casa de sus padres eran unas pocas varillas de hierro retorcidas y unos colgantes trozos de hormigón. Al otro lado del río estaba la casa, con la techumbre derruida y las paredes voladas. Un vecino le contó que los alemanes habían evacuado a los vecinos y después habían volado todos los puentes. En el que quedaba frente a la casa, el comandante alemán había colocado unos cuantos torpedos de más "para que Madame entendiera lo que cuesta tener un hijo con de Gaulle".

Contemplando las ruinas, de Boissieu pensó: "Dios mío, si hacen esto en París ¡qué tragedia vamos a presenciar mañana!"

Al caer la tarde la II DB estaba entrando en Rambouillet, justamente a 50 kilómetros de París. El teniente Sam Brightman, oficial de prensa del Alto Mando Aliado destacado con la columna avanzada, tomó asiento en el restaurante del hotel Grand Veneur para observar la compacta masa de soldados y vehículos. "Lo único que les falta", pensó, "es de Gaulle para que los alemanes tuvieran el mejor blanco desde el Día D". En ese instante la camarera que le servía reprimió un grito, dejó caer el plato de ración C que llevaba en la mano, y se quedó mirando por la ventana, como alelada y con lágrimas en los ojos, repitiendo una y otra vez: "de Gaulle, de Gaulle, de Gaulle".

En efecto, Charles de Gaulle había entrado en Rambouillet con la vanguardia del ejército de liberación, tal como los comunistas lo temían. A diferencia de la camarera, muchos de los vecinos no reconocieron su figura solitaria, aunque lanzaban entusiastas vivas a su nombre. En todo caso, el general no se detuvo para recibir la ovación, sino que siguió con su escolta directamente al castillo de Rambouillet, donde desechó la insinuación que alguien le hizo para que ocupara el elegante apartamento presidencial. Escogió en cambio dos cuartos del desván. Luego mandó por Leclerc. Ardía de impaciencia por entrar en París. Cada hora contaba.

Leclerc le informó que se había visto obligado a modificar su plan original. Según las órdenes dadas por el V Cuerpo del ejército, debía avanzar directamente hacia París por la vía más corta, pasando por Rambouillet y Versalles; pero el espionaje le indicaba que en ese sector se habían desplegado nuevos tanques y campos minados alemanes. Por propia iniciativa Leclerc había resuelto desviar el grueso de sus fuerzas 27 kilómetros al este

para pasar por Arpajon y Longjumeau y entrar en la capital por el sur, por la Puerta de Orleáns. Lo que 24 horas antes parecía un simple paseo iba a ser un combate.

Fatigadas por todo un día de marcha, las tropas de Leclerc se distribuyeron por los contornos para echar un breve sueño reparador. Durante la noche llevaron combustible a los tanques y carros blindados de la división porque el ataque se iniciaría al amanecer.

Los defensores alemanes no estaban al tanto de la acometida que se preparaba. Su servicio de espionaje sólo había informado sobre "ligeras exploraciones con vehículos blindados" enfrente de la capital; pese a lo cual el mariscal de campo Walter Model, comandante alemán del Oeste, pensó que por aquellos flancos París estaba muy desguarnecido y al atardecer del miércoles había ordenado despachar todos los refuerzos de que disponía para cerrar la brecha. Calculaba que en caso necesario las nuevas unidades podían colocarse en sus posiciones en el término de 36 a 48 horas, con lo cual daría tiempo a von Choltitz mientras llegaban, el 26 de agosto, las divisiones Panzer 26 y 27 que estaban en esos momentos en marcha hacia París. Con esto llegarían a tener más de tres divisiones en frente de la Ciudad Luz.

Foto: USIS



General Omar Bradley

Mas también estaban de camino refuerzos aliados. Rolf Nordling había logrado llegar hasta el general Omar Bradley con la invitación de von Choltitz a los Aliados para que entraran en París, y Bradley había actuado sin pérdida de tiempo. Al general Edwin Sibert, que estaba con él, Bradley le dijo: "Dígale al general Hodges que apresure la llegada de la división francesa. Y dígale que tenga también a la 4a. División de los Estados Unidos lista para entrar en París. No podemos correr el riesgo de que ese general alemán cambie de parecer y reduzca la ciudad a escombros".

Esa misma noche del 23 de agosto la 4a. División norteamericana empezó a levantar su campamento de Carrouges, a 211 kilómetros de París.

24 de agosto

La II DB choca con los 88

Con la primera luz del alba, la Segunda División Blindada del general Philippe Leclerc se movió sobre París desde el sur, a lo largo

de un frente de 27 kilómetros. Se había dividido en tres columnas, la primera y más débil de las cuales, al mando del comandante François Morel-Deville, tenía órdenes de fingir un ataque por Versalles "para hacer ruido". La segunda, bajo el mando del teniente coroniel Paul de Langlade, avanzó por las ricas y verdes ondulaciones del valle del Chevreuse en dirección a París por el puente de Sèvres. La fuerza principal de Leclerc, bajo las órdenes del coronel Pierre Billotte, trataba de entrar directamentte en la capital por la Puerta de Orleáns.

Al principio encontraron escasa oposición y el avance de la II DB fue un alegre y delicioso desfile, entre las filas de patriotas que bordeaban los caminos agitando banderas, cantando y llorando de alegría. Mujeres y muchachas saltaban al estribo de los vehículos o trepaban a los tanques para inundar a sus libertadores con flores, frutas, besos, vino y lágrimas. Jean-René Champion, un francés de México que conducía el tanque *Mort-Homme,* vio una mujer ya de edad que le hacía señas desaforadamente. Levantó el militar su visera de metal y la mujer le pasó una cacerola de tomates rellenos. El teniente Alain Rodel cogió al vuelo un pollo asado y una botella de champaña que un panadero lanzó a su tanque. Las líneas telefónicas (y es cosa que sorprende) funcionaban todavía, de modo que los soldados de la II DB corrían a una casa o una tienda y hacían una llamada a París para oír las voces queridas de parientes y amigos que hacía tanto no escuchaban.

El desfile, sin embargo, fue de corta duración. De pronto las tres columnas que avanzaban se encontraron con la línea de defensa, cuyo espinazo los constituían 20 baterías muy bien disimuladas de cañones de 88 milímetros. Cuando las fuerzas de Leclerc dieron con una de estas emboscadas cerca del aeropuerto de Toussus-le-Noble, en todas las lomas circundantes estallaron las granadas enemigas y los tanques franceses se fueron incendiando uno por uno.

En el flanco de una pequeña serranía que conducía al aeropuerto, el artillero Robert Mady del tanque-destructor *Simoun,* vio que un Sherman que iba adelante de él recibió un impacto directo, saltó por el aire y en seguida, ardiendo como un trozo de papel, patinó locamente por la pendiente abajo llevando un cargamento de granadas de alto poder explosivo hacia una fila de carros de asalto. "Va a provocar una carnicería", pensó Mady, pero en ese momento vio horrorizado que dos tanques se acercaron al vehículo incendiado y disparándole a quema ropa "lo hicieron estallar como una granada".

Más allá, el comandante Henri Mirabeau, que mandaba un batallón de artillería, tendido de bruces en una hondonada veía con desesperación cómo explotaban los tanques Sherman bajo el certero

fuego de los alemanes. Calculó que el fuego más destructor se hacía desde una hilera de almiares de heno que había más allá del aeropuerto, y ordenó a sus artilleros batir aquella posición. Cuando pasaron los primeros cañonazos por encima de su cabeza, Mirabeau vio con sorpresa que toda la fila de almiares se empezaba a mover. Debajo de cada uno había un pequeño, pero mortífero cañón antitanque.

Las tres columnas de la II DB encontraron obstáculos muy serios, como el de Toussus-le-Noble, que retardaron su avance. El teatro de la batalla era una red de pueblos y suburbios entrelazados con caminos que se cruzan, y que ofrecían a los alemanes un emplazamiento ideal para cañones en cada encrucijada. En su afán de entrar en París, los hombres de la II DB trataban con frecuencia de embestir directamente esos emplazamientos, en lugar de tomarlos con infantería. Esa táctica ahorraba tiempo, pero dejaba una creciente hilera de tanques incendiados.

Sin embargo, era preciso ganar tiempo. La orden era: "más rápido, más rápido". Al doblar un recodo, justamente al otro lado del río Bievre, el soldado Georges Simonin, que iba a la cabeza de un pelotón de Shermans en su *Cyclone*, vio cinco alemanes heridos tendidos en el camino. Retiró el pie del acelerador, pero en ese momento oyó en sus audífonos la voz del comandante del pelotón que le

Tropas norteamericanas se abren paso hacia París Foto: USIS



decía furioso: "¡*Cyclone, nom de Dieu,* sigue adelante!" Simonin se estremeció, cerró los ojos y pisó con fuerza el acelerador. Sin que se sintiera casi la sacudida, el Sherman de 34 toneladas pasó sobre los heridos.

Por la tarde la columna principal de la II DB había llegado a Fresnes, que está a las puertas de París; pero allí le cerraba el paso un triángulo fieramente defendido que interceptaba la Ruta Nacional 20. Formaba el lado derecho la fortaleza y prisión de Fresnes, y el izquierdo la población industrial de Antony. El vértice de este ángulo estaba 1600 metros adelante, en la encrucijada de Croix de Berny, a seis kilómetros de París.

La prisión de Fresnes, con sus muros de piedra gris, la habían convertido en un formidable obstáculo sus 350 defensores alemanes apoyados por un batallón del Regimiento de Infantería 132. Para atacarla, el capitán Emmanuel Dupont dividió sus tanques en tres grupos. Ordenó a tres tanques penetrar por las calles laterales, girar luego sobre la avenida de la República y atacar de frente la puerta principal. Los otros dos grupos los mandó a las puertas de los costados.

Cuando el tanque delantero se acercaba a la prisión, una granada de 88 lo levantó en el aire. Cayó al suelo envuelto en llamas. Un hombre, con ambas piernas voladas por la explosión, se izó con los brazos y saliendo del tanque se tiró al suelo; luego otro, con el uniforme incendiado, saltó de la torrecilla y corrió a buscar abrigo.

De todos lados los tanques disparaban contra la boca de la prisión y los alemanes contestaban el fuego. El capitán Dupont y su ayudante, el teniente Marcel Christen, dirigían la acción a pie. Estaban escasamente a 50 metros de la entrada cuando un alemán con el uniforme roto y ennegrecido salió de entre el humo y apuntó sobre ellos su fusil-ametrallador. Christen oyó un "¡oh!" y al volverse a mirar vio caer al capitán Dupont con la cabeza perforada.

En el mismo instante vio detrás de ellos uno de sus tanques, el *Notre Dame de Lorette*, que avanzó, giró a la derecha en la puerta de la prisión y, disparando con todos sus cañones, pasó sobre los defensores alemanes. Siguiéndolo de cerca, los demás tanques entraron y pusieron fin a la batalla por la prisión de Fresnes.

No ocurrió lo mismo en la encrucijada de Croix de Berny. Allí toda una compañía de Shermans fue detenida por un solitario cañón de 88. El teniente Jean Lacoste se fue a pie a buscar un camino para flanquear el cañón. Andando con cuidado a lo largo del muro de un jardín, Lacoste sentía una ráfaga de aire caliente cada vez que el 88 disparaba. Con exquisita lentitud avanzó al final del muro y se asomó. Allí estaba escondido el cañón.

Regresó a su tanque, el *Friedland*, y empezó a avanzar por la

calle, a pequeños trechos cada vez que el 88 disparaba, para que los alemanes no oyeran el ruido de la orugas del tanque. A pocos metros de la encrucijada, Lacoste esperó a que el 88 disparara un último cañonazo y luego ordenó al *Friedland* embestir de frente disparando su cañón de 105 milímetros a boca de jarro sobre el cañón enemigo, que desapareció en una nube de astillas de acero y miembros humanos.

Por la radio, Lacoste avisó al resto de la compañía: "Llamada a todos los Oscar, aquí Oscar I. Acabamos con la chimenea. El camino está abierto".

"Que repiquen las campanas"

En París, el creciente ruido del cañoneo al sudeste indujo a abandonar la ciudad a los pocos alemanes no combatientes que quedaban. Un convoy de obreros forzó el paso de una barricada obligando a un grupo de civiles franceses a marchar adelante de los camiones. Apuntando con sus armas a estos escudos humanos, los alemanes pasaron sin ser molestados por la barricada, ante la vista de los furiosos defensores.

El tronar de la batalla que se acercaba alentó a muchos francotiradores a hacer un fuego incesante. Esto enfureció a los alemanes a tal punto que a veces contestaban con insensato salvajismo. En el bulevar Raspail un tanque de patrulla abrió fuego contra una fila de amas de casa que esperaban a la puerta de una panadería. Frente a la casa de apartamentos No. 286 del bulevar Saint Germain, la SS obligó a los habitantes a permanecer durante 15 minutos con las manos en alto contra la pared. Luego, tan súbitamente como habían llegado, los soldados de la SS se marcharon.

El distante ruido de la batalla estimuló también a los luchadores de la Resistencia para llevar la insurrección a todos los sectores de la ciudad. En ninguna parte fue más violento el combate que en la Place de la République, donde 1200 soldados alemanes que ocupaban el cuartel Prince Eugène se lanzaron contra un cerco cada vez más estrecho del FFI encabezado por un estudiante de medicina de 25 años, René Darcourt, y un carpintero de 42 años llamado René Chevauché. Con el objeto de acometer al enemigo por la espalda, los alemanes trataron de pasar por los negros túneles del ferrocarril subterráneo que van debajo de la plaza. En esos asfixiantes pasadizos, silbando para identificarse en la oscuridad, los dos lados pelearon desesperadamente con el acompañamiento de granadas que estallaban y de los rápidos fogonazos de disparos de fusil.

Dentro del cuartel, un comandante de las Tropas de Asalto congregó a sus hombres para informarles que venían refuerzos en camino. "Resistiremos hasta que lleguen a libertarnos", les dijo. Lo mismo que los otros jefes de los

ES UN

VALIANT

...Y ES DE  **CHRYSLER**

en el mundo entero, máxima jerarquía en automóviles

VALIANT /// *el gran coche*

La suntuosa terminación exterior del VALIANT III y el supremo confort de su amplio interior, definen coche de insuperable elegancia. Y esa singular belleza de líneas es digno complemento de sus notabl especificaciones técnicas: potente motor "Slant Six" (seis cilindros inclinados), de 137 HP . . . poderos frenos "Duo-Servo", con campanas de máxima superficie . . . extraordinaria suspensión . . . diferencial q permite mayor velocidad con elevado rendimiento . . . alternador que carga la batería en baja velocidad tablero muy visible con luz regulable, y otras características que satisfacen las más severas exigencia

Véalo en el Concesionario de su zo

Fabricado en la Argentina por **FEVRE Y BASSET**



Miembro de la Asociación de Fábricas de Automotores

30 principales *stützpünkts* (puntos fuertes) de París, el comandante había jurado defender su puesto "hasta el último cartucho".

En todos los sectores de la capital los alemanes se prepararon para la entrada de los Aliados, que comenzó esa noche.

Con la última semiclaridad del crepúsculo, el capitán Raymond Dronne alcanzó a ver el letrero: PARIS PORTE D'ITALIE. Este era el mismo camino que siguió Napoleón 129 años atrás cuando regresó de su destierro en Elba. Con un pequeño destacamento, Dronne cruzó el límite municipal. Sus hombres, los primeros soldados franceses que regresaban a París, lanzaron gritos de júbilo desbordante.

Esa tarde Philippe Leclerc había llegado muy a su pesar a la conclusión de que no podría entrar en la ciudad hasta el día siguiente, y ordenó a Dronne: "Tome lo que tenga y vaya a París. No haga caso de los combatientes alemanes. Lo importante es que entre, de cualquier manera que sea. Dígales que aguanten, que mañana llegaremos".

Dronne partió con tres Shermans y 16 carros de asalto. El pelirrojo capitán hubiera querido presentar un gallardo aspecto para las parisienses, pero hacía 48 horas que no dormía, tenía los ojos irritados y los párpados hinchados, y su barba era un bosquecillo sembrado de barro. Llevaba el uniforme manchado de aceite, pólvora y sudor.

Sin embargo, los parisienses con-

gregados en la Porte d'Italie no parecían preocuparse por el aspecto del capitán. Al principio corrieron a esconderse al oír el ruido de las orugas, pero pronto les pasó el susto al caer en la cuenta de que los soldados no llevaban los cascos cuadrados de la Wehrmacht. Alguien gritó, "*Les Américains*", y una delirante multitud se abalanzó hacia los vehículos de Dronne. Docenas de parisienses treparon para besarlo, abrazarlo, tocar siquiera su manchado uniforme. Una muchacha robusta, Jeanine Bouchaert, saltó a su *jeep* y al hacerlo rompió el parabrisas.

Con esta joven delirante que iba cantando y agitando una bandera tricolor, Dronne y sus soldados cruzaron la plazuela y siguieron por la Avenue d'Italie. Para evitar a los alemanes, avanzaron en seguida por calles laterales. Sólo una vez les dispararon, pero continuaron su marcha y al fin llegaron al Hôtel de Ville, o palacio municipal de París, y rodearon el edificio.

Unos pocos segundos antes, en ese edificio, Georges Bidault se había subido sobre una débil mesa de madera para gritar a sus compañeros de la Resistencia: "Los primeros tanques del ejército francés han pasado el Sena". No había muerto aún el eco de sus palabras cuando se oyó el ruido de los tanques afuera, y todos los que estaban en el salón entonaron la *Marsellesa*. Terminadas las últimas notas del himno corrieron a la puerta a recibir jubilosamente a Dronne, a quien



El tanque de Dronne Foto: Metro

casi ahogan con sus abrazos.

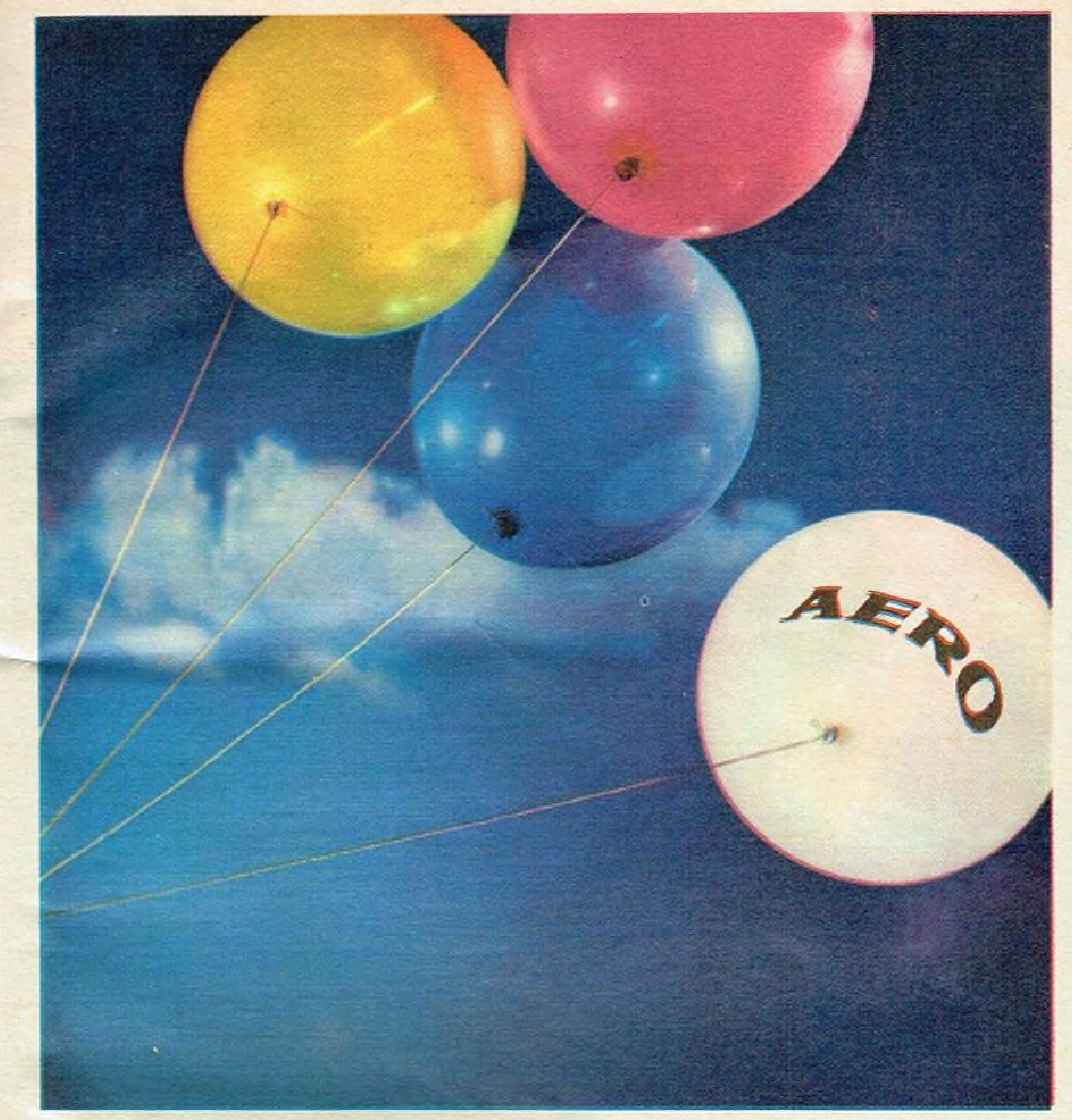
Con el objeto de difundir la noticia, los electricistas de París conectaron la energía necesaria para que una radiodifusión llegara a todos los rincones de la capital. "¡Parisienses, regocijaos!" exclamó el locutor Pierre Schaeffer. "La división de Leclerc ha entrado en París. ¡Estamos locos de alegría!" En seguida la estación tocó la *Marsellesa* y ocurrió una cosa notable. En incontables hogares, los parisienses pusieron sus radios a todo volumen y abrieron las ventanas de par en par.

Apenas habían cesado los últimos acordes de la música cuando Schaeffer volvió al micrófono: "Digan a todos los párrocos que repiquen las campanas de las iglesias".

Durante cuatro años las campanas de París habían permanecido silenciosas. Ni una sola vez se habían oído sus notas durante la ocupación, ni siquiera para llamar a misa. Ahora, atendiendo la llamada de Schaeffer, la gran campana de la torre sur de Notre Dame, que pesa 14 toneladas, lanzó al aire su alegre tañido. Le contestó la *Savoyarde*, campana de 19 toneladas del Sacré Coeur fundida como acción de gracias por la terminación de la anterior ocupación alemana. Una por una, todas las campanas de París se unieron al majestuoso coro; y, escuchándolas, los parisienses lloraron en la oscuridad.

"¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?"

En ninguna parte resonó el eco de las campanadas más significativamente que en una habitación del hotel Meurice, donde se servía al general Dietrich von Choltitz una improvisada cena de despedida. Los asistentes no se forjaban ilusiones en cuanto a la suerte que les esperaba. No solamente estaban los Aliados casi dentro de la ciudad, sino que los norteamericanos habían cruzado el Sena y avanzaban sin oposición hacia la frontera alemana. Las divisiones Panzer 26 y



AERO ***el chocolate con "aire" incomparable***

Sus "burbujas" de chocolate y aire se derriten lentamente en la boca, acariciando el paladar con infinita suavidad... Siga saboreándolo; AERO es un chocolate excepcional por su fino gusto y su liviandad.

AERO - NOEL

AERO CHOCOLATE CON LECHE

AERO CHOCOLATE CON LECHE

ES DE BUEN GUSTO PREFERIR NOEL

el encanto '65 se llama

maquillaje natural

y lo crea

Pond's

Angel Face

COMPACTO con Alantoina





¿Qué es esto que en los grandes centros de la moda triunfa como "natural look" o arreglo natural?... Es un encanto distinto, fresco y sutil, aparentemente sin artificios, pero lleno de un secreto refinamiento... Así es el rostro 1965... y así lucirá usted, con Angel Face Compacto.

Angel Face Compacto con Alantoina hace, exactamente, el arreglo de moda. Jamás se ve pesado ni artificioso: regala a su rostro una luminosa frescura que parece surgir debajo de su piel. Además, como está enriquecido con revitalizante Alantoina, Angel Face Compacto significa belleza instantánea y protección profunda para su cutis.

Las modelos realzan la belleza de sus ojos con la nueva Línea de Ojos Angel Face

27, que se habían destinado a la defensa de París, habían sido desviadas para tratar de detenerlos. Von Choltitz ya no podía contar con refuerzos.

Mientras se vestía para la cena, pensaba amargamente en Hitler. En lugar de darle tropas para defender la ciudad, le había mandado únicamente los medios de destruirla: al capitán Werner Ebernach y sus especialistas en demolición. Y ahora el Führer esperaba que él cumpliera sus órdenes.

La cena fue tan elegante como podía hacerla Annabella Waldner en tales circunstancias. Esta anfitriona, que había servido tantos banquetes triunfales para la Wehrmacht, había escogido los más finos bocados que aún quedaban en las despensas del Meurice. Después de espárragos, los invitados tomarían *paté de foie gras*; la comida terminaría con *profiteroles au chocolat.*

Durante la cena, von Choltitz trató de distraer a sus acompañantes. Les contó anécdotas de sus días como paje de la princesa heredera de Sajonia. Pero era difícil levantar los ánimos y hacer conversación. En eso comenzaron a repicar las campanas.

Una secretaria se volvió a von Choltitz y le preguntó:

—Señor general, ¿por qué tocan las campanas?

—¿Por qué tocan? —repitió el general—. Tocan porque los Aliados entran en París. ¿Por qué otra cosa habían de tocar?

Mirando en torno a sus oficiales,

von Choltitz observó el asombro que se reflejaba en algunos rostros.

—¿Qué más esperaban ustedes? —les dijo con rabia—. Aquí han estado ustedes viviendo en un mundo de ensueño. No han visto lo que está ocurriendo en Alemania, en Rusia, en Normandía. Señores, yo les voy a decir una cosa que se les ha escapado aquí en su agradable vida de París. Alemania ha perdido la guerra.

Abruptamente tomó el teléfono y llamó al general Hans Speidel, jefe de estado mayor del Grupo B del ejército.

—Escuche, Speidel —le dijo con voz grave y sacó el teléfono por la ventana al aire que vibraba con el tañido de las campanas de París—. ¿Lo oye usted, Speidel?

—Sí —contestó aquél—. Suena como campanas.

—Son campanas, mi querido Speidel. Y le están diciendo a la ciudad que los Aliados han llegado.

Siguió una larga pausa. Luego von Choltitz dijo que, según las órdenes recibidas, había preparado "los puentes, las estaciones ferroviarias, los servicios públicos y su cuartel general para la destrucción". ¿Podría contar con el Grupo B del ejército para que evacuara sus tropas de la capital una vez que se hubiera llevado a cabo la demolición? Otra vez se hizo un largo silencio, y al fin Speidel contestó:

—No, me temo que no.

El comandante de Gross-Paris colgó el teléfono. No volvería a llamar al Grupo B del ejército.

Cómo gustan los quesitos ADLER para untar!

e conocen de lejos por su caja triangular. Un envase inconfundible para na calidad incomparable. Quesitos ADLER, calidad a simple vista. Corte na porción y verá la diferencia: manteca pura y abundante crema fresca. Realnente, ADLER es... otra cosa!



Quesitos

ADLER

para untar

puro...con abundante crema fresca.	delicado...con legítimo Champignón importado.	especial...con auténtico Roquefort seleccionado.	sabroso...con trocitos de finísimo salame.

Siempre en su caja triangular quesitos ADLER para untar.

Más tarde aquella noche von Choltitz salió al balcón de su oficina. Sobre la oscura silueta de los edificios, otro sonido había remplazado a las campanas: el furioso tiroteo de su propia guarnición que recordaba a la ciudad que los tres tanques del capitán Dronne eran un símbolo, no un ejército, y que la hora de la liberación no había llegado aún. Escuchando el tiroteo, von Choltitz murmuró para sus adentros: "¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?"

Lanzó una última mirada a la ciudad y regresó a su habitación. En el camino se encontró con el capitán Ebernach, que le pidió permiso para retirar de París a su unidad de demolición. Dijo que dejaría un grupo de hombres para que hicieran detonar las cargas explosivas que habían colocado. Von Choltitz miró al joven oficial.

—Ebernach —le dijo con ira— ¡lléveselos *a todos* y déjenos!

Luego le volvió la espalda y siguió su camino.

III. LA LIBERACIÓN

25 de agosto

El cielo estaba despejado y azul, el día era perfecto cuando la II DB y la 4a. División norteamericana se acercaron a la ciudad con instrucciones que podían resumirse en una orden lacónica que se dio al Escuadrón 38 de Reconocimiento de los Estados Unidos: "Manos a la obra y entren en París ya". En la capital, tres y medio millones de parisienses felices sacaron tesoros que tenían desde largo tiempo escondidos justamente para este día: una empolvada botella de champaña, una bandera tricolor hecha en casa, un pabellón de barras y estrellas confeccionado de memoria. En sus barricadas, los luchadores del FFI esperaban la última embestida que los llevaría a la victoria.



Foto: Zalewski/Rapho

Casi no había oposición y, cuando la II DB entró en París, las calles se poblaron súbitamente de una vociferante e impenetrable masa de humanidad. Muchachas y niños se colgaban de los tanques y carros blindados como racimos de uvas. La multitud arrojaba flores y corría detrás de las columnas envolviéndolas en oleadas de gente entusiasta. El teniente Jacques Touny, en su tanque *El Alamein,* tuvo que disparar sus ametralladoras al aire para dispersar al público que estorbaba su avance.

Igualmente alocada fue la recepción a lo largo de la ruta que recorrió la 4a. División, cuyos vehículos se encontraron pronto navegando entre un mar de flores. El mayor S.L.A. Marshall contó 67 botellas de champaña en su *jeep* cuando llegó al Sena cerca de Los Inválidos. Hubo espectáculos que estos hombres no olvidarían jamás. El soldado Stanley Kuroski vio "un viejo con grandes mostachos, que se había puesto todas sus condecoraciones y se mantenía derecho como un poste mientras las lágrimas le corrían por las mejillas". El coronel Barney Oldfield recuerda a una anciana tendida en una camilla que observaba a los soldados mediante un espejo suspendido sobre su cabeza y decía y repetía sin cesar: "¡París está libre! ¡París está libre!"

En todas partes los franceses agradecidos abrumaban con regalos a los norteamericanos. Una linda muchacha se acercó al teniente John Welch y le dio un racimo de uvas frescas. Dijo que un alemán las había dejado en su tienda. Cuando Welch empezó a comérselas, una mujer que estaba cerca dijo: "Esas son las primeras uvas que he visto en cuatro años". Avergonzado, Welch se apresuró a ofrecérselas a la mujer.

—No, joven —dijo ella— hoy todo es para ustedes.

Para muchos de los libertadores, lo más sensacional de todo lo que vieron fueron las mujeres de París, delgadas y con la piel tostada, increíblemente hermosas. El soldado Marcel Rufin, de la II DB, no había hecho otra cosa que hablar de ellas desde hacía días, y ahora, echando medio cuerpo fuera de su vehículo, besó a tantas que, según sus camaradas, le quedó la cara "como un hongo rojo". El soldado Charley Haley, del 12 Regimiento observaba con respeto a un compañero que estaba tratando de averiguar cuántas podía besar en una mañana. "Ha besado por lo menos a mil", recordaba después Haley con admiración.

Más conmovedoras que el alocado bullicio eran las reuniones con parientes y amigos. Desde su trasporte blindado, el *Larche*, Georges Bouchart vio que una mujer atravesaba la avenida de La Bourdonnais desafiando un tiroteo y corría a abrazar a un soldado de infantería, sollozando: "¡Hijo mío, hijo mío!" El cabo Lucien Davanture, que manejaba el tanque *Viking*, se quedó mudo de asom-

bro al ver a un hombre que se le acercaba. Increíblemente flaco, vistiendo un uniforme de policía que le venía demasiado grande y con el brazalete del FFI en la manga, era el hermano a quien no había vuelto a ver desde hacía tres años. Se abrazaron cariñosamente y cuando el *Viking* continuó su marcha el hermano de Davanture se unió a la infantería que avanzaba detrás del convoy.

La escena fue muy distinta, sin embargo, cuando las tropas aliadas se acercaron a los puntos fuertes de von Choltitz. El ruido de los disparos empezó a mezclarse con los alegres gritos de la multitud, escalofriante recordatorio de que todavía quedaban en la zona de París, armados y en acecho, casi 20.000 soldados alemanes. El teniente Pierre de la Fouchardière, del 12 de Coraceros, observó con asombro que el cruce del bulevar Montparnasse y el bulevar St. Michel estaba desierto, en contraste con las grandes muchedumbres que acababa de ver. Descendió de su tanque y se acercó corriendo al único parisiense que encontró, un viejo que se había escondido en un portal.

—*Monsieur* —le dijo— ¿dónde están los alemanes?

Bazucas en los jardines del Luxemburgo

Los ALEMANES estaban, como quien dice, a la vuelta de la esquina, bajo la cúpula octogonal del palacio de Luxemburgo. El enorme terreno que defendían cubre una superficie de 26 hectáreas. La cabecera era el palacio mismo, frente al cual se extienden sus hermosos jardines. En la esquina sudoriental, como una cuña para proteger la parte de atrás, está otro gran edificio, la Escuela de Minas.

A escasos 60 metros de dos fortines alemanes emplazados a ambos lados de la Escuela de Minas, un joven de cabello revuelto se preparaba para atacar. Era el coronel Fabien y, aunque apenas tenía 25 años de edad, ya había sido herido tres veces y había escapado dos veces de la Gestapo. Durante 36 horas los hombres de Fabien, con sólo armas ligeras, habían hostilizado a los alemanes en el Luxemburgo y poco a poco los habían obligado a replegarse al interior de las murallas del palacio. Cuando supo que la II DB estaba en la ciudad, Fabien hizo lo que toda la semana había deseado: dio la orden de atacar el edificio.

Casi inmediatamente hubo una serie de explosiones al salir dos carros blindados alemanes del palacio para cañonear a un grupo del FFI escondido en un pequeño hotel vecino. Desde el interior los del FFI arrojaron granadas, pero estas rebotaron sin causar daño en el blindaje de los vehículos. De pronto vieron que los dos carros blindados corrían a refugiarse otra vez en los terrenos del palacio y en seguida oyeron el ruido de orugas de tanque. Eran los Shermans del teniente Pierre de la Fouchardière. Este

oficial iba a pie delante de su tanque y mientras se acercaba a la Escuela de Minas estudiaba al enemigo.

A su vez, un alemán observaba a de la Fouchardière por la retícula de su *panzerfaust* (la bazuca alemana). Súbitamente de la Fouchardière vio el fortín. "¡A la derecha!" gritó al conductor de su tanque, que rápidamente se puso a cubierto en el momento en que el alemán le disparaba la primera granada. Esta apenas rozó el tanque y fue a estallar contra un portón detrás de él.

Con tres compañeros, de la Fouchardière entró en un edificio que estaba enfrente de las posiciones alemanas de la Escuela de Minas. Subieron corriendo al cuarto piso y llamaron a la primera puerta que encontraron. Abrió una señora vestida de negro.

—Teniente de la Fouchardière, de la división Leclerc —dijo el oficial saludando, y luego, con una ligera reverencia, besó la mano de la dama.

Los cuatro hombres, sin hacer caso del asombro de la señora, corrieron a una ventana del salón. Abajo, a 30 metros de distancia, vieron los cascos alemanes. Nunca en sus 40 meses de combate había visto de la Fouchardière tan de cerca al enemigo. Como un héroe de cine, sacó la pistola y disparó contra los sorprendidos alemanes. El elegante salón-biblioteca se llenó del acre olor a pólvora. La dueña del apartamento permaneció sentada en una silla observando presa de felicidad y horror mientras los cuatro hombres convertían su casa en campo de batalla. Cuando hubo disparado el último proyectil que tenía, de la Fouchardière dejó su humeante pistola sobre la barnizada superficie de un escritorio antiguo; luego se dejó caer feliz y exhausto en un sofá de terciopelo rojo.

Los defensores del palacio no daban señal de rendirse. En su fortín el alemán de la *panzerfaust* apuntó cuidadosamente a otro Sherman que pasaba. Disparó de nuevo y el proyectil voló por encima del bulevar. Esta vez no erró el tiro; pero cuando la granada estalló contra el flanco de un tanque, el soldado Louis Despretz, artillero de otro que iba justamente detrás, disparó su cañón de 35 milímetros contra el fortín y lo desbarató.

Ya los tanques del regimiento de de la Fouchardière habían rodeado completamente el Luxemburgo, y lo mismo habían hecho los del escuadrón de escolta de Leclerc. Resuelto a desalojar a los alemanes a cualquier precio, el comandante del escuadrón, capitán Alain de Boissieu, ordenó a sus tanques abrir fuego contra el edificio, a pesar de que era la sede del Senado de Francia.

Observando el bombardeo, de Boissieu comprendió que lo más importante de todo era poner los tanques alemanes fuera de combate. Leclerc había instalado su cuartel general en la Estación Montpar-



Caldo de puchero,

...COMPLETO Y CON GALLINA!

Knorr-Suiza

Tras dos años de pruebas de sabor, Knorr-Suiza incorpora a su línea de productos este nuevo y verdadero Caldo de Puchero completo –y con gallina– creado para el más auténtico gusto argentino • Pruébelo: ¡nadie mejor que usted para aprobarlo!

Knorr-Suiza
Caldo de puchero

"Hecho" bajo licencia y control de la S. A. de Productos Alimenticios Knorr (Thayngen/Suiza)

nasse, y si los alemanes que estaban en el palacio decidían atacar la estación, nadie podría impedírselo.

—¡Los *panzer*! —gritó por la radio—. ¡Por amor de Dios, destruid los *panzer*!

Al mismo tiempo que oía esta orden, el teniente Phillipe Duplay vio a un sudoroso soldado norteamericano que salía de su carro de asalto y, acercándose a él, le dijo cortésmente en inglés lo mejor que pudo: "Usted dispense... ¿no tiene una bazuca?" Pocos minutos después, desafiando el fuego de fusilería que graneaba en torno, los dos jóvenes, armados con la bazuca del norteamericano, fueron a arreglar cuentas con los *panzer*.

Danza del pantalón de franja roja

A LA una de la tarde, cuando Dietrich von Choltitz se presentó en el comedor del hotel Meurice para almorzar, un ayudante lo instó para que no ocupara su acostumbrado puesto cerca de la ventana.

—Una bala perdida podría alcanzarlo, mi general.

—No —repuso el jefe suavemente— hoy más que nunca ocuparé mi puesto.

La tarea de capturar a von Choltitz se había confiado al capitán Jacques Branet, que tenía 200 hombres y cinco tanques en la Place du Châtelet, a un kilómetro y medio de distancia. A la una en punto, hora fijada para iniciar la operación, la infantería y un grupo del FFI se movieron cautelosamente

por la Rue de Rivoli, encabezados por el teniente Henri Karcher y seguidos por los tanques. Al principio no encontraron oposición, pero de pronto se les enfrentó un *panzer*. El primer Sherman del capitán Branet, llamado el *Douaumont*, lo destrozó con un solo disparo. Entonces en toda la calle estalló el combate.

Un poco más adelante, en la misma Rue de Rivoli, un fortín hizo detener a la infantería, de modo que Branet ordenó a sus tanques pasar a la vanguardia. En el *Douaumont* el sargento Marcel Bizien gritó: "Tanque alemán a la izquierda, ¡fuego!" La granada estalló contra el *panzer* sin hacer el menor daño a su armadura. La torrecilla del alemán giró lentamente con su mortífero cañón de 88 hacia Bizien. "¡Un perforador de blindaje!" pidió éste, y cargaron el cañón y dispararon, pero cuando dio contra el *panzer*, sólo salió una columna de humo. En la oscuridad de la torrecilla, el artillero de Bizien había tomado por equivocación una granada de humo en lugar de un proyectil de perforar blindaje.

El *panzer* estaba apenas a 15 metros de distancia y antes de que el *Douaumont* pudiera disparar otra vez, el 88 lo iba a hacer pedazos. "¡Embestirlo!" gritó Bizien. El conductor Georges Campillo hundió a fondo el acelerador; la pesada máquina se precipitó sobre su rival, sus cañones, a manera de lanzas, inmovilizaron la torrecilla del *panzer*, y en medio de un sur-

tidor de chispas y un ruido de trueno los dos monstruos de 35 toneladas chocaron el uno con el otro. Cuando cesó el eco, un pavoroso silencio llenó la plaza durante unos momentos.

En seguida volvieron a llover granadas y proyectiles de bazuca desde los edificios de la Rue de Rivoli y en poco tiempo tres de los cinco tanques de Branet, quedaron fuera de combate. Enfurecidos por la muerte de sus camaradas, los tripulantes del *Laffaux* empezaron a hacer fuego a diestro y siniestro, de suerte que de sus 90 proyectiles sólo les quedaron doce. "Alto el fuego, *Laffaux*", ordenó Branet furioso. "Están destruyendo la más bella plaza del mundo". No bien había pronunciado estas palabras cuando otra voz informó que el *Villers-Cotteret* estaba fuera de combate.

"¡Maldición!" se dijo el artillero del *Laffaux*, Jacques d'Etienne, "nosotros somos los únicos que quedamos".

A pesar de todo, la infantería siguió avanzando, y pocos minutos después de dar las tres de la tarde, Henri Karcher y tres compañeros llegaron a la puerta del Meurice. Lo primero que hizo el oficial fue disparar su pistola-ametralladora contra un gran retrato de Hitler que dominaba el vestíbulo. Desde el primer descanso de la escalera, donde se guarecía tras sacos de arena, un alemán abrió fuego sobre Karcher. El francés se metió detrás del escritorio de recepción y arrojó una granada de fósforo. Detrás de él, el soldado Walter Herman volvió su lanzallamas contra la canastilla del ascensor.

En medio del humo que llenaba el vestíbulo apareció un oficial alemán con las manos en alto. Karcher le metió el cañón de su pistola en las costillas y ordenó: "Todos, uno por uno, manos arriba, y arrojen las armas, ¡afuera!". El alemán dio a su vez una orden. El tiroteo se suspendió y los defensores de la planta baja fueron saliendo para rendirse. Karcher vio a un alemán que vestía pantalón con franja roja, lo que lo distinguía como miembro del estado mayor de la Wehrmacht. Le preguntó:

—¿Dónde está su jefe?

El jefe estaba de pie tras una larga mesa, en una pequeña sala del piso superior. Tranquilo y resignado, Dietrich von Choltitz esperaba el desenlace sin emoción. Pocas horas antes había llegado a la conclusión de que no podía condenar a sus hombres a morir en una lucha inútil y ya sin sentido. Había dado órdenes de pelear si el FFI trataba de tomar el hotel; pero si eran tropas regulares las que entraban primero, los defensores debían entregarse después de disparar unos cuantos tiros.

Von Choltitz no tenía nada que reprocharse. Consideraba que su honor militar estaba intacto y que, una vez hecho prisionero, podría honorablemente ordenar a sus soldados que se rindieran. Al mismo

tiempo, ya podía afrontar el juicio de la historia sin tener por qué avergonzarse, pues no había permitido al vengativo Hitler que lo obligara a hacer el papel de verdugo de París.

Abrióse en esto la puerta y un oficial francés se cuadró frente a él y lo saludó:

—Teniente Karcher, del ejército del general de Gaulle.

—General von Choltitz, comandante de Gross-Paris —respondió éste.

—Es usted mi prisionero —dijo Karcher.

—*Ja* ("sí") —accedió el aludido.

En ese momento entró en la habitación otro oficial aliado, el comandante Jean de la Horie, quien, por medio de un intérprete, dijo a von Choltitz:

—General, exijo que usted ordene la suspensión de toda resistencia en la ciudad.

En seguida ordenó a Karcher que se encargara de los demás prisioneros, y pidió a von Choltitz que lo acompañase a él. El prusiano estrechó las manos de sus subordinados y obedeció.

Al salir a la calle, de la Horie tuvo que luchar para proteger a su prisionero de la multitud que pedía venganza. Los hombres insultaban a von Choltitz, las mujeres le escupían y trataban de arrancarle las charreteras. Para un pueblo oprimido durante cuatro años de ocupación nazi, ver a un general alemán prisionero y con las manos en alto en prueba de rendición, era un espectáculo altamente satisfactorio. Von Choltitz conservó su dignidad en medio de los ultrajes de la multitud, y oyó que a su espalda su asistente, el sargento Mayer, le decía:

—Mantenga las manos arriba, mi general. De lo contrario, lo matarán.

Al fin llegaron al auto blindado de de la Horie y von Choltitz subió a él, pero la valija de su equipaje, que el sargento le había preparado,



Después de su rendición, von Choltitz es conducido a la Prefectura de Policía de Leclerc en la estación de Montparnasse.

fue arrebatada por el populacho, que la abrió con gran gozo y la hizo pedazos. Con un desesperado salto, Mayer logró trepar al auto blindado, que ya se había puesto en marcha, pero von Choltitz ni siquiera se percató. Estaba como trasfigurado viendo a una vieja parisiense que bailaba locamente y lanzaba gritos de alegría mientras agitaba en el aire sus pantalones de franja roja como trofeo de la liberación.

Foto: Colección de los autores

París está libre

En el espacioso salón de banquetes de la Prefectura de Policía, el general Leclerc acababa de sentarse a tomar el almuerzo, bastante tarde, en compañía del nuevo prefecto, cuando un ayudante entró a anunciarle que von Choltitz estaba en el edificio. Leclerc se levantó y pasó a una habitación contigua para aceptar la rendición oficial de la capital. Aunque con el rostro encendido y la respiración anhelosa por la dura experiencia que acababa de pasar, von Choltitz vestía impecablemente para esta histórica ocasión, y le desconcertó un poco encontrar a Leclerc con el cuello de la camisa abierto, botas de campaña y sin lucir ninguna condecoración.

Discutían los dos hombres las condiciones del documento de rendición, cuando se sintió un barullo en la habitación contigua. El líder comunista, coronel Rol, furioso porque ni siquiera lo habían invitado a presenciar la ceremonia, exigía que lo dejaran entrar. Leclerc accedió. A él no le importaban las intrigas políticas de la Resistencia ni había oído hablar jamás del joven coronel comunista cuya insurrección había contribuido a acelerar su propia entrada en París. Un poco después, cuando uno de los camaradas de Rol insistió en que Rol también firmara el documento de rendición, Leclerc volvió a acceder.

En las condiciones de rendición, Leclerc reiteró la exigencia del comandante de la Horie en el sentido de que von Choltitz ordenara a todos sus puntos fuertes suspender las hostilidades. Con ese objeto, los dos generales resolvieron enviar dos oficiales armados, un alemán y un francés, a cada fortaleza con una orden escrita firmada por von Choltitz.

A medida que estas parejas fueron haciendo sus visitas aquella tarde, los fuertes se fueron rindiendo uno por uno y el tiroteo cesó en las calles. Unos pocos jefes alemanes querían continuar la lucha pero al final del día todos, menos uno, se habían convencido de la inutilidad de tal esfuerzo. El único punto que resistió fue el palacio de Luxemburgo, ahora chamuscado y perforado por las balas. Sus defensores, reforzados por las tropas de asalto, no habían querido ceder un centímetro en todo el día. Para obligar a la guarnición a cesar la resistencia, von Choltitz envió a su jefe de estado mayor, el coronel Friedrich von Unger, y Leclerc mandó al coronel Jean Crépin, comandante de la artillería de la II DB.

Luciendo orgullosamente sobre el pecho la Cruz de Hierro, el comandante del Palacio, coronel Ulrich von Berg escuchó el lacónico mensaje que llevaban los emisarios. Los jóvenes oficiales de las tropas de asalto que lo rodeaban rechazaron violentos e irreductibles toda idea de rendirse. Crépin, estirando el mentón más que de costumbre,

24

8.09

...una linda mañana; pero el sol ya aprieta... manejando se está bien, se siente correr aire... por Dios, como está el centro! ya a esta hora hay un tráfico... aunque con este coc se puede poner la tercera y olvidarse uno de los cambios... salvo que se encuentre con l roja... yo estoy de acuerdo con los semáforos... los argentinos somos muy desordenados. antes de volver tengo que pasar por la estación de servicio... hace tres días que no car nafta; eso es lo que tiene de malo este coche: a veces hay que ponerle nafta.

DI TELLA 1500

Más coche por más tiempo.

les informó que si el palacio no se rendía dentro de una hora, los defensores "no serían tratados como prisioneros de guerra". Los alemanes discutieron un poco, pero en seguida von Berg les gritó a los de las fuerzas de asalto que "en nombre del Führer" ordenaba la rendición.

Cerca de una hora siguieron resistiendo las tropas de asalto, pero a las 18:35, hora fijada por Crépin, las puertas del gran patio se abrieron y salió von Berg con una enorme bandera blanca. Oficial y definitivamente, París estaba libre.

Hasta bien entrada la noche se vieron en las calles columnas de alemanes prisioneros, que, lo mismo que su jefe horas antes, fueron objeto del odio reconcentrado de los parisienses. Les pegaron, los maldijeron, los escupieron, y a algunos hasta los mataron. En la plaza de la Estrella el comandante Henri Mirabeau estaba encargado de un grupo aparentemente dócil de prisioneros. Cuando los hacía marchar, con las manos entrelazadas sobre la cabeza, acertó a mirar atrás y vio a un oficial alemán que sacó una granada de la chaqueta y se

Foto: USIS



La mañana del 25 de agosto, camino de París, el general Leclerc ve pasar sus tanques

la arrojó. Mirabeau cayó en un charco de sangre y sus soldados fusilaron con ametralladora a toda la columna de alemanes.

También algunos franceses pagaron sus pecados ese día. Docenas de mujeres que habían dispensado sus favores a los alemanes fueron sacadas de sus casas, les afeitaron la cabeza y, desnudas hasta la cintura, con la svástica pintada en los pechos, las hicieron desfilar por las calles. A algunas les colgaron del cuello letreros infamantes.

Sin embargo, para la gran mayoría y especialmente para los libertadores, aquella fue una noche de holgorio. Parecía que de cada tanque, *jeep* y vehículo blindado salían las risas alegres de los soldados y las parisienses. En centenares de cafés, tras las puertas oscurecidas, bebían, bailaban, cantaban y se besaban.

En un parque, cerca del cuartel general del 12 Regimiento, se celebraba un baile al aire libre. Una ansiosa mujer de edad mediana se hizo conducir hasta el sargento de guardia, Thomas Lambero. Quería saber si todos los soldados tenían muchachas que les hicieran compañía. Lambero contestó que todos estaban muy bien acompañados.

Preocupado por la disciplina, un comandante de infantería que tenía su batallón en el bosque de Bolonia dispuso que su gente armara las tiendas de campaña en líneas de escuadra, y ordenó diana y formación al amanecer. Cuando llegó la hora, se percató de su fracaso; de cada tienda salía un cansado soldado norteamericano . . . y una muchacha soñolienta.

26 de agosto

Charles el Magnífico

La ciudad y este día pertenecen a Charles de Gaulle. Desde la víspera la radio había anunciado que pasaría por los Campos Elíseos a las tres de la tarde, y las prensas habían tirado millares de carteles que decían "*Vive de Gaulle*!" Hoy tenía su cita con el destino, la culminación de una cruzada de cuatro años. Y había de ser el momento para imponer silencio a sus rivales políticos.

De Gaulle había llegado a París la tarde anterior, mientras todavía se peleaba en la ciudad, y se había dirigido inmediatamente al cuartel general de la Segunda División Blindada, en la Estación de Montparnasse. Allí Leclerc le mostró el documento de rendición de von Choltitz. De Gaulle se puso furioso al ver la firma de Rol, pues para él esto revelaba una audaz tentativa del FFI para atribuirse el mérito de la liberación de París.

Todavía de mal humor, de Gaulle pasó al Ministerio de la Guerra para establecer allí su oficina permanente. Sabía que los líderes de la insurrección lo estaban esperando en el Hôtel de Ville, pero no tenía la menor intención de presentarse a ser "recibido" por aquellos hombres. En efecto, pese a que aquella ocasión sería su pri-

mera presentación oficial ante el pueblo de París, fue preciso emplear muchos argumentos persuasivos antes de que el general se dignara siquiera visitar el Hôtel de Ville ese día. Para exteriorizar sus sentimientos primero se detuvo deliberadamente en la Prefectura de Policía, que había sido símbolo de la resistencia degaullista durante la insurrección.

Cuando por fin llegó al Hôtel de Ville, la muchedumbre, que había esperado durante varias horas, mostró un loco entusiasmo. Vistiendo sencillo uniforme caqui, de Gaulle se dirigió al lugar donde esperaba Georges Bidault y para que nadie fuera a pensar que se trataba de una presentación oficial, evitó ser presentado a la guardia de honor de los dirigentes de la Resistencia, que esperaban. Bidault, sacando del bolsillo un papel, le preguntó:

—General ¿quiere usted salir al balcón y proclamar solemnemente la República ante el pueblo congregado aquí?

—¡No! —repuso de Gaulle con

Plaza del Hôtel de Ville, el 26 de agosto: civiles y militares aclaman al general de Gaulle.
Foto: USIS





altanería—. La República jamás ha dejado de existir.

Se asomó luego a la ventana. Los vítores atronaron el aire y la gente empezó a cantar a compás "de-*gaulle*, de-*gaulle*, de-*gaulle*". El general dirigió breves palabras a la muchedumbre, saludó con un ademán de la mano y se retiró. Ni una sola vez mencionó a la Resistencia ni a su organismo más importante, el Conseil National de la Résistance. En cuanto a él se refería, el futuro del CNR y sus dirigentes era un olvido honorable.

Al día siguiente del de la liberación, de Gaulle haría su propia recepción, simbólica de su unión con las masas. El desfile empezaría en la Tumba del Soldado Desconocido, bajaría por los Campos Elíseos, y terminaría en la catedral de Notre Dame. A lo largo de la ruta se colocarían elementos de la II DB, en parte por motivos de seguridad pero, principalmente, para impresionar al pueblo con la fuerza del apoyo con que contaba el nuevo gobierno.

Todo este plan era sumamente peligroso. En una ciudad que todavía no se había limpiado del todo de francotiradores alemanes, de Gaulle se proponía reunir bastante más de un millón de personas con sus jefes. ¡Qué blanco más tentador para los aviones de Hermann Goering! A pesar de todo, llevó a cabo su plan. Le era preciso imponer su autoridad inmediatamente mientras la capital se encontraba en el momento culminante de

emotividad que la liberación había producido.

De Gaulle inició la ceremonia pasando revista a los tanques y carros blindados de la II DB formados en la plaza de la Estrella. En seguida colocó una cruz de gladiolos rosados en la Tumba del Soldado Desconocido, volvió a encender la llama eterna y guardó ante ella un momento de silencio. Desde los balcones y tejados, desde las ventanas y las aceras, París lo vitoreaba. Luego, precedido por cuatro tanques y en medio de cordones del FFI, la policía y los bomberos, que avanzaban por el borde de la acera para contener a la muchedumbre, de Gaulle marchó por la vasta extensión de los Campos Elíseos. Por orden suya lo acompañaron los jefes de la nueva Francia, y detrás de ellos iba el resto del desfile en masa informe. Mientras desfilaba, de Gaulle sentía que entonces más que nunca era él el instrumento de los destinos de Francia.

Sin embargo, cuando el desfile entró en la plaza de la Concordia empezaron a oírse disparos. Millares de personas se tendieron por tierra o corrieron a refugiarse detrás de los vehículos blindados. De Gaulle siguió adelante, sin hacer el menor caso de los tiros, manteniéndose de pie muy derecho en un automóvil descubierto. Cuando llegó a Notre Dame, los del FFI y los soldados barrían a tiros los tejados vecinos y hacían saltar astillas de granito de las gárgolas que

circundan la balaustrada de la catedral. Los oficiales de Leclerc hacían desesperados esfuerzos para establecer el orden; el jefe mismo golpeó con su bastón a uno de los soldados que disparaban alocadamente.

De Gaulle entró en la catedral por la puerta del Juicio Final. Entonces comenzó el tiroteo en el mismo interior de la inmensa iglesia, aunque no parecía dirigido contra nadie en particular. Los feligreses se echaron al suelo, pero de Gaulle recorrió los 58 metros de la nave principal con paso firme para ir a ocupar su puesto a la izquierda del crucero. Detrás de él, el general Pierre Koenig rugió ante la asustada muchedumbre:

—¿No tienen ustedes dignidad? ¡Pónganse de pie!

Comenzó la ceremonia religiosa pero el tiroteo no cesaba. Finalmente de Gaulle comprendió que era una locura continuar. Suspendió el servicio después del *Magnificat* y luego, imperturbable, volvió a recorrer la nave y salió de la catedral.

Nada que hubiera podido hacer le habría ganado la admiración de sus conciudadanos como esa demostración de valor personal... "Después de eso", comentó un periodista norteamericano que lo vio, "de Gaulle tuvo a Francia en la palma de la mano".

Quiénes fueron los responsables de ese tiroteo es cosa que jamás se aclaró. Para Charles de Gaulle el asunto carecía de importancia: estaba convencido de que aquello había sido obra de los comunistas, y durante los días siguientes hizo todo esfuerzo posible para destruir el poder que les quedaba. Una semana después de la liberación de París había reducido a la impotencia a todos sus rivales importantes, comunistas o no.

"El hierro estaba caliente y yo machaqué", escribiría posteriormente con modesta elocuencia.

"Brennt Paris?"

Hitler no había terminado aún con París. Cuando supo que los Aliados estaban entrando en la ciudad, su cólera no tuvo límites.

—¡Jodl! —gritó a su jefe de estado mayor, general Alfred Jodl—. *Brennt Paris?* (¿Arde París?)

Hubo un momento de silencio.

—Jodl —repitió Hitler— ¡quiero saberlo!: ¿Arde París? ¿Arde París en estos momentos?

Informado de que tal no era el caso, Hitler dio al punto una orden horrible: un ataque en masa con bombas V contra la capital francesa. Su ira llegaba al frenesí porque sus órdenes anteriores de dejar a París "convertida en escombros" no habían sido cumplidas, y Jodl no se atrevió a desobedecerlo. Muy de mala gana el jefe de estado mayor llamó por teléfono al comandante alemán en el Oeste, mariscal de campo Walter Model, que era uno de los más fieles discípulos del Führer.

Por fortuna el mariscal Model se encontraba en esos momentos ha-

ciendo una gira de inspección, y la salvaje orden fue recibida por su segundo jefe, el general Hans Speidel. Jodl le dijo que el Führer quería que desde unas 100 bases en el norte de Francia "llovieran" cohetes V sobre París.

Speidel colgó el teléfono desconsolado. ¿Qué iba a hacer? Lo mismo que von Choltitz, no quería destruir a París, pero negarse a ejecutar las órdenes era traición. Speidel sudó con este dilema y finalmente, con dolor, resolvió no trasmitir el mensaje a Model.

Eso no significaba, sin embargo, que París estuviese libre de peligro, porque Hitler también dio órdenes a la Luftwaffe de atacar a París "con todas las fuerzas de que dispusiera"; y en el cuartel general de la Tercera Fuerza Aérea alemana, en Reims, no había generales dispuestos a olvidar o evadir una orden.

Bajo y fuerte, el ruido de aviones llenó el cielo esa noche. Venían del nordeste en grandes números, casi tocándose las alas, y aparecieron sobre París a sólo 300 metros de altura. En la ciudad, el estridente ulular de las sirenas de alarma interrumpió brutalmente las risas y los bailes callejeros con que se celebraba la liberación. Las primeras bombas cayeron antes de que hubiera cesado el ruido de las sirenas.

Durante 30 minutos, volando a baja altura, los aviones alemanes llenaron el cielo de París. Ni un solo cañón antiaéreo funcionaba. Estallaron media docena de grandes incendios. En este bombardeo, que fue el más duro que sufrió París en toda la guerra, la Luftwaffe mató a 213 personas, hirió a 914 y dañó o destruyó 600 edificios.

Desde Les Invalides, Pierre Koenig y Phillippe Leclerc observaron el espectáculo con rabia impotente. Cuando estallaban las bombas, Leclerc, que había volado con sus tanques a salvar a París de la destrucción, murmuraba una y otra vez: *"Les salauds! Les salauds!"* ("¡Infames! ¡Infames!")

Desde el Ministerio de la Defensa, el teniente Claude Guy, ayudante del general de Gaulle, observaba también y, mientras las explosiones enrojecían el horizonte, oía risas en unos apartamentos vecinos: era un grupo de parisienses que estaban celebrando ruidosamente la liberación y no hacían caso del bombardeo.

En la oscuridad, Guy sintió que alguien se le acercaba. Era de Gaulle. Sombrío y silencioso, el general observó el espectáculo y escuchó las carcajadas.

—¡Ah! —dijo—. Creen que porque París ha sido libertado la guerra ha concluido. Pues bien, la guerra sigue. Nos esperan los días más difíciles. Nuestra obra apenas ha comenzado.

Los ángeles vuelan porque se toman a sí mismo muy a la ligera.
— G. K. Chesterton

a vivir con Pepsi



la bebida para los momentos agradables

Dondequiera que usted vaya, lo espera el delicioso y refrescante sabor de Pepsi. La botella grande calma su sed como ninguna . . . y le rinde mucho más.
A vivir con Pepsi.





